

MAYO

UAB
CEDOC



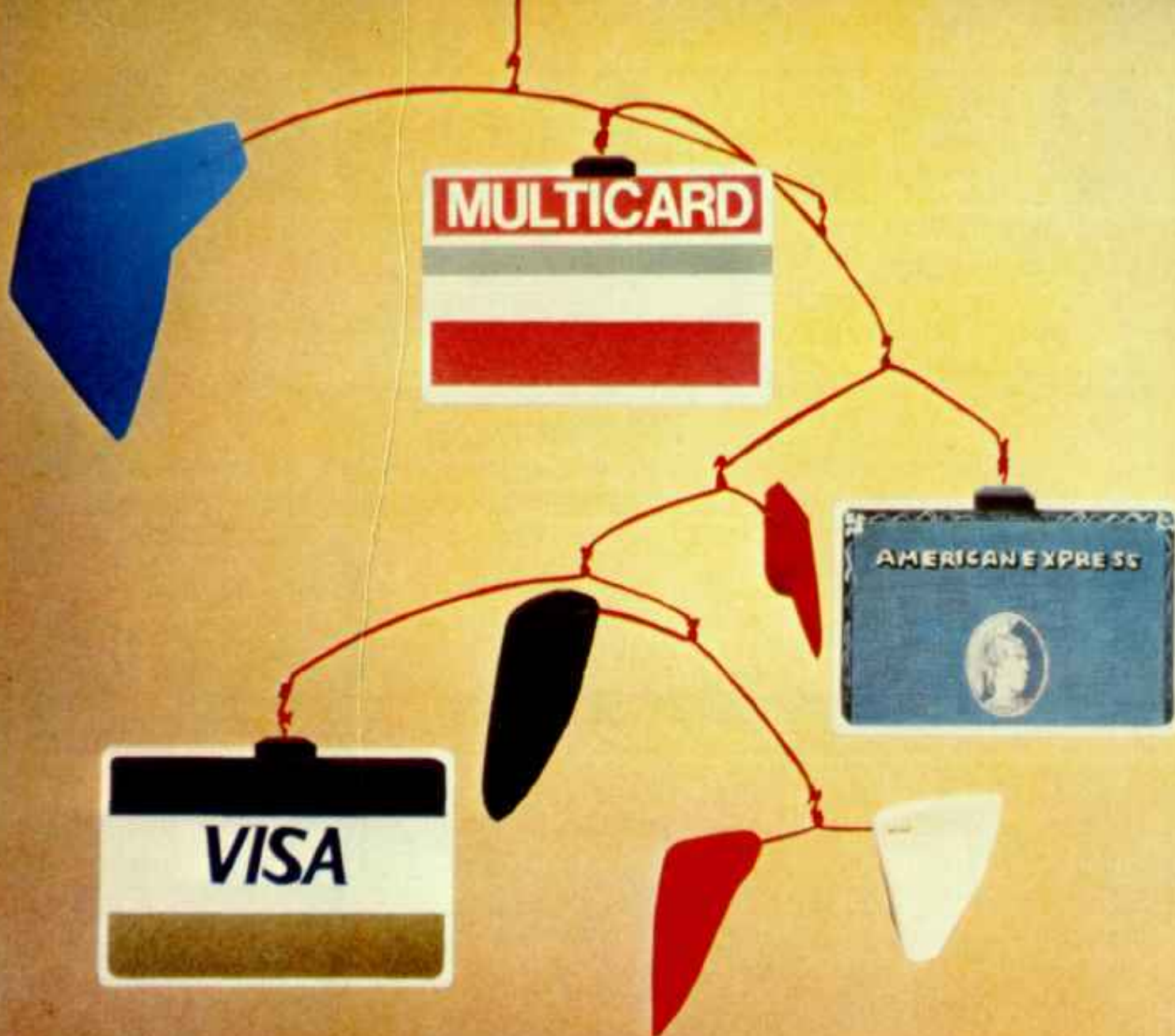
N.13
Octubre
1983
250 Ptas.

● La utopía
de sobrevivir
Por Ignacio Sofelo

EUSKADI ¿ESTAMOS A TIEMPO?

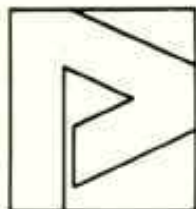
Rock para
los tiempos duros

UAB
Biblioteca de Comunicación
y Documentación General
CEDOC



Una combinación perfecta.

Visa^(*), Multicard^(**) y ahora American Express^(***).
El Banco Popular Español le ofrece la combinación perfecta.



AUTORIZADO POR EL BANCO DE ESPAÑA

- (*) La Tarjeta de crédito con una gran red de comercios afiliados.
- (**) Dinero en efectivo en más de 250 cajeros automáticos a cualquier hora.
- (***) La Tarjeta de Pago para viajes y compromisos de negocios que no le impone un límite preestablecido.

BANCO POPULAR ESPAÑOL



Banco de comunicación
y Remesas General
REDOC



66

*«Shakespeare ha sido mi destino».
Escribe Borges,
nuestro «artista invitado» del mes.*

26

*Entrevista a
«tumba abierta»
con el secretario
de acción
institucional
de UGT.*



*Un desmadre
gastronómico-
político a cargo
del padre de Pepe
Carvalho.*

48

4. **MAYO** número 13.
5. **CARTAS DE LOS LECTORES.**
6. **AL MARGEN.** ¿Estamos a tiempo?
10. Euskadi: ¿Estamos a tiempo? **Por Carlos Elordi y Peru Elorreta.**
22. **LA POLITICA.** Paciencia y esperanza. **Por César Alonso de los Ríos.**
26. **LA ENTREVISTA.** José María Zufiaur: «¿Reformismo? Pero de verdad. I»
32. **LA ECONOMIA.** Para qué sirven los economistas. **Por Manuel Gala.**
36. VII Congreso Mundial del Economía. **Por Fernando Rimblas.**
38. Sobrevivir, una utopía. **Por Ignacio Sotelo.**
42. Elecciones en Argentina. Las secuelas del caos. **Por Jorge O. Fonseca.**
48. **MITOLOGIAS.** Furores gastronómicas. **Por M. Vázquez Montalbán.**
50. La colonización de la noticia. Desequilibrio y desorden en la información mundial. **Por Ramón Luis Acuña.**
54. Aquelarre japonés. **Por Siegmund Ginzberg.**
56. Rock para los tiempos duros. **Por Rafael Gómez.** Héroes de un día. **Por Fernando Rimblas.**
64. **LA CULTURA.** «Mis sabuesos preferidos». **Por Fernando Savater.**
66. **ARTISTA INVITADO.** La memoria de Shakespeare. **Por Jorge Luis Borges.**
70. **CINE.** **Por Vicente Molina Foix.**
71. **TEATRO.** **Por Alberto Fernández Torres.** Teatro en España. **Por Miguel Bilbatúa.**
73. **ARTE.** **Por Angel González.**
74. **MUSICA CLASICA.** **Por Alvaro del Amo.**
75. **ROCK/JAZZ.** **Por Rafael Gómez.**
76. **TELEVISION.** **Por Rafa Chirbes.**
77. **VIAJES.** **Por Ana Puértolas.**
80. La inocencia aprendida. **Por Pablo Sorozábal Serrano.**
81. **LIBROS.** **Por Constantino Bértolo, José Luis Pardo Torio, José Luis Rodríguez, Esperanza Yllán Calderón y Fanny Rubio.**
86. **PROPUESTA DE LECTURA.** «La familia por dentro». **Por Carmela Sanz Rueda.**



CARTAS DE LOS LECTORES

Siendo uno de los objetivos de MAYO ofrecer una sólida tribuna para los diversos debates sobre problemas que afectan a la mayoría o a una significativa minoría de los españoles, pretendemos en esta sección la publicación de todas aquellas cartas que, de forma necesariamente resumida, expongan opiniones y puntos de vista que estimulen la reflexión sobre cuestiones de interés. Animamos por tanto a nuestros lectores a participar de esta forma en la marcha de una revista que consideramos también de todos ellos.

Carta a Vázquez Montalbán

No deja de sorprenderme que un hombre de tu ingenio y receptividad, sintético de forma tan simplicita los problemas de ambos sexos diciendo: «Para el malestar femenino queda la esperanza de la emancipación. Para el malestar masculino sólo queda la tentación de la autoaniquilación» (MAYO núm. 12, sept. 1983). No menosprecies tanto a los hombres... ese pesimismo!!!

Permíteme que te diga que la emancipación es un concepto ya viejo en el análisis de la problemática de la mujer. Esto no equivale a decir que la mujer está ya emancipada, ni muchísimo menos. Lo que ocurre es que los hombres —que en esto de la emancipación nos lleváis algunos años de ventaja a las mujeres— nos habéis enseñado que aún con un alto grado de emancipación tampoco se consigue ser feliz.

A los hombres os ha desbordado reconocer en vosotros mismos inseguridad y miedo. Para las mujeres no ha sido tal descubrimiento, porque llevamos siglos de

fraudulenta convivencia con ese miedo y esa inseguridad. Miedo a decir, inseguridad al actuar... de hecho, a las mujeres no nos son ajenas esas dos palabras.

Hablas de una falta de modelos referenciales a seguir, en esto te doy la razón. Pero, de nuevo, aquí las mujeres os llevamos ventaja (¡como si de ello se tratara...!), somos más críticas para reconocer que el modelo emancipado del hombre —si bien reivindicado por nosotras en un momento determinado— no nos sirve para enfrentarnos a nuestros propios problemas y a nuestras propias dudas —el devenir de la soledad—, aunque sí, nos sirve para mostrar una imagen social y pública. La sociedad exige seguridad como buena heredera de lo tradicional.

A partir de aquí podemos decir cuál es el malestar femenino: conjugar nuestro miedo y nuestra inseguridad con nuestra actitud social. La emancipación, por quedar al principio del camino, no es ya ninguna esperanza, pasó.

Para el malestar del hombre queda el enfrentarse a sus verdades absolutas —enfrentarse y no huir como en «la ciudad blanca»— y, quizás, las tengais que buscar en la mujer. Porque, ¿qué es si no «el loco de la colina» más que una locura de mujer?

Carolina Barber Albors
Periodista. Barcelona

Nos escribe una apóstata

Anuncio solemnemente que estoy decidida a abando-



nar mi religión. Nunca he sido buena católica, lo sé, pero tarde o temprano una yema de incontenible arrepentimiento me llevaba a reconciliarme con la Iglesia y a poner orden cristiano en mi vida. Ahora digo adiós a todo eso. Con lástima, es cierto, pero también con alivio. Me explico.

Este Papa es increíble. No contento con pasear su dinámica imagen Kennedyana por todo el orbe, con refir a las sencillas gentes por los más nimios motivos, va y se descuelga ahora con lo de que el uso de anticonceptivos es un grave pecado contra la fe de nuestros mayores. Hay que ser heroicos, dice, como si eso fuera algo distinto a lo que somos todos, todos los días y en todas partes. No soy ninguna ninfomana, ya me entienden, pero me temo que, en estas materias, apelar

al heroísmo supone reclamar a la abstinencia o la procreación. Y a eso sí que una no está dispuesta.

Soy heroica cada mañana para levantarme y asumir que el trabajo proviene de una maldición divina (y el no tenerlo de una humana: es peor). Soy heroica para llegar a fin de mes, soy heroica para soportar la tele de Calviño, la degradación del medio ambiente, la amenaza nuclear, las agresiones machistas de los anuncios, las estúpidas gracias de mis sobrinitos. De acuerdo, lo llevo más o menos bien y no me quejo.

Pero me niego a ser heroica en la cama. Bastante tengo con tener que ponerme el DIU y soportar a mi marido cuando dice que con condón no es lo mismo.

Por eso, y sintiéndolo mucho, renuncio a mi religión. Ya lo saben.

María Jesús Rubio
Madrid

Practicar la independencia

Tantos siglos de incivilización no nos han enseñado nada. Puede que la independencia sea posible, como afirma el Sr. Tamames, pero hace falta que los gobernantes socialistas nos expliquen por qué esa independencia cuesta 300.000 millones de pesetas en aviones y vaya usted a saber cuánto más en otro tipo de armamento. Que nos expliquen también cómo, en un mundo lleno de conflictos internacionales, con focos de tensión bélica que parecen imparables, podemos ser independientes estando en la OTAN. Y puestos a pedir explicaciones, que nos hablen del Acuerdo Bilateral con los Estados Unidos, que permite que en nuestro país se instalen armas nucleares.

La independencia no puede sino practicarse. Lo demás son palabras. Y todos sabemos para qué sirven las palabras. Para ocultar las omisiones culpables.

Ricardo Bastida
Cáceres



al margen

Al fin una película didáctica: «Hundra»

¡Oink, oink! ... ¡Arf, groarr...! ¡Cuidado! ¡Un hombre!... Llegan de las montañas unos monstruos peludos, babeantes y más bien obtusos que, sin descabalar, arrasan el poblado de las chicas, donde vivían tan ricamente, a su aire, entre la cosecha del lino y la ducha en la cascada. Todas mueren pasadas a cuchillo, no sin defenderse, por cierto. Bueno, todas menos una, la heroína, una joven rubia, alta y delgadita que sólo conoce la amistad de su caballo («prefiero sentir mi estripierna acariciada por mi caballo que por uno de esos cerdos») y la compañía de su perro. Ella, por supuesto, jura eterna venganza contra ese género de mastuerzos al que, por desgracia, es imprescindible recurrir para prolongar la especie.

Luego viene la acostumbrada peregrinación a la caverna habitada por una anciana sabia y prudente, quien encomienda a la hermosa Hundra la tarea de volver a construir un movimiento que defienda la justa causa de la liberación de las mujeres... Todo en orden, excepto un detalle: la heroína deberá someterse a la dura prueba de que la insemine uno de aquellos peludos y monstruosos hombres. «Tú eres la única esperanza de nuestra causa; deberás tener una hija y educarla para la lucha contra el opresor», clama la anciana paridora de cientos de guerreras. Hundra está a punto de desfallecer... no cree que pueda ser capaz de soportar la repugnancia y la ira que le produce la proximidad de un macho. Pero la causa lo exige. Y Hundra, fiel a su destino, parte en busca del hombre que la fecunda. Ha jurado no penetrarles más con su espada; a partir de ahora ofrecerá su cuerpo para que sea penetrado por los dardos del amor (sic).

Busca que te busca a su fecundador entabla contacto con una bestia parda que no para de eructar y tirarse pedos mientras se zampa un cordero cocinado por un harén de estúpidas mujeres. Después, escena amorosa a lo medieval; manazas grasientas del amo-hombre sobre la piel de Hundra, eructos etílicos, arrancadas de pelo. Hundra soporta estoicamente su situación de mujer hasta que se cabrea y comienza una feroz batalla, no precisamente amorosa, de la que ella sale triunfadora. «¡Ufff!», respiran todas las chicas de la sala, «bien está que te la metan si una lo que quiere es hacerse una niña, pero... de ahí a que te muelan a palos...».

Tras este su primer fracaso decide encaminarse a una ciudad donde una oferta varonil más amplia pueda proporcionarle mayores posibilidades. Escena urbana con sacerdote maricón de oficiante ayudado por otro más maricón, si cabe, e igualmente perverso que el primero. El poder les viene de ofrecer vírgenes para el consumo de sus capitanes. Todos veneran al Gran Uno, un simple toro. La rubia Hundra de piernas largas, atuendo ajustado y bikini, la melena enredada por el viento y la piel curtida por el aire defiende al grupo de las jóvenes vestales, derrota luego a todo un batallón para caer, final-



mente, llena de polvo de la batalla, sobre la cama de un maravilloso hombre-médico, pringoso combinado de Julio Iglesias y cura comprensivo. «Es EL», piensa Hundra. «El es», piensan las espectadoras estremecidas. Ante la demanda inmediata de que la fecunde, el hombre-médico aclara que esas cosas llevan su tiempo: gestos seductores, piel suave, sedas brillantes..., en fin, un precalentamiento como Dios manda.

Sólo por fidelidad a su destino, Hundra decide entregarse como vestal para que pulan sus brutales ademanes y la transformen en un objeto deseable a los ojos del médico-inseminador. Observa alucinada cómo las mujeres son sometidas en la trastienda del templo a rigurosas dietas de belleza: depilaciones, masajes, afeites... para hacerlas más atractivas y deseables a los lujuriosos ojos de los capitanes. Una vez pulida, nuestra heroína seduce, pierna al aire, con técnicas de las de manual, a su hombre excepcional, repitiendo por varias veces el acto amoroso para asegurarse la fecundación y, tras los meses reglamentarios, da felizmente a luz una niña preciosa. (Objetivo alcanzado!)

Todo va bien hasta que le hacen la putada del siglo: los capitanes peludos y eructantes secuestran a la criatura para someter a la pobre madre a sus asquerosos caprichos. Cuando ya parece que Hundra no va a tener más remedio que claudicar, fructifican sus doctrinas proselitistas: las regordetas vestales que hasta entonces revoloteaban por el templo en picardías de nylon se lanzan al ataque a la voz de «Al hombre no hay que temerle, ¡liberémonos!».

Ahora puede comenzar libremente la guerra entre los sexos. Hundra golpea y mata, uno a uno, a todos los capitanes. Oponiendo su belleza, destreza, habilidad, fuerza, inteligencia... a la barbarie y fea brutalidad del adversario. Hundra, realiza su misión, abandona al hombre-médico, quien no puede seguirla pues tiene importantes obligaciones que cumplir, y con su niña reemprende el camino a lomos del caballo. Su destino es llevar el mensaje a otras ciudades y otras tribus hasta que la justicia resplandezca. Y, por si no queda claro, una voz en off —de mujer, por supuesto— asegura al respetable que la antorcha de la justísima causa de la liberación de las mujeres será recogida por un sinfín de seguidoras.

Aquí acaba la película, una interesante coproducción hispano-norteamericana que, como todos los lectores habrán podido deducir, da una clara y ajustada visión del origen, objetivos y métodos del movimiento feminista. ¿Quién se apunta?

Ante el previsible triunfo de la causa de liberación de la mujer, las multinacionales han lanzado la campaña: «CONSUMA USTED SEMEN CONGELADO, AHORA EN AMPOLLAS BEBILES. EXIJA LA GARANTIA DE QUE SU BEBE SERA MUJER.»

JULIETA LINARES

Pago a la pequinesa

La verdad es que se lo montan de maravilla. Mientras países como México o Brasil se debaten por salir de sus respectivas bancarrotas, los chinos se colocan en uno de los primeros lugares en el *ranking* mundial del crédito al haber anunciado su intención de devolver, antes de plazo, más de 500 millones de dólares al FMI.

Las razones del alto nivel de crédito de los chinos se basan, además, en su enorme remanente de divisas fuertes; mientras que, según «Time», en el pasado mes de Marzo las reservas de divisas extranjeras en los Estados Unidos eran de 857.000 millones de dólares, las de los chinos rebasaban con mucho el billón.

Las causas que explican este atesoramiento son bien sencillas: como país en vías de desarrollo, China se beneficia de la ayuda extranjera en forma de préstamos a bajo interés provenientes del Banco Mundial y otras organizaciones internacionales. Al mismo tiempo, el Banco de China realiza pingües beneficios al prestar dinero —en divisas fuertes— no sólo a empresas domésticas, sino también en el extranjero.

Esta situación, sin duda excelente para las autoridades financieras chinas, constituye, sin embargo, un auténtico quebradero de cabeza de cabeza para los representantes de los 50 bancos occidentales a los que se ha permitido abrir oficinas en Pekín y que ven en el propio Banco de China a su competidor más peligroso. En efecto, los ejecutivos de estos bancos

tienen dos motivos fundamentales para sentirse preocupados. En primer lugar, saben que China no estará demasiado interesada en los préstamos de los bancos comerciales extranjeros mientras siga disfrutando del crédito preferente del Banco Mundial. En segundo lugar, el Banco de China se presenta como un jugador con ventaja al mantener en los préstamos domésticos un tipo de interés del 8 por 100, mientras que los bancos occidentales se ven obligados a elevar el suyo en torno al 10 por 100, como consecuencia de los impuestos con que los chinos gravan los beneficios de las firmas extranjeras.

A pesar de todo, y ante la perspectiva abierta por los planes de potenciación industrial y de explotación de los yacimientos petrolíferos de la plataforma continental, otros cien bancos extranjeros han sido invitados a abrir oficinas en el país. Lo que no se sabe aún es cuántos aceptarán la oferta.

ISMAEL SUÑER

Beata Gracia Patricia

Tras la extraordinaria exclusiva de «¡Hola!»¹ en torno a las declaraciones de monseñor Pietrus Pintus (*sic*) en las que se solicitaba la beatificación de la trágicamente fallecida princesa de Mónaco, MAYO quiso realizar una pequeña encuesta de urgencia que, por necesidades de espacio, iremos ofreciendo en sucesivos números. El primero de nuestros entrevista-

¹ Homeroépo General

CEDOC

dos fue Frank Sinatra, a quien nos encontramos casualmente cuando acudíamos a entrevistar a Zúfiar (ver más adelante).

Sí; era un ángel, ha contestado Franky a la pregunta de nuestro atolondrado «parazzo». Estos días me ha venido repetidas veces a la memoria una imagen de ella durante el rodaje de *High Society*². Yo me encontraba en mi camerino, solo. Estaba un tanto deprimido porque mi amigo Bing Crosby se había peleado con Charly Walters, el director, a resultas de haber sido descubierto leyendo un manoseado ejemplar de *Absalom, Absalom* dedicado por el mismísimo Bill Faulkner. Bien; como digo, me encontraba algo *down*, usted ya sabe, y estaba colocándome mi pituitaria de platino para emprenderla con una purísima rayita boliviana. Bolivia: el mejor país de América, en serio. Bueno, en el momento en que me disponía a agarrar a *cañita* de oro —regalo del Sr. Martin— sonaron en la

puertados golpes rápidos, nerviosos, casi al mismo tiempo que Grace, algo azarada, penetraba en el camerino.

Mi desconcierto al ser sorprendido (Grace estuvo siempre contra la droga) me delató, y, tras una pequeña vacilación, sus ojos se fijaron tan sólo en la blanquísima línea ya preparada en la contraportada del *Time magazine* que estaba sobre el tocador. Entonces, y mientras yo intentaba balbucear *something stupid* y creíble, su mirada se iluminó prodigiosamente y su rostro se tiñó de un extraño resplandor interior. Eso y lo que vino después fue un verdadero milagro, créame. Al tiempo que elevaba su brazo hasta dejarlo a la altura de la mesa, el *Time* y su preciosa carga emprendieron el vuelo, autotransportándose hasta llegar sobre la vertical de la escupidera que estaba en el ángulo de la mesa. Luego, la revista se acanuló sobre su propio eje, se inclinó y el polvo fue a diluirse en el agua sucia de nicotina. Acto seguido, el *Time* volvió a su primitiva posición.

Desde entonces no he vuelto a sentirme el mismo —nos dice Frank. Ella me iluminó, ¿comprende? Desde luego, estoy por su beatificación. Además, si ella no es digna de ese privilegio, entonces ¿quién? ¿Crosby, esa vieja borracha? ¿El director? ¿La *makeup* de la Srta. Kelly? No. Ninguno de nosotros estábamos a su altura. Con esa beatificación se viene a premiar una tarea de equipo, y lo que queda del buen cine americano recibirá una inyección de moral. Apoyar a Grace es, también, una labor patriótica.

MANUEL RODRIGUEZ RIVERO



¹ A estas alturas es casi imposible encontrar un ejemplar en los kioscos. Diríjase directamente a esa revista o a sus conocidos en el Congreso: durante el reciente Debate fue una de las publicaciones que más circularon, y no sólo en los bancos de la «oposición protocolizada».

² «Alta Sociedad» (nota de nuestro traductor).

TVE y autonomías

De un estudio realizado por el Instituto Gallup, tomando como modelo la Comunidad Autónoma de La Rioja, se desprendería que TVE cortocircuita la comunicación entre los poderes públicos locales y la opinión pública.

El sondeo indica que un 41,4 por 100 de los encuestados dicen informarse fundamentalmente a través de la televisión, un 32,1 por 100 por la prensa y un 20,9 con la radio.

De otro lado, casi un 70 por 100 de los encuestados afirman no estar nada informados sobre la gestión de la Comunidad, lo cual no impide que la Autonomía goce de un alto grado de adhesión: un 93 por 100 de los encuestados identifican autonomía con elementos positivos, tales como libertad, eficacia, transparencia, etc.

En definitiva, el análisis muestra que un porcentaje dominante de la opinión pública se encuentra «conectada» a TVE. Su opinión está fuertemente mediatizada por las siglas, líderes, modas y personajes que aparecen en la pequeña pantalla. Los mensajes locales no llegan a una parte importante de la población, con lo cual se crea una grave disfunción entre las instituciones y una colectividad que no sabe, no controla la gestión y, en definitiva, tiende a alejarse de su entorno más inmediato.



ESCALERA DE SERVICIO

Con receta médica

Qué vida. Cuando usted, *hipócrita lector, mi semejante, mi hermano*, lea este artículo, la rutina invernal nos habrá metido ya los dedos hasta la garganta, pero nosotros seguiremos intactos, sobrios, serios, fuertes, inmunes al tiempo, a las palabras, a los vomitivos, ya sean de acción mecánica (los dedos) o de acción química (café caliente con sal). Nada ni nadie conseguirá hacernos vomitar el miedo, la soledad, el desamparo y la angustia que el comienzo del nuevo curso escolar nos habrá producido.

Habíamos advertido el primer movimiento de desazón a finales de agosto, con el jersey de la tarde y el estimulante fresco de alguna noche con alcohol y miradas. Pero, adiestrados en el rito, obedientes a un estímulo ancestral, y con la naturalidad con que nos dábamos un toque de Fenérgan sobre la picadura de un mosquito, nos habíamos masturbado aquella madrugada insomne de Coca-Cola y tabaco rubio americano. La pomada de la eyaculación aliviaba el prurito, su acción antiflogística reducía la inflamación, el síntoma quedaba reducido a una huella impresa en el aire.

Si el escoror volvía, aumentábamos la dosificación, prolongábamos la madrugada, hacíamos proyectos; es decir, comenzábamos a aceptar la llegada de otro año.

Entraríamos en el colegio con un gesto entre la tolerancia y la dureza. Nuestro comportamiento llamaría la atención de los demás, los conduciría a hacer cábalas, a imaginar historias que justificaran un

cambio de personalidad tan fuerte en una ausencia relativamente corta. Un desastre amoroso, quizá. Un cataclismo interno. Una conversión repentina. Pondríamos a condiscípulos y profesores en su sitio; y a los jefes también, y a los hermanos y a los padres, y al cerdo de matemáticas, que se está quedando sin dientes. El mundo, al fin, quedaría ordenado de acuerdo con nuestras carencias afectivas o con nuestras explosiones de gozo. Habría justicia para todos y riquezas para quienes las quisieran. Tal vez Juanita, la de la falda blanca con volantes, advirtiera que ese verano hablamos comenzado a afeitarnos el bigote.

En fin, todo esto, digo, podía haber aparecido como un rayo, iluminando la oscuridad salvaje de nuestra bóveda craneal, en una de esas madrugadas estivales de Onán (para quien veranee en este lugar imposible de hermoso nombre). Ahora, sin embargo, entrados en Octubre, ya somos los idiotas de siempre. Vergüenza nos daría recordar... En fin.

Pero cuando escribo estas líneas, que son como mi entrada en el nuevo curso porque estoy a mediados de septiembre, acabo de regresar de las vacaciones y no he tenido tiempo todavía de recuperar los tics habituales. Todo, incluido yo mismo, me resulta extraño, ambiguo, ajeno e impenetrable. He estado un mes sin leer los periódicos y ahora, al reencontrarme nuevamente con ellos, advierto hasta qué punto lo cotidiano había desaparecido de nuestras vidas. Vivimos tiempos difíciles

y raros en que lo minúsculo, lo adyacente, lo pequeño, es negado en aras de lo grande y hueco. La cotidianidad ha sido arrancada de la vida cotidiana como la señorita que cogía puntos a las medias ha sido expulsada, bajo indemnización, de aquella mercería sobre la que piensan construir un nuevo centro comercial. Las acciones se llevaron a cabo al son de la música de *Carros de fuego*.

Y no contentos con sacarle a la cotidianidad lo cotidiano, que es como quitarle al café la cafeína, en la farmacia de abajo nos han pedido una receta médica cuando hemos ido a recoger los optalidones del mes.

- Pero si nunca me ha hecho falta.
- Son disposiciones nuevas.
- Es que he de escribir un artículo.
- Fúmate un porro.
- Mi camello no ha vuelto todavía. Estoy desesperado.
- No sé —duda la chica—. Llévate Fiorinal o Actrón, que piran bastante.
- No es lo mismo. Pero cómo se les ocurre proyectar un plan cuatrienal y exigir receta para los optalidones al mismo tiempo.
- Ya ves, chico.
- Bueno, bueno, dame una caja de Fiorinal.

Qué vida. Mejor habría sido morir en el verano de una sobredosis de fabada. Nuestra existencia está sufriendo un cambio semejante al que sufrieron los armarios hace años: nos están empotrando para ocupar menos sitio en la vivienda.

EUSKADI

¿ESTAMOS A TIEMPO?



«**D**e lo que ocurra en los seis próximos meses depende el futuro de Euskadi». Es una idea cada vez más insistentemente repetida en el País Vasco. Si urgentes eran las soluciones a los problemas existentes antes del 26 de agosto, más acuciante se ha hecho esa necesidad tras las catastróficas inundaciones. Peligros hay muchos, posibilidades de salida tal vez alguna más que hace unos meses. En este trabajo se analizan pormenorizadamente los distintos elementos del dilema vasco y se llega a una única conclusión: no hay soluciones milagrosas en ninguno de los terrenos de conflicto.



CARLOS ELORDI
PERU ERROTETA
Fotos: COVER

El problema vasco es un grave problema político pendiente». Ese fue el eje argumental de la intervención del diputado penneuvista Marcos Vizcaya en el reciente debate parlamentario. Una frase que puede ser una obviedad o un adecuado diagnóstico de la situación «del Norte». Obviedad si todos estuvieran de acuerdo en ello y, sobre todo, en las consecuencias que conlleva aceptar el adjetivo «político». Diagnóstico si se tuviera que utilizar como argumento frente a posiciones que prefieren, como fruto del análisis o como mera expresión de sentimientos, otros adjetivos.

Lo cierto es que siete años después del comienzo de la transición democrática, sigue habiendo tal confusión en torno a «lo vasco» que parece preciso volver a ese tipo de disquisiciones, al insistir en las definiciones, en archiconocidos análisis de tal o cual aspecto de la situación, de los problemas de Euskadi. Se vuelve, a veces con una exasperante incapacidad de comprensión, al origen de la cuestión. Pero el tiempo no pasa en balde, los retrasos se acumulan distorsionando cada vez más la posibilidad de hallar salidas viables.

En estos siete años, el País Vasco no ha abandonado la primera página de la actualidad. A la crónica de las acciones de ETA se añaden, de forma siempre acuciante, nunca del modo tranquilo en que deben resolverse los problemas en una sociedad democrática, las desavenencias entre el gobierno central y el autonómico. En ocasiones, esas desavenencias no son fundamentales, pero siempre aparecen, ante la opinión pública y para los protagonistas del contencioso, como algo dramático. Tal vez porque existe el difuso temor, en unas y otras partes, de que en cualquier momento todo se puede venir abajo. Y esa sensación denota un hecho gravísimo, tal vez el más grave: que no existe un entramado, no sólo legal o político, sino tampoco de análisis, lo suficientemente firme como para aguantar los avatares de un espinoso contencioso que, en condiciones normales tardaría muchos años en ser resuelto; experiencias de otros países y la propia complejidad de los temas pendientes a fin de asentar la autonomía vasca en torno a los presupuestos del Estatuto de Guernica, así lo demuestran. Es éste un primer dato que por obvio no deja de ser importante: aún en el supuesto de que se eliminaran los aspectos que gravan pesadamente sobre la discusión en torno a la autonomía vasca y no sólo el terrorismo, haría falta mucho tiempo, muchas discusiones y no pocos conflictos para asentar esa autonomía. Eso en el supuesto, hoy utópico, de que el problema se desdramatizara.

Esa desdramatización es hoy imposible no sólo porque actúe y vaya a seguir actuando ETA y porque Herri Batasuna, el conglomerado político y social que la apoya, mantenga su peso en la sociedad vasca. Lo es porque lo que ocurre en Euskadi

tiene una lectura muy especial entre la mayoría de los oficiales de las fuerzas armadas y porque los núcleos pro golpistas de las mismas utilizan esa especial sensibilidad para sus objetivos de agitación y para que el Ejército no deje de pesar sobre la vida política española. Lo es también porque crece una actitud antivasquista en estratos importantes de la población y de los ambientes políticos españoles porque, paralelamente, se generan sentimientos contrarios, o resurgen viejos mitos aislacionistas entre la población vasca. Lo es también porque Euskadi ha dejado de ser, en pocos años, un región de bienestar económico. Y las inundaciones han sancionado dramáticamente ese deterioro. La rapidez con que la crisis ha hecho estragos en el País Vasco tiene efectos sociales y políticos mucho más graves de lo que normalmente se dice: y es probable que los mayores peligros de procesos de desestabilización aún más graves que los actuales puedan proceder de esta fuente. Es la incógnita más pesada pero, paradójicamente, el tema que en teoría se podría abordar con mayor frialdad, con menores apasionamientos.

Todos esos factores, como los hechos han demostrado hasta la saciedad se interrelacionan, se imbrican, alimentan otros procesos. De ahí que no valgan, y menos ahora, interpretaciones simplistas. Hay que desconfiar de quien asegure que tiene la clave para resolver el problema vasco, sea cual sea el tipo de solución propuesta. Porque no existen recetas mágicas, sino, a lo sumo, la posibilidad, siempre difícil, de iniciar un proceso a partir del cual los distintos agregados del problema aparezcan en su exacta dimensión. Un proceso tendente por tanto a desdramatizar la «cuestión vasca», por duro que eso parezca mientras continúa la escalada de la violencia.

Las inundaciones, hecho político

En este contexto, del que, desde luego, no se desprende un hábito optimista, las inundaciones se han convertido en un nuevo elemento político. Por encima de la tragedia humana, social y económica, las riadas de la última semana de agosto, que en pocas horas destruyeron no menos del 15 por ciento del patrimonio vasco, son también un punto de referencia político, en torno al cual gira el debate en estos momentos.

El Gobierno vasco, el PNV y el sector más dinámico del empresariado ya han hecho su lectura en este sentido. Las palabras de Garaicochea son inequívocas: «Yo estoy seguro que podemos hacer de la necesidad virtud, reaccionando como un pueblo fuerte que emerge de la catástrofe, restaurando y mejorando su situación anterior». No sólo se pretende, por tanto, reconstruir lo que las aguas han desecho sino mejorarlo. Algunos economistas, convencidos por el mensaje que esas palabras

conlleven, hablan incluso de que la lucha contra los efectos de las inundaciones permitirán «cambiar el obsoleto modelo de la economía vasca». ¿Es pura ilusión o demagogia? Seguramente hay algo de lo anterior, pero sobre todo es un proyecto político económico y social cada día más consolidado y que puede provocar efectos muy importantes en todo el entramado.

El gobierno central, así podía deducirse de las palabras del ministro del Interior al comentar la postura del gabinete socialista ante las riadas, también ha hecho una lectura política del desastre. Expresando una esperanza que seguramente no va a cumplirse. Es decir, confiando que las inundaciones iban a reducir el activismo de ETA, que se iba a reducir la tensión de los últimos meses.

Y Herri Batasuna también ha reaccionado en términos políticos. Tras encajar el golpe que ha significado el gran protagonismo del Gobierno Vasco que junto a presencia de las Fuerzas de Orden Público y del Ejército en las tareas de salvamento y de desescombro, constituyen de hecho, una derrota política de HB, encajada fácilmente en el marco del dramatismo de la tragedia, los dirigentes del abertzalismo radical han hecho su prognosis de la situación: «las cosas van a ir a peor, el paro va a aumentar, la crisis social va a ser insostenible». Y, no sin desavenencias internas, ese marco de crisis social se delinea como el futuro, inmediato, campo de actuación del radicalismo en el País Vasco. Altamente preocupado por esta eventualidad, un miembro del gobierno vasco nos confiaba: «Las condiciones económicas y sociales pueden crear una situación prerrevolucionaria en Euskadi».

Las inundaciones y las secuelas de las mismas, constituyen así un hecho central de cara al futuro de la cuestión vasca. No sólo por la importancia económica del desastre —más de medio billón de pesetas de pérdidas, cerca de 60.000 puestos de trabajo, de ellos 42.000 en una Vizcaya ya asolada por la crisis— sino por sus consecuencias políticas. No ha sido un «Castigo de Dios», como algunos creyentes pudieron llegar a pensar —y parece que la cosa no es broma pues las homilias de los obispos de San Sebastián y Bilbao tuvieron que desmentir la participación divina en los sucesos—. Pero el agua que ha arrasado una parte importante de los puntos neurálgicos de la economía vasca también ha variado sustancialmente los datos de la situación. ¿Para mejorarla o para empeorarla? Eso se verá. Lo cierto es que, alejando fáciles optimismos, las cuestiones pendientes siguen pendientes y que otras nuevas han venido a sumárseles. Algunas positivas, otras negativas. En el haber figura, en primer lugar, una cierta revulsión en el ambiente, que el gobierno vasco trata de aprovechar al máximo para la realización de sus planes. Y en este capítulo hay que anotar también el entendimiento entre las autoridades centrales y autonómicas habido en los momentos críticos de la

catástrofe y que ha venido a cambiar el clima de abierta ruptura en que esas relaciones se encontraban. En el debe, por encima del grave deterioro adicional de la situación económica, hay que anotar el peligro de la tensión social que puede traer consigo el aumento del paro.

Incógnitas de futuro

En otros pasajes de este trabajo se describe someramente la situación y perspectivas de los distintos elementos que actúan en el seno del «problema vasco».

Elementos que se interaccionan hasta el infinito en una dinámica que hasta el momento ha hecho vano cualquier intento de solucionar ese problema.

Es difícil hacer previsiones sobre el futuro. Si cabe recoger un sentimiento, una idea que en estos momentos se repite machaconamente en muchos círculos del País Vasco: «De lo que ocurra en los próximos seis meses va a depender el futuro de muchos años». En los medios del gobierno vasco, sobre todo, esa obsesión por la rapidez en encarrilar la situación, en tomar decisiones, es el elemento dominante. Primero porque de la rapidez depende la evitación de un deterioro adicional de la situación como consecuencia de las inundaciones: Vizcaya, escenario principal de la catástrofe, mal puede aguantar más allá de ese período el drama de 42.000 parados más, que se añaden a los 90.000 largos que ya había antes de agosto. Y la prisa obedece también a que el gobierno vasco y el PNV pretenden establecer las líneas de la reconstrucción económica, que conlleven importantes costos sociales, antes de que se apague el espíritu de respuesta «solidaria» a la adversidad con el que se ha hecho frente a la catástrofe desde los primeros momentos.

Por eso se derrocha optimismo. Por eso se insiste en los aspectos positivos de la situación. Pero un análisis más riguroso viene a confirmar que la salida no está ni mucho menos clara. En lo económico la mayor incógnita está en la concreción de ese proyecto de modernización de la estructura productiva y en la obtención de recursos financieros suficientes para llevarla a cabo. En lo social, cabe preguntarse si es realizable ese pacto social, que sería el pivote del rígido plan de austeridad que la administración vasca está diseñando y que los empresarios apoyan. Pero, además, en el supuesto de que se lograra ese pacto, habrá que ser si sirve para anular todos los focos de tensión social que van a surgir en unas condiciones económicas dramáticas para amplios núcleos de trabajadores. Máxime cuando todo indica que Herri Batasuna va a forzar la máquina de su intervención precisamente en este campo, y con objetivos políticos claros, sin ninguna voluntad de diálogo pactista. En todo caso, y aún en el mejor de los supuestos posibles, los efectos casi milagrosos de ese plan que el gobierno vasco propone no se van a ver hasta dentro de bastantes me-



ses y los índices de paro no van a remitir hasta mucho después. La tensión en ese frente, pues, seguirá abierta.

Las relaciones Vitoria-Madrid pueden interferir en lo anterior. Sobre todo si empeora nuevamente el clima de normalización provisional logrado en estas últimas semanas. El PNV viene a concluir, como secuela de su plan de recuperación, que necesita más dosis de autogobierno para llevarlo a cabo. El delegado del gobierno central en el País Vasco, Ramón Jáuregui, asegura que el gabinete socialista tiene voluntad de entendimiento. De la solución positiva de este contencioso dependen muchas cosas: si una vez más las relaciones se enturbian, el PNV podría achacar a ello eventuales fracasos de su plan de recuperación. Y volver a una política de tensión. Todo indica que por el momento, el PNV no quiere forzar la situación por este camino y que, si bien mantiene, como es lógico, incólumes sus principios —



defender la integridad del espíritu del Estatuto de Guernica, exigir las transferencias en los capítulos conflictivos— demuestra también una voluntad de entendimiento, entre otras razones porque ahora necesita más que nunca la de Madrid.

Además, el gobierno central tiene en el plan de recuperación propuesto por el gabinete del PNV una excelente ocasión para descargarse de una nueva fuente de críticas a su política económica. Porque el PNV va a ser quien peche con ese plan «duro», restrictivo y a la postre impopular. Aunque sólo fuera como resultado de un cálculo político, al PSOE le interesa que así sea, y debería evitar poner impedimentos al desarrollo de ese proyecto. Las elecciones tampoco deberían interferir en ese marco porque, dicho claramente, el PSOE no debería dar una batalla frontal por ganarlas, contra el PNV, aunque sólo fuera porque a los socialistas no debería interesarles esa casi imposible victoria, por-

que un gobierno sin presencia nacionalista sería inviable en las actuales condiciones vascas.

...y ETA

Si difícil es prever lo que puede ocurrir en relación con los temas que hasta aquí hemos señalado, es prácticamente imposible saber que va a pasar en el «otro» campo, en el de la violencia. Desgraciadamente, y a pesar de que también sus movimientos están limitados por hechos objetivos, ETA tiene aquí la palabra. En Euzkadi se hacen mil cábalas sobre lo que la organización terrorista va a hacer en los próximos meses. Oficialmente, y algunos portavoces de Herri Batasuna confirman este análisis, ETA considera que las inundaciones no han cambiado nada. A lo sumo han empeorado las cosas, algunas fuentes indican que se ha empezado a suprimir el cobro del impuesto revoluciona-

rio a los industriales afectados por las inundaciones. Otros opinan que ETA no va a atacar a los «empresarios vascos». Y aseguran que no lo va a hacer porque José María Vizcaino, su equipo y quienes le apoyan son hoy grandes protagonistas del «esfuerzo nacional» de reconstrucción, en sintonía con alguno de los supuestos básicos del nacionalismo. Atacar a ese empresario podría no sólo generar una fuerte carga de impopularidad anti-ETA, sino que lo que sería más grave para ella, movilizar a todo el entramado nacionalista decididamente en su contra. Y eso es lo que piden esos empresarios. En todo caso, y al margen de esa disquisición, nadie puede afirmar que ETA vaya a dejar de cometer otro tipo de atentados, por ejemplo, contra miembros de las fuerzas de seguridad. Y es muy probable que lo haga, alimentando nuevamente esa espiral de la tensión que supera las fronteras de Euzkadi y afecta a los núcleos esenciales del Estado.



El PNV, más que un partido

A pesar de que hieda a tópico, hay que repetirlo: el Partido Nacionalista Vasco es algo más que un partido. Sus 50.000 afiliados —entre los que se pueden encontrar empresarios, torneros, comerciantes, curas y hasta familias enteras— y buena parte de sus 400.000 votantes, constituyen una activa maquinaria, miméticamente adaptada al tejido social de Euskadi, dispuesta siem-

pre a movilizarse y capaz de mantenerse unida más allá de los sesgados intereses que cruzan sus filas.

En el PNV hay socialdemócratas, democristianos y mucha gente que se resiste a ser homologada con las corrientes dominantes del pensamiento y la acción política. No faltan en este partido los que reclaman una decidida intervención de los poderes públicos en la economía y abundan los conservadores. De todo ello, el PNV ha hecho una difícil síntesis, que se expresa casi fotográficamente en la figura de Carlos Garaicoechea: base ideológica cristiana, socialdemócrata en la administración de las cosas y, por encima de todo, vasco, nacionalista vasco.

Dúctil y movimentista con sus bases, el PNV se torna inflexi-

ble a la hora de definir y hacer funcionar sus mecanismos internos de poder, estableciendo radicales incompatibilidades a sus cargos políticos, controlando muy de cerca su organización y manteniendo un estilo de militancia solamente comparable al ejercicio por el izquierdismo en sus mejores tiempos.

Como en todo nacionalismo de una nación sin Estado, en el PNV late un sentimiento independentista, que se expresa abiertamente o que se acaricia en secreto, como un deseo prohibido y que, en definitiva, constituye su principal rasgo definitorio. Lo cual tampoco impide al PNV ir por la vida con paso seguro y cabeza fría.

La libido, que hizo al PNV abstenerse de votar la Constitución y su sentido común de acatarla, constituye un binomio inseparable y todo un símbolo de la contradicción entre sus íntimas aspiraciones y sus posibilidades. Y es aquí donde hay que buscar la «ambigüedad» que caracteriza al partido. Esa peculiar capacidad que tiene para hablar en diferentes lenguajes, en función de las circunstancias y los interlocutores.

Nada tiene, pues, de extraño que el PNV mantenga una permanente tensión reivindicativa, teñida a veces de irredentismo. Previsiblemente, el PNV será durante mucho tiempo un partido quejoso, pedigrüño y, por tanto, desabrido y molesto para el poder central. Pero también es cierto que con el PNV no es difícil entenderse en el idioma de los hechos y de las cifras. Su pragmatismo siempre ha acabado imponiéndose al discurso bronco y a los latiguillos ideológicos.

El PNV, no exento de tentaciones hegemónicas, se configura como una de esas familias que algunos Estados exhiben como prototipo ideal. Con sus ritos, sus múltiples canales de penetración social y su vitalismo, el PNV tiende a excluir todo lo que se aleje del modelo que representa para Euskadi. De ahí el encorsetamiento, la sensación de asfixia que atenaza a las variantes de la heterodoxia en el País Vasco, que tratar de flotar a contracorriente del dogma peneuvista.

El PNV no cuestiona el modelo económico-social. Por el contrario, su intención, muchas veces explicada y ratificada por los hechos, es perfeccionarlo, en la dirección en que lo han hecho los países más desarrollados de Occidente. Su contencioso con el Gobierno Central lo establece en el terreno de las competencias, de la Administración de las cosas. Y en este terreno, políticamente tan descarnado, siempre habrá intereses en pugna, como ocurre en países de larga tradición federal.

Desde la dificultosa legalización de la «ikurriña» hasta la última competencia transferida, el PNV ha mantenido un tono altamente politizado, audaz y en ocasiones aparentemente alarmante. Sin embargo, también ha sabido encontrar fórmulas de entendimiento: «No pudimos ver recogidas nuestras aspiraciones de forma que pudiésemos sentirnos identificados con el texto constitucional, sin embargo, creímos poder reconciliarnos y encontrar puntos de conexión con la norma fundamental del Estado a través del Estatuto», decía recientemente el portavoz del Gobierno Vasco, Pedro Miguel de Echenique.

Este partido, que rompió lanzas contra la LOAPA —quizá más por su listón normalizador que por su intención racionalizadora—, que se irritó en la «guerra de las banderas» y que echó el resto en las inundaciones, es el mismo que, en pocas horas y como una seda, se puso de acuerdo con el Gobierno de Felipe González para hablar de la reconstrucción. Es el PNV que se resiste a entrar en liza con otras familias del nacionalismo vasco, por su profundo sentido del parentesco; que ha cambiado bastante menos de lo que se cree y que mantiene un discurso compulsivo, pero sin el cual no se puede siquiera concebir una Euskadi tranquilizada.

Un gobierno con poder

Con cerca del 30% de los votos y gracias a la ausencia de Herri Batasuna, el PNV cuenta con una holgada mayoría en el

Parlamento Vasco. Ello le ha permitido no solamente gobernar en solitario, sino crear una nueva Administración, según su particular patrón.

18.000 funcionarios, un importante contingente de Policía Autónoma, un canal propio de Televisión y unos conciertos económicos en marcha, conforman el aparato de la Administración autónoma. La autonomía vasca ya es algo más que una aspiración.

Todos estos resortes, junto a las diputaciones y numerosos ayuntamientos, se encuentran en manos del PNV. En unas manos que, además, controlan la principal organización empresarial vasca, el primer sindicato obrero y que se extienden hasta el amplio entramado del asociacionismo popular vasco. Es decir, todo un poder.

El PNV, que sigue quejándose de falta de competencias, ya está gobernando y, a juzgar por los indicios, no lo está haciendo tan mal. En áreas especialmente conflictivas como la cultura, la educación y, sobre todo, el euskara, los desgarramientos están al orden del día. Al Gobierno Vasco se le acusa y no sin razón, de autoritarismo en su política de recuperación de la lengua vasca y de favoritismo en la contratación de funcionarios, tanto por sus razones políticas como lingüísticas.

Sin embargo, en cuestiones como planificación del territorio, infraestructura y economía, el Gobierno Vasco está apadrinando iniciativas, que están siendo adoptadas como modelos en otros puntos del país.

Así, el elegante gesto de conceder plenos poderes a Carlos Garaioechea para hacer frente a las inundaciones, ha sido, además de una decisión coherente con el Estado de las Autonomías, un explícito reconocimiento del poder que detenta el PNV. Para la opinión pública, Garaioetxea ha sido el bueno de una película sobre la capacidad del Gobierno Vasco para hacer frente a las inundaciones.

Sin embargo, la Administración Vasca es también algo inconcluso. El PNV ha estado perdiendo los nervios en la cuestión de las transferencias y algunos acontecimientos parecen venir a darle la razón. Por ejemplo, el Gobierno Vasco decidió poner en marcha una organización autónoma de protección civil y a ello se opuso el Gobierno de Madrid. Pues bien, mientras el litigio se dirimía en los tortuosos y prolongados trámites legales, llegaron las inundaciones y pillaron desprevenidos a nuestros dos conejos.

En definitiva, el PNV, en contra de los que algunos creen, gobierna con los medios de que dispone y necesita más medios para gobernar mejor. Dulcificado el contencioso político y equilibradas las competencias de la Comunidad Autónoma y del Estado, la comunicación entre ambas administraciones —entre colegas, al fin y al cabo—, sólo puede tender a mejorar.

HB, el otro nacionalismo

Si todo el teatro de la confrontación fuera patrimonio exclusivo del PNV y el Gobierno Central, sus duelos podrían quizá reducirse a exquisitos intercambios de palabras. Pero en esta guerra intervienen además, factores tan contundentes como Herri Batasuna, una fuerza atípica y radicalizada que todo lo trastoca.

De Ayuntamiento para arriba, HB no interviene en las Instituciones, lo cual, en casos como el del Parlamento Vasco, permite al PNV ejercer cómodamente el poder. H.B., que no acata la Constitución, rechaza el Estatuto de Autonomía, se declara independentista, reivindica un referéndum para que el pueblo decida sobre el tipo de relaciones que desea establecer con el Es-

tado, no critica la lucha armada de ETA —con la cual coincide en sus objetivos políticos— y, por añadidura, se encuentra en un difícil proceso de legalización como partido.

La base social de Herri Batasuna es, como la del PNV, interclasista, pero con perfiles aún más contradictorios. Un somero análisis de cualquier resultado electoral, muestra como HB obtiene sus votos de grupos tan dispares como los nacionalistas radicales y los emigrantes más desarraigados, sin excluir algunos tenderos. Por eso, HB, fiel a la tradición movimentista del nacionalismo vasco, es un conglomerado de tendencias —desde el filo anarquismo hasta el reflejo ancestral— y, por extensión, el colector de todos los cabreos que se generan en Euskadi.

Inclinando su discurso a la izquierda y, sobre todo, radicalizando su nacionalismo, establece sus distancias con el PNV. En el fondo y a pesar de la frontera de clase que le separa del nacionalismo histórico, HB sigue anteponiendo la cuestión nacional a la social, haciendo del «abertzalismo» el motor de la movilización.

También reproduce HB algunas de las formas de implantación social del PNV, aunque con retoques leninistas. Sin excesiva rigidez en las bases pero multiplicando la organización, Herri Batasuna ha generado un entramado de siglas, digno de consideración en una coyuntura tan propicia al desencanto y la dispersión.

La coalición está integrada por organismos como HASI, en el papel del Partido; ASK, comités de agitación; JARRAI, organización juvenil y LAB, como sindicato obrero de carácter asambleario. Cuenta HB con un periódico tan influyente como EGIN y, además, anima multitud de comisiones antinucleares, ecologistas, pro-amnistía, de recuperación del euskera, etc., que sólo por su extensión constituyen una auténtica fuerza.

De todos modos, donde mejor se manifiesta la influencia de HB es en los medios juveniles. La coalición vasca ha sabido, muy a contra-moda, mantener entre los jóvenes —sobre todo de zonas rurales—, al interés por la política.

Herri Batasuna sigue insistiendo en que se mantendrá en la paralela política y boicoteando las instituciones mientras no se incluya Navarra en la Comunidad Vasca, se proclame la amnistía para los presos de ETA, se cree una política totalmente autónoma y se ponga al Ejército «estacionado» en el País Vasco bajo el control del Gobierno de Victoria. Es decir, el programa del KAS, el mismo que ETA exige que se cumpla para interrumpir sus acciones.

Aunque continúa dialogando con la familia nacionalista, H.B. tiene cegados todos sus canales de comunicación política. Frustrado el intento de la «mesa por la paz», inspirado por Garai-koetxea, la coalición sigue girando sobre sí misma, acantonándose en su espíritu de resistencia y nutriendo su marginación.

Entendiendo las elecciones más como medio de movilización, propaganda y constatación de fuerzas que como mecanismo democrático de participación política, a Herri Batasuna no le preocupa mucho su pérdida de votos en las últimas elecciones municipales. Lo cual achaca al aumento de la represión y a la agudización de las tensiones sociales entre las comunidades nacionalista y no nacionalista. Su estrategia se basa en la agudización de las contradicciones y, por eso el tiempo, medido en deterioro de las condiciones, es su mejor aliado.

H.B. con 200.000 votos, heredera del 68, hijo pródigo del PNV, medio «verde» y medio aldeana, es también una fuerza en transición y, por tanto, una incógnita. Resulta difícil imaginarse un pulso continuado entre las Estructuras del Estado y un movimiento disidente radicalizado. Hasta ahora, con HB sólo han funcionado los llamamientos a la cordura, acompañados de una contundente política de cerco.

El espectro de ETA

Hablar de ETA es invocar a los espectros. Entre pesadilla y poder fáctico, la organización armada vasca se sitúa más allá

de la racionalidad. Sus planteamientos, sus métodos, su sola mención despierta las pasiones.

Actuando desde el subsuelo de la clandestinidad, con cerca de 30 años de experiencia a sus espaldas, unos medios abundantes y un discurso radicalmente violento, ETA es, ni más ni menos, que el principal grupo armado clandestino de todo el mundo desarrollado.

A través de un proceso de crisis y rupturas, ETA ha cristalizado en una organización armada que se plantea como objetivo una Euskadi independiente, socialista, reunificada y euskaldun; que para alcanzarlo utiliza las armas y que dice que si el Gobierno acepta el programa del KAS, que es el de Herri Batasuna, está dispuesto a dejar de apretar el gatillo.

Para ETA, nada fundamental ha cambiado en España. Su maximalismo y, sobre todo, su fidelidad a la lucha armada, le han permitido soslayar las numerosas vicisitudes de la transición democrática. Por eso, más que como referencia al pasado, ETA se configura, cada vez más, como un presente de poder en la sombra. En su nombre y a través del impuesto revolucionario, se recaudan muchos millones; se nutren odios exacerbados y, sobre todo, se mata.

Objetivamente, ETA se ha erigido en obligada referencia al catastrofismo, en privilegiado aliado del peor reaccionismo y en poderoso argumento para los partidarios de agigantar los aparatos represivos del Estado. Respecto al fenómeno, ha acabado imponiéndose el discurso alemán —¿cómo acabar con ella?—, el discurso italiano —¿por qué existe?—. Es decir, los métodos policiales han desplazado los políticos.

De ETA poco se sabe. De vez en cuando y como surgiendo de las catacumbas, se oye decir que en ETA hay divisiones, que se dispone a negociar o que lo está haciendo, y punto. Se especula también con sus conexiones políticas e ideológicas pero nada se confirma. ETA es, sobre todo, hermética. Es más, su influencia social se mide por referentes tan hipotéticos como los votos, el número de personas que moviliza Herri Batasuna o la difusión de «Egin».

Se sabe, por ejemplo, que los ciudadanos vascos se resisten a ser encuestados sobre temas relacionados con ETA —concretamente, entre un 50 y un 60%—. Al mismo tiempo, también se sabe que la sola mención a ETA es capaz de modificar negociaciones de un convenio colectivo.

También se sabe que el Gobierno ha agotado todos los recursos clásicos de la lucha antiterrorista para acabar con ETA, que progresa espectacularmente en la computerización de la represión y que dedica poco esfuerzo a promocionar el imprescindible debate sobre las causas que hacen que todavía exista ETA.

Más allá del impacto informativo de los atentados, todo tiende a difuminarse al hablar de ETA. Los propios éxitos de la lucha antiterrorista, las detenciones y condenas de activistas, pasan a segundo plano. Y detrás de todo ello, solamente suenan los adjetivos gruesos y un discurso vacío magnificado y amedrentador sobre un terrorismo abstracto.

El resto son incógnitas y especulaciones. Por ejemplo, nadie sabe que acabará pasando entre la Policía Autónoma Vasca y ETA. Hasta ahora se ha mantenido la tregua y el PNV parece resistirse a lanzar su policía contra la organización armada. Se especula a este respecto que en caso de que llegara a producirse una decidida intervención de la «ertzaintza» en la lucha antiterrorista, en condiciones políticas inmaduras, el conflicto vasco podría derivar hacia una especie de «libanización».

Economía: ¿Optimismo infundado?

Unos cuantos datos básicos pueden mostrar cuál era la situación de la economía vasca en el momento de las inundaciones





de agosto. Con una tasa de desempleo superior al 20 por 100, Euskadi superaba en más de tres puntos la media española. Superior era también el índice de paro juvenil. Y superior el índice de crecimiento del paro en los últimos cinco años; desde 1978. De los 190.000 desempleados del País Vasco únicamente la tercera parte percibía algún tipo de subsidio. Y si la crisis es más crisis en Euskadi que en otras regiones, ello se debe a que el modelo productivo de la economía vasca ha quedado definitivamente inservible. Es impensable ya que ese modelo, centrado en la importancia de la producción del acero y sus derivados, en la actividad siderúrgica, de construcción naval y de bienes de equipo, vaya a servir de base para una hipotética recuperación.

Si el modelo es inservible, aunque sería radicalmente falsa la imagen de que toda la estructura industrial es obsoleta, el desarrollo de la crisis en los últimos años lo ha deteriorado aún más: ha aumentado el déficit en equipamiento e inversiones, sólo en algunos sectores puntuales, y minoritarios se ha producido la necesaria renovación tecnológica. La exportación a la que intensamente se han dedicado muchas empresas vascas, evitando así un desastre aún mayor que el registrado en los últimos años, está hoy amenazada por la competencia de países en desarrollo. Según cálculos de última hora, más del 48 por ciento

de las exportaciones de empresas vascas se encuentran en una situación de inferioridad en términos de competitividad en relación con los productos que ofrecen esos países y la actividad que el esfuerzo exportador asegura puede venirse abajo.

Superior es también el índice de inflación registrada en Euskadi, respecto de la media española. E inferiores las tasas que indican el consumo de las familias.

Y a pesar de todo ello, aunque sin inundaciones se previera que el paro afectara este año a 30.000 personas más, en los ambientes del gobierno vasco se respira un cierto ambiente de esperanza, sería exagerado hablar de optimismo, en relación con el futuro. ¿Voluntarismo interesado? ¿Reacción psicológica ante la tragedia? Hay algo de eso, seguramente, pero también el proyecto de que la reconstrucción del patrimonio productivo sirva para cambiar las bases del modelo económico. Aunque en términos sociales la cuestión no sea tan simple; los responsables de la economía vasca parten de una obviedad técnica: no tiene sentido gastarse el dinero en poner en pie empresas que antes de ser destruidas por la riada no tenían ningún futuro y probablemente iban a hundirse.

Sin llegar al sarcasmo de que la catástrofe ha sido, en este sentido, positiva, lo cierto es que ha servido para propiciar una reflexión urgente y pendiente en los medios económicos, tanto

del gobierno vasco como de algunos sectores del empresariado. «Por lo menos hemos conseguido coincidir todos en el diagnóstico», asegura Jon Imanol Azúa, encargado de la planificación económica en la Diputación de Vizcaya, provincia que no sólo es la más afectada por la catástrofe, sino que también es la que más claramente sufre la crisis del modelo productivo, por ser el eje del «monocultivo del acero», hoy inviable.

Y del diagnóstico al proyecto de futuro. Si las cosas salen bien, según lo previsto por estos planificadores, en 1990, fecha demasiado distante, desde luego, se llegaría a la siguiente situación: se habría conseguido igualar el índice de inflación con el general de España; la tasa de desempleo sería del 10 por ciento, para lo cual sería preciso crear 210.000 nuevos empleos, teniendo en cuenta que la población crecería desde los 2.710.000 personas actuales hasta 3.200.000: un crecimiento sin duda vegetativo ya que no es previsible una reanudación del fenómeno inmigratorio, no sólo parado desde 1975 sino invertido, es decir, con salidas netas de población desde Euskadi hacia otras regiones.

Las claves del proyecto, tal como lo expresan sus responsables son tres: el protagonismo del sector público, el pacto con las fuerzas sociales, y la reforma de la estructura productiva. La incógnita es la fuente de los recursos financieros necesarios para ponerlo en práctica: será precisa una inversión anual media de 500.000 millones de pesetas, con un ahorro anual necesario de 250.000. Y por el momento pocas cosas indican que vaya a ser fácil cubrir estas necesidades financieras: las tasas de ahorro son muy bajas y no parece que la banca, la gran banca, la protagonista del desarrollo económico del País Vasco en el pasado, esté decidida a asumir nuevos riesgos, sobre todo en las proporciones requeridas, en la región. Esta impresión es confirmada por la opinión que circula en los ambientes del gobierno vasco. «Nos preocupa el distanciamiento de la gran banca», dice Fernando Asúa.

Si la reforma de la estructura productiva gira en torno a las

ideas del saneamiento de las finanzas de las empresas, de la innovación tecnológica vinculada a un apoyo a la investigación en el seno de una nueva política educativa, y al apoyo a nuevos sectores «de futuro», el pacto con las fuerzas sociales, que el gobierno vasco propone, se basa en dos presupuestos: la moderación salarial y la aceptación de reestructuraciones muy importantes que sin duda van a suponer un claro aumento del paro. Parece evidente que esa prevista reducción de los índices de desempleo no serán realidad, en el mejor de los casos, hasta dentro de unos años, para cuando el milagroso proyecto empiece a dar resultado. Para el periodo inmediato, cuya duración es una incógnita, es de prever todo lo contrario. Pero «hay que reconstruir la casa del padre», como decía Carlos Garaicoechea en su mensaje tras las elecciones y los gobernantes del PNV esperan que esa lectura ideológica de la situación facilite el entendimiento con los sindicatos. Sin embargo la cosa no parece sencilla.

Más fácil va a ser el acuerdo con las otras fuerzas sociales, es decir, con los empresarios. Existe una clara conexión entre los sectores en auge del empresariado vasco y el gobierno. Hablan el mismo lenguaje y se acepta que el gabinete del PNV intervenga más decididamente en la conducción de la economía a cambio, claro está, de que al hilo de ese mensaje ideológico asegure el logro del «pacto de sociedad».

Empresarios y sindicatos

El protagonismo de lo que con una fuerte carga de orgullo los nacionalistas llaman «el empresariado vasco» es creciente en Euskadi. Y aunque sería exagerado hablar de nueva clase em-

El I.N.H. formula una oferta pública de adquisición de acciones de Campsa.

**DURANTE
DOS MESES LAS
ACCIONES DE
CAMPSA SUBEN
AL 250%**

Si usted tiene acciones de CAMPSA, éste es el mejor momento para vender. El Instituto Nacional de Hidrocarburos le ofrece la compra de sus acciones al 250% de su valor nominal. Una cotización realmente difícil de alcanzar en Bolsa.

oportunidad de vender sus acciones a un precio que satisfaga sus legítimos intereses.

Diríjase a la Junta Sindical de cualquiera de las Bolsas Oficiales de Comercio (Madrid, Barcelona, Bilbao o Valencia). A su Agente de Cambio y Bolsa o Corredor

Con esta oferta pública de compra, el I.N.H. pretende contribuir a la reordenación del sector petrolero español.

Así como facilitar a los accionistas la

Colegiado de Comercio.

O bien a su Banco o entidad depositaria de los títulos. Y suscriba una orden de venta.

Es una oportunidad única.

**LOS TÍTULOS PRESENTADOS
DENTRO DEL PRIMER MES
SE LIQUIDARÁN EN LOS CINCO
PRIMEROS DÍAS DEL MES
SIGUIENTE**

El plazo de aceptación de esta oferta será de dos meses a partir del 5 de Septiembre. Aproveche la ocasión y asegúrese el beneficio.



INSTITUTO NACIONAL DE HIDROCARBUROS

Paseo de la Castellana, 89, 6º MADRID-16
Teléf. 456 53 00 - Telex 48162 inh-e

UAB
Biblioteca de Comunicación
y Hemeroteca General
CEDOC

* El anuncio de esta O.P.A. ha sido publicado en el B.O.E. del día 5 de Septiembre de 1983.



presarial, lo cierto es que en los últimos tiempos, y no sin dificultades, se han producido importantes cambios en la estructura patronal. Aunque Luis Olarra, cabeza visible de los «duros», se sigue manteniendo al frente de una decadente Confederación de Empresarios de Vizcaya, lo cierto es que sus competidores parece que han ganado definitivamente la batalla. Cinco años le ha costado al PNV, que aparece detrás de la Confederación que preside la estrella ascendente, José María Vizcaino, montar una organización alternativa al «poder de Neguri», la antigua sede de residencia de la oligarquía vasca. Si lo costoso del esfuerzo indica el peso que aún conservan los representantes de ese capitalismo tradicional, «salvaje», la existencia de dos organizaciones habla también de un modo distinto de enfocar los problemas.

José María Vizcaino representa este planteamiento alternati-

vo. Frente al catastrofismo de Olarra, él y sus seguidores defienden la idea de que el empresariado sigue teniendo un sitio claro en el País Vasco, que el impuesto revolucionario de ETA no les va a echar fuera de la Comunidad Autónoma. Estos nuevos leones de la patronal vasca representan además sectores y actividades económicas menos obsoletas, son titulares de empresas menores dimensiones que las gigantes de la Ría de Bilbao y, lo que es más importante, proceden, salvando todas las diferencias que pueda haber en el interior de la organización, del mundo nacionalista. O al menos comparten los planteamientos del nacionalismo vasco que podría representar Carlos Garaicoechea. Conviene no perder de vista esta vinculación ideológica o de hecho: la larga entrevista concedida por Vizcaino a TVE tras las inundaciones confirmaba la importancia del elemento ideológico, y de su concreción práctica, en las proyecciones de futuro que hacen estos «nuevos» empresarios vascos.

Son gentes que conectan con la idea de «reconstruir la casa del padre», que, a pesar de todas las dificultades, creen que existe un futuro económico para sus empresas. O que, al menos, saben que tienen poco que hacer fuera de la región, que están obligados a jugar todas sus cartas en Euskadi: son la otra cara de los empresarios, seguramente muchos menos de los que se ha dicho, que han abandonado el País Vasco porque las presiones de ETA hicieron imposible su permanencia o porque tenían sedes alternativas para rentabilizar su dinero.

Para el PNV, animador de la idea de las cooperativas y defensor de un nuevo tipo de capitalismo paternalista, idealizado como un sistema típicamente vasco, heredero de una supuesta tradición de siglos, los modos de estos empresarios son perfectamente compatibles con su proyección interclasista. Pero aquí se abre una incógnita de cara al futuro: dado que por debajo de esos aspectos ideológicos estas gentes son sobre todo empresarios y de que en Euskadi siguen existiendo fuertes tensiones, enfrentamientos de clase, cabe la posibilidad de que el protagonismo creciente de estos jóvenes leones obligue a un aclaramiento interno, en estos terrenos, del Partido Nacionalista Vasco. Sería aventurado augurar una división del PNV como fruto de esa polémica, pero parece muy probable que este aclaramiento tendrá lugar. Otra secuela importante en este mismo sentido hace referencia a la actitud hacia ETA y Herri Batasuna. José María Vizcaino es tajante en este extremo: hay que acabar con las presiones terroristas, con el impuesto revolucionario sobre todo. De sus palabras se deduce que ETA, y probablemente HB, son el «enemigo principal». Y parece igualmente claro que su entendimiento con el gobierno de Garaicoechea pasa por la aceptación de este principio, por encima de otras consideraciones políticas.

Vayamos a la otra cara de la moneda, a los sindicatos. Si el movimiento obrero vasco fue una de las puntas de lanza del movimiento obrero español durante el franquismo y los primeros años de la transición, hoy su fuerza, su incidencia en la sociedad es notablemente menor: es ello una consecuencia clara de la crisis económica, de la reducción cada vez acusada de su espacio de intervención. Pero también de su falta de alternativas. Dentro del sindicalismo vasco, la central más importante es la nacionalista ELA-STV, pero con una primacía no tan acusada como dicen en el PNV. UGT y Comisiones Obreras han perdido mucha fuerza.

El hecho de que ELA-STV sea el primer sindicato vasco debería, en teoría, facilitar la viabilidad de ese «pacto de sociedad» que propone Garaicoechea. Pero existen varios problemas desde este lado de la cuestión, el de los sindicatos. UGT, en principio, rechaza la idea del pacto para Euskadi porque ello vendría a confirmar la existencia de un «marco autónomo de lucha de clases», idea defendida por los nacionalistas, pero rechazada por los socialistas. Por otra parte, el actual planteamiento estratégico de Comisiones Obreras excluye la idea de pactos, aún cuando dependería de las condiciones que se ofrecieran para que éste sindicato, que ha perdido más presencia en Euskadi que UGT, entrara a discutirlo. Y por último, la historia reciente demuestra que ELA-STV no es un sindicato que traga todo lo que el PNV le envía; que no es una correa de transmisión del partido, sino

una realidad mucho más compleja. Y que no va a ser fácil discutir con él las condiciones de ese pacto, aún cuando, como principio, esté dispuesto a firmarlo debido a que «la excepcional situación del país así lo exige».

No cabe terminar este capítulo sin hablar del «otro» sindicalismo, de LAB, la organización vinculada a Herri Batasuna. Minoritario, pero con una cierta influencia en Guipúzcoa, aunque menor en Vizcaya, es observado muy de cerca por todas las partes. Si ese pacto se firmara, es difícil saber en qué condiciones, LAB podría quedar como la única formación alternativa al mismo. Y lo haría en una situación en la que el paro, por lo menos en los primeros momentos del esfuerzo de reconstrucción y modernización, estaría cerca del 30 por ciento. Dirigentes de LAB no ocultan que las actuales, tanto si hay pacto como si no, son condiciones ideales para una intensificación de su activismo; un activismo bronco, en el que además de las connotaciones nacionalistas extremas destaca otra especificidad: los modos de presión, muchas veces fuera de los cauces habituales y muy próximos, dentro y fuera de la fábrica, a los típicos del movimiento abertzale.

Madrid-Euskadi

La comunicación entre los gobiernos de Vitoria y Madrid no solamente se establece en el área de las administraciones, lo cual simplificaría el diálogo. En el proceso intervienen también factores de tanta envergadura como las diferentes lecturas que del contencioso hacen el PSOE y su organización en Euskadi o, incluso, la lucha de tendencias en el socialismo vasco.

A pesar de los largos silencios, de la permanente tensión en el proceso de transferencias y de las divergencias en el discurso de fondo, las relaciones entre el PSOE y el PNV —al fin y al cabo, dos partidos con responsabilidades del Gobierno— tienden a racionalizarse. Los inmediatos acuerdos tomados tras las inundaciones, la desaparición del fantasma de la LOAPA y las mismas palabras del portavoz vasco en el Congreso de los Diputados, refuerzan esta tendencia.

Sin embargo, la guerra va para largo. Huérfana de un debate de fondo sobre el Estado, la política autonómica socialista oscila entre reflejos centralistas y deseos de descentralización, prima la vía administrativa y se realiza con la mirada puesta en las instituciones más inmovilistas de la Administración. La revisión crítica de la idea de España es un proceso de ampliar miras, en el que están llamados a intervenir todos los sectores implicados en el tema.

Mientras esta decisiva discusión no se lleve a cabo, mientras intente abordarse por la vía exclusiva del tacticismo político, los

conflictos de fondo, larvados o explícitos seguirán subsistiendo.

En este sentido, la batalla de la LOAPA, más allá de sus complejas connotaciones técnicas no ha sido más que el punto de confrontación entre dos sensibilidades profundamente divergentes. A través de ella, el PSOE pretendía llenar el entramado superestructural de las autonomías en un sentido normalizador y cerrar así el capítulo. En definitiva, trataba de reconducir la lucha política al terreno administrativo.

El PNV, que entiende la Autonomía como un proceso dinámico, abierto en sus posibilidades y a dirimir con armas políticas, recibió la LOAPA como un golpe bajo de imprevisibles consecuencias. Para el nacionalismo vasco, acatar la LOAPA suponía, ni más ni menos, que cegar el horizonte de expectativas del autogobierno. «Si el Gobierno socialista mantiene los criterios que hasta este momento viene defendiendo —declaraba recientemente el vicepresidente del Gobierno Vasco, Mario Fernan-

des— parece difícil alejar el espectro de la confrontación en las relaciones con el Gobierno Central».

La guerra de las banderas, lanzada desde la peculiar sociología de Herri Batasuna, envenenó aún más el bronco diálogo entre Madrid y Vitoria. A lo largo del verano, el PNV fue colocado contra las cuerdas en una parcela tan irritante y lineal como es la de los símbolos, y optó por la «tercera vía» de retirar todas las enseñas del Ayuntamiento de Bilbao a cambio de nuevas peleas con la Administración del Estado.

La sentencia del Tribunal Constitucional contra la LOAPA y las inundaciones desactivaron el conflicto y desbrozaron la vía del diálogo entre el Gobierno Vasco y el Gobierno Central. Pendiente la anunciada entrevista entre Carlos Garaioechea y Feli-

pe González, la batalla de las competencias sigue establecida en cuestiones muy precisas y nada fáciles de solventar: Seguridad Social, Estadística y Crédito oficial, fundamentalmente. El Estado considera intransferibles estas materias y el Gobierno Vasco las considera imprescindibles para gobernar. Un inextricable mecanismo técnico, acompaña, por añadidura, la polémica.

Más difíciles resultan aún las relaciones entre el Partido Nacionalista Vasco y el Partido Socialista de Euskadi (PSOE). La dura interpretación que de la política socialista hace Ricardo García Damborenea, jefe de fila de la tendencia más antinacionalista del socialismo vasco, ha llegado a sacar de quicio al PNV, al tiempo que ha profundizado las diferencias con el ala moderada del partido, encabezada por Txiki Benegas.

El PNV prefiere dialogar con el PSOE de Madrid que con los socialistas del País Vasco, que, además de competir en la arena electoral, plantea batalla en el diseño de la sociedad vasca.



EL SABOR DE HOY

BN N°1 EN VENTAS DE CIGARRILLOS BAJOS EN NICOTINA Y ALQUITRAN

Paciencia y esperanza

CESAR ALONSO DE LOS RIOS

Una cosa ha quedado meridianamente clara después de las sesiones parlamentarias dedicadas a analizar el «estado de la nación»: la derecha no tiene fuerza retórica ni argumentos políticos para asestar un golpe a la gestión socialista. No puede hacer una crítica radical de ella porque, sencillamente, la alternativa desde la que podría argumentar es la que está llevando a cabo el PSOE.

Fraga ha reconocido que tendrá que esperar «mejor ocasión». Y si repasamos los comentarios de la prensa nos encontramos con la misma clave. Emilio Romero, por ejemplo, repite su cantinela en «Ya»: éstos no son los socialistas, me los han cambiado. Por su parte Pilar Urbano ponía en boca de un anónimo político de derechas reflexiones como ésta: la recuperación política de la derecha será lenta: entretanto dejemos que los socialistas hagan nuestra política, ya los heredaremos.

La derecha española no ha podido enfrentarse con un partido socialista similar al francés en su primer tranco de gobierno. ¿Cómo ser implacable entonces? ¿Desde dónde argumentar? De ahí las significativas omisiones en los discursos de los líderes de la derecha. Las críticas que formulaban no pasaban de ser correcciones. Eran críticas «internas».

En la ronda de críticas a la gestión socialista ha habido ciertamente un reparto de funciones. Así, Fraga insistió especialmente en los aspectos de la seguridad como la otra cara de la libertad. Es lo típicamente fraguista. Las alusiones al deterioro de la vida económica no llegaban al desacuerdo radical con la política de Boyer. Pero, incluso en los temas de seguridad y orden, el líder de la derecha no extremó su alegato. Sus propios correligionarios han tenido que aplaudir en alguna ocasión al responsable del departamento de Interior, Barrionuevo.

Los nacionalistas vascos y catalanes pudieron moverse con soltura solamente en el terreno de la discusión autonómica ya que en los temas económicos y sociales apenas pudieron llevar su desacuerdo más que a ciertas puntualizaciones sobre décimas más o menos en los datos sobre la inflación, el crecimiento del PIB, disminución del déficit público, etc. Por su parte, el representante de Unión de Centro Democrático tuvo que refugiarse en un discurso que podemos calificar de «purista» dada la «sensibilidad» democrática de su grupo: defensa de las minorías, alusiones al rodillo socialista, a la amenaza de una dictadura democrática.

¿Por qué todo esto? Simplemente porque la derecha

española asiste al insólito fenómeno de que un partido socialista les ha robado su propio terreno, ha recogido coherentemente la alternativa que tuvieron en su mano, la política que ellos no supieron hacer. Así, centro y derecha asisten al inusitado espectáculo de un partido socialista que se ha hecho cargo de la tarea «nacional» de sacar al país de la crisis desde los propios supuestos del sistema. Sin salirse un ápice de él. Derecha y centro se encuentran despojados de su propia política.

De esta manera nos encontramos con la siguiente situación paradójica: la derecha española no termina de encontrar su representación política porque ésta ha quedado desplazada al PSOE. Pierde, por tanto, una batalla política, mientras en la práctica gana la batalla económica. Su histórica incapacidad para afrontar los retos demandados por la sociedad ha hecho posible que el PSOE se haya convertido en el gestor de la crisis.

En esta situación el PSOE aparece como un privilegiado partido de centro. De centro porque la respuesta que da a los problemas sociales y económicos le define como tal y no en vano ha sido apoyado para esta misión por algunos millones de votos que en su día pertenecieron al centrismo. Y privilegiado porque desde su condición de partido de izquierda, con millones de votantes de izquierda, asume una tarea nacional que, en primer grado, viene a lesionar los intereses más inmediatos de su más específica clientela política. Es decir, pone los votos de izquierda al servicio de una política que aparece como nacional y no de partido puesto que viene a resolver los problemas de clase que tiene planteado el sistema de producción heredado. El PSOE puede gobernar sin las ataduras de un partido típicamente de centro, es decir, sin el lastre de los intereses creados y sin complejos ante las respuestas que pueden provenir desde la izquierda. Apoyado, aunque no sin contradicciones y gestos esquizofrénicos, por una central sindical de izquierda.

Es evidente la desazón de la derecha ante esta situación. Desazón más política que económica o social. Fraga reveló este malestar cuando dijo que el gobierno no tenía respuestas socialistas a los problemas planteados. No se atrevió a decir que el PSOE no tuviera respuestas sino que éstas no eran socialistas. Pero ya en un artículo publicado recientemente el «El País», un correligionario de Fraga, Arespachaga, intentó demostrar la

«impostura» del PSOE al asumir una política propia del centro y de la derecha.

Por todo ello las sesiones parlamentarias sobre el «estado de la nación» no han dado lugar más que a fintas dialécticas, a escarceos, a críticas parciales. Nunca a una respuesta global, alternativa. De ahí que el Presidente del gobierno conminara desde la tranquilidad a que las críticas vinieran acompañadas de respuestas alternativas. Sencillamente el presidente del gobierno sabe que tiene en sus manos las bazas que deberían haber jugado gobiernos anteriores. Tenía en frente a unos adversarios desnudos de política. El PSOE ha desplazado del centro a los partidos que por razones obvias deberían ocupar ese espacio. Esta es una lección clara de estos debates parlamentarios.

Si tenemos el coraje imaginativo de desprendernos de la situación inmediata (trampa en la que caen con frecuencia los cronistas políticos), podemos afirmar que es-

hecho, ha ocurrido: ha cuajado en estas sesiones el hecho espectacular de la moderación como signo político. Y de un consenso profundo en la mayor parte de las respuestas políticas. Después de diez meses de gobierno socialista y diez meses de oposición, la batalla que venía librándose en los últimos años ha encontrado una fórmula. El interés de estas sesiones no ha estado tanto en el debate sobre el «estado de la nación» cuanto en que estos debates han permitido ver con claridad cuál es el estado de las fuerzas políticas de la nación. ¿Y la izquierda del PSOE? ¿Y la izquierda fuera del PSOE? Ahora hablaremos de ello, pero antes conviene señalar hasta qué punto la respuesta de centro o moderada polariza todo el arco parlamentario. La oferta de Fraga a una colaboración con el PSOE no tiene más sentido que el reconocimiento de que en lo económico sólo es posible hacer una política muy parecida a la que está propugnando el partido socialista. De ahí, las dificultades para que surja una opción



Jordi Soler. COVER

tamos asistiendo al final de un largo proceso que se inició en la transición política. Todo el arrastre heredado desde final de la dictadura debería concretarse en una situación política y económicamente moderada. El hecho de que en su día no se diera o no fuera posible la ruptura con el régimen autoritario iba a propiciar una situación de privilegio para quienes veían con inteligencia desde su instalación en el poder la inevitabilidad de un sistema de libertades. Fracasada la gestión de estos grupos, el arrastre de moderación no iba a ser por eso menor. En este caso el PSOE tuvo la lucidez para ver que esa misión le correspondía a él. De ahí su implacable estrategia para desplazar al partido de centro como instrumento para la modernización del país.

El interés de las sesiones parlamentarias sobre el «estado de la nación» ha sido mucho mayor que el que le han atribuido los comentaristas de la prensa diaria, quizá esperanzados en que ocurriera algo espectacular. Y, de

tipicamente centrista con suficiente fuerza como para desbancar del poder al PSOE, si bien —entiéndase— en un posible pacto con las fuerzas fraguistas. Los peligros electoralistas para el PSOE podrían provenir de ahí, es decir, de la formación de un grupo de centro que, unido al grupo liderado por Fraga, consiguiera desmontar del poder al PSOE. Sin embargo, por ahora nada permite prever que el partido socialista tenga un desgaste por la derecha del electorado. El flanco está bien cuidado, la orientación política del PSOE está teniendo más en cuenta este sector que el de la izquierda de su electorado.

Los problemas que tiene la derecha para conseguir una «representación política» sólo se resolverán en la medida en que sea capaz de dar una respuesta a los problemas sociales y económicos. Pero ésta se encuentra, de momento, en manos del PSOE. Todo, pues, depende del grado de éxito que tenga el plan Boyer.



Archivo C.F.

El partido socialista se ha propuesto sacar al país de la crisis económica y lo está haciendo con unos instrumentos no ajenos a los supuestos de la derecha: reducir la inflación, el déficit público, crear un terreno favorable para la inversión, conseguir la reconversión industrial, aumentar las exportaciones y, como consecuencia de todo ello, reducir el paro, crear empleo. Todo un proceso que implica tensiones sociales, dureza para los sectores más populares. En ningún caso esta política afecta a los centros de poder económico, ni siquiera en el caso de determinadas medidas que a este mismo le resultan comprensibles y aceptables, como los sucesivos atornillamientos a la Banca. Dicho esto, las divergencias con el centro y la derecha quedan reducidas a ciertas batallas, a veces espinosas, como pueden ser los temas de la enseñanza privada, el aborto o la información.

El problema que se le plantea al PSOE está en su propio electorado, en el tradicional socialista y en aquella parte de la izquierda que le apoyó con la esperanza de otro tipo de cambio. ¿Hasta qué punto estas bases electorales van a comprender a lo largo de estos tres años restantes de mandato socialista que el PSOE haya tenido que asumir una tarea nacional en vez de una política de clase?

En este punto aparecen varias alternativas. En primer lugar, que el plan diseñado por Boyer salga bien. Si esta política no consigue sus objetivos habría que decir como San Pablo: «vana es nuestra fe». Ciertamente que el plan Boyer, de tener éxito, aprovechará en primer grado a la propia derecha, económicamente hablando. Pero ello permitiría que el PSOE se propusiera más tarde una

política social más avanzada. Se trata de salir a flote, primero.

Pero entretanto, ¿puede correr riesgo el PSOE de pagar un alto precio en su propio electorado, en sus propias filas, al hacer esta apuesta —digamos— de reconstrucción nacional con graves lesiones para los sectores populares?

En este punto aparece como necesaria una política de explicación, una política de comunicación de objetivos que no siempre aparece acertada. Todo lo contrario. El partido no sólo aparenta una confianza excesiva en la fidelidad a ultranza del electorado, sino que se advierten gestos preocupantes, un cierto desprecio a las fuerzas sociales. Por ejemplo, las relaciones gobierno-sindicatos están presididas por una actitud que el propio Redondo ha calificado de arrogante.

En una palabra, el PSOE debería hacer un trabajo de izquierdas para explicar que ha tenido que asumir una política de derechas. Todo un trabajo de comunicación, de explicación política que permitiera a las bases comprender las razones últimas del gobierno y del partido. Al tiempo, junto a esta movilización de voluntades y explicación de objetivos, nada impide que el PSOE, desde el Gobierno y fuera del Gobierno, promueva una política de izquierda en todos los demás campos, sin ambigüedades.

Se diría que el Gobierno exige a sus bases una fe a ciegas, una obediencia jesuítica.

Si la derecha se encuentra desazonada porque ve cómo la consecución de unos intereses económicos le cuesta su representación política, la izquierda social está invadida por otra desazón: no entiende que la representación política le suponga una lesión a sus elementales intereses: salario bajo, pérdida del trabajo a corto plazo, escasas gratificaciones sociales y culturales. El prestigio del moderantismo del PSOE ante las fuerzas de la derecha puede acarrear un desgaste por la izquierda. Pero hay más, en la práctica las reivindicaciones desde la izquierda corren el peligro de ser relegadas a lo testimonial cuando no a la desobediencia civil (léase Sagunto), a prácticas calificadas como anticonstitucionales (tomas de fincas en Andalucía) o a lo que puede ser interpretado como desestabilización (movilizaciones de masas) por parte de aquellos sectores que estarían dispuestos a aprovechar un clima de ingobernabilidad para implantar soluciones de fuerza al margen de la normalidad democrática.

Una lectura de las movilizaciones obreras como hechos desestabilizadores o como provocaciones al orden constitucional únicamente puede ser aprovechada por aquellos que esperan un climax de ingobernabilidad. Al terrorismo del norte no puede añadirse la agitación social en el sur. Las tentaciones al intervencionismo, como se ha demostrado con el caso Soteras, están mucho más expandidas que lo que podría significar un reducto de conspiración.

Felipe González ha lanzado la consigna en estas sesiones parlamentarias sobre «el estado de la nación»: paciencia y esperanza. Pues bien, la paciencia no tendrá un límite en la medida en que se expliquen suficientemente qué posibilidades hay para la esperanza y en la medida en que los vislumbres de esperanza vayan teniendo una traducción real, inmediata.

hotel los galgos ***** hotel tamarindos ***** hotel botánico ***** hotel everglades ***** hotel corona de aragón ***** hotel san felipe ***** hotel cristina ***** hotel macarena *****

Tiempo de trabajo y tiempo de ocio.



Para organizar mejor su trabajo y su tiempo de diversión. De los 34 hoteles de nuestra cadena, los siguientes ofrecen especiales características para celebrar todo tipo de seminarios, congresos, convenciones, reuniones de trabajo, etc.

 ***** hotel corona de aragón ZARAGOZA	 ***** hotel botánico PTO. DE LA CRUZ - TENERIFE	 ***** hotel tamarindos SAN JUSTO - CANA CONARI	 ***** hotel cristina LOS PALMOS DE GRAN CANARIA	 ***** hotel san felipe PTO. DE LA CRUZ - TENERIFE
 ***** hotel macarena SEVILLA	 ***** hotel los galgos MADRID	 ***** hotel los lebreros SEVILLA	 ***** hotel rey don jaimé ZARAGOZA	
 ***** hotel los perros PTO. DE LA CRUZ - TENERIFE	 ***** hotel las águilas PTO. DE LA CRUZ - TENERIFE	 ***** hotel los gorriones MURCIA		

HOTELES AGRUPADOS, S. A.

HOTASA

Capital Social y Reservas: 8.617 millones de ptas.
Solicite su plaza, dirigiéndose a nuestra

CENTRAL DE RESERVAS

Plaza de Colón, 2 (Torres de Jerez, 1)
Teléfono 410 10 36
Telex 43324 HOGA-E - 43322 HOAG-E
MADRID-1

o bien en su AGENCIA DE VIAJES

hotel los patos ***** hotel los mirlos ***** hotel los tordos ***** hotel los gallos ***** hotel los canarios ***** hotel los gaviotas ***** hotel los pingüinos ***** hotel r. las alondras *****

José María ZUFIAUR

De José María Zufiaur, secretario de acción institucional de UGT, se ha dicho que es el cerebro de la central socialista. Tal vez sea una calificación excesiva, pero ciertamente sus reflexiones, públicas o privadas, han precedido en ocasiones anteriores a iniciativas importantes de su sindicato. Diez meses después del triunfo socialista, Zufiaur, militante del PSOE, está hondamente preocupado por el rumbo del Gobierno, especialmente por su política económica, por el modo en que se está aplicando. En esta entrevista el dirigente sindical desgrana su crítica utilizando como punto de referencia el programa electoral socialista, que pide que se cumpla. La idea de Zufiaur se podría resumir en la siguiente frase: «Pueden tener razón algunos miembros del Gobierno cuando dicen que el gabinete socialista tiene que hacer lo que otros gobiernos de derecha han hecho en Europa. Pero en todos sus aspectos. Lo que no es admisible es que no aplique ni siquiera la política reformista que aplicaban otros gobiernos de derecha».

¿Reformismo? pero de verdad

CARLOS ELORDI

Fotos: Jordi SOCIAS/COVER

El conflicto de Sagunto y la marcha de jornaleros de Andalucía indican que el ambiente sindical y social se está calentando. ¿Crees que son una muestra de lo que puede ocurrir en un inmediato futuro?

Puede haber un punto en común entre Andalucía y Sagunto: la actitud de Comisiones Obreras, que me podría recordar la

1 Hemeroteca General
CEDOC



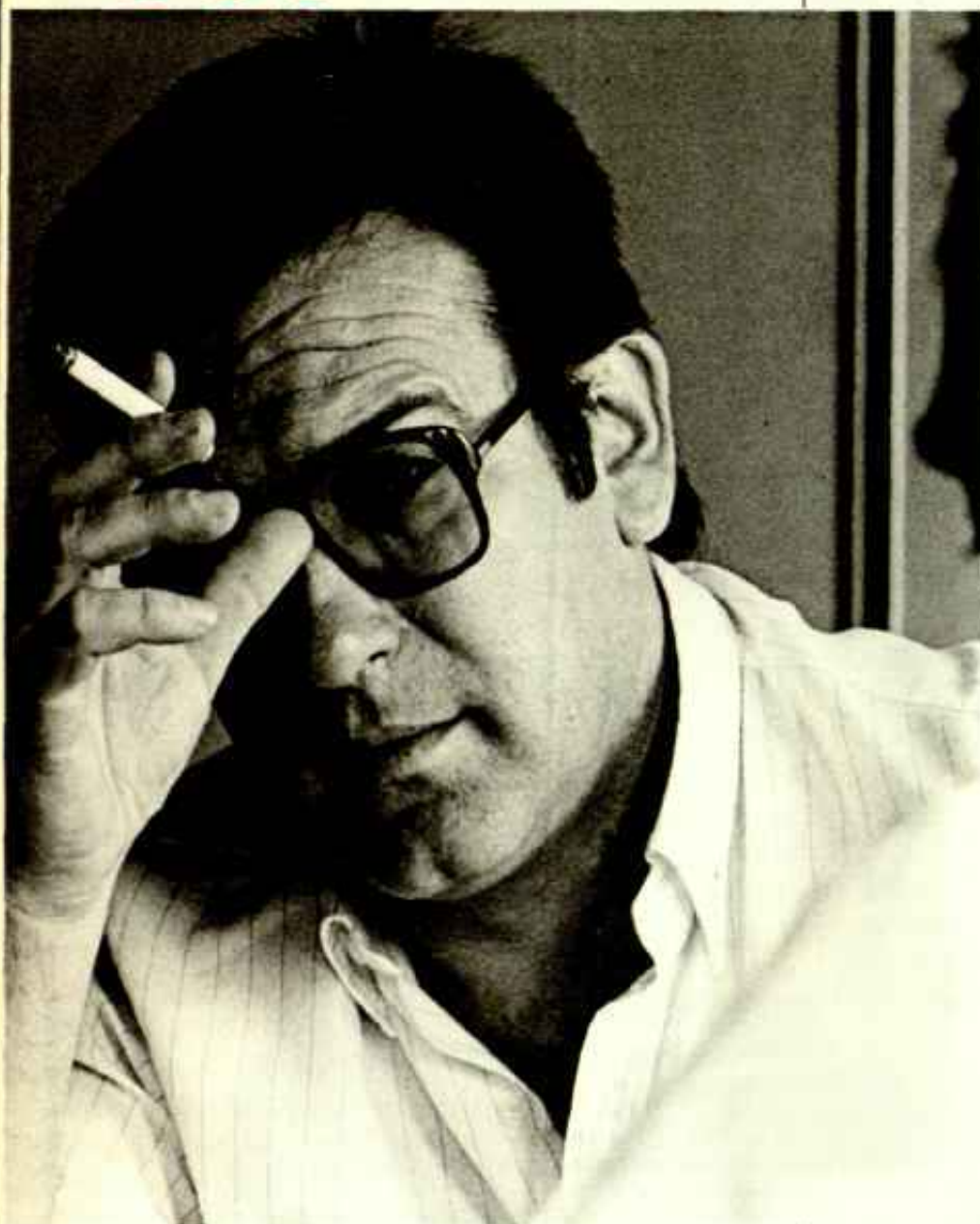
de los sindicatos extraparlamentarios de hace cinco o seis años, cuando se buscaba más la agitación que la negociación. Eso no quiere decir que, por ejemplo más claramente en Sagunto, hayan habido actitudes discutibles por la otra parte, aunque eso es menos claro en el caso del seguro de desempleo. Pero esa actitud de Comisiones puede ser muy peligrosa, puede llevar a una especie de pansindica-

lismo, de superación de las fuerzas sindicales.

¿Y existe realmente la posibilidad de que los sindicatos se vean superados por su bases?

Creo, en efecto, que existe un problema de relación entre los trabajadores y los sindicatos. Un problema de representatividad de los sindicatos; en la medida que, debido a la crisis, se ven obligados a ha-

cer planteamientos más globales, más de interés nacional, de compromiso con opciones tendentes a reducir la inflación, y no pueden expresar directamente las reivindicaciones que piden los trabajadores, la defensa del puesto individual de trabajo, de la capacidad adquisitiva; los sindicatos no pueden traducir eso en un planteamiento general y, por tanto, hay una conexión respecto de la legitimidad



que los sindicatos tienen como depositarios de la voluntad de los trabajadores. Es una situación bastante generalizada, pero en España se agudiza aún más por el propio proceso de formación de los sindicatos, que se han hecho desde arriba, que no tienen unas estructuras intermedias, etc.

¿Y eso no abre la posibilidad de un desbordamiento?

Esa hipótesis teórica se ha barajado desde distintos planteamientos. Pero la verdad es que hasta ahora las cuestiones se han canalizado por la vía de los sindicatos. Sin embargo si, de un lado, no hay vías de negociación a través de las cuales los sindicatos puedan negociar el conflicto, la reconversión o la cuestión de que se trate y, si de otro lado, desde el propio sindicalismo se va a fórmulas que no buscan la negociación sino el enfrentamiento frontal, sí que existe ese peligro de desbordamiento de los sindicatos. Sagunto o la ocupación de fincas son dos casos clarísimos de esto.

Los errores del Gobierno socialista

Vayamos al primero de los dos supuestos: las vías de negociación. ¿Cuál es tu opinión sobre la actitud y la voluntad del gobierno socialista en este terreno?

Está claro que en este momento los sindicatos se encuentran en una situación de confrontación, de enfrentamiento con la política económica del gobierno. Y ese enfrentamiento puede ser positivo siempre y cuando no se caiga en descalificaciones globales de un lado o del otro. Es decir, no se puede acusar al gobierno de hacer lo que está haciendo la señora Thatcher. Pero tampoco se puede acusar a los sindicatos de estar anclados en el pasado, de ser corporativos, de no entender la situación. Creo que hay que ir a una discusión a fondo que supere posiciones ancladas de una y otra parte. Los sindicatos tienen que asumir las consecuencias que implica la gravedad de la crisis, que lo fundamental es la defensa de los puestos de trabajo, la protección de los más débiles, la solidaridad o el reparto de trabajo. Pero, asimismo, un gobierno socialista no puede recurrir a las medidas más fáciles, al recorte. Porque no es lo mismo una política de austeridad que una política de solidaridad, aunque ambas representen una política de rigor.

En definitiva, ¿cuál es la crítica que haces al gobierno?

A mi me parece que es correcto decir que hay que reducir la inflación y que los sindicatos rompan sus esquemas tradi-

UAB

Biblioteca de Comunicación

1. Hemeroteca General

CEDOC

cionales, que consistían fundamentalmente en tratar de lograr aumentos de los salarios reales y más asistencialismo. Ese esquema está en crisis por la situación actual, y hay que comprometerse en la lucha contra la inflación, porque ésta tiene también graves efectos sobre el empleo. También me parece correcto proponer una racionalización de la Seguridad Social: no podemos reivindicar un asistencialismo que no se pueda financiar. Es asimismo correto intentar la reconversión industrial: los sindicatos no se pueden quedar en la defensa de los puestos de trabajo de cada trabajador o de cada empresa, sino que tienen que contemplar las necesidades de conjunto. Y es necesario discutir a fondo el tema de la flexibilidad y de la contratación. Pero creo que es preciso que eso no se haga de una manera unilateral, impositiva, es decir, simple, de recorte, de la forma más fácil, más milagrosa, diciendo prácticamente que todo se solucionará cuando se liberalice el mercado de trabajo o se reduzcan los salarios. Pues no: hay que hacer cosas más complicadas. Por eso mi mayor discrepancia con la política del gobierno es en cómo se enfocan los problemas. No es lo mismo, por ejemplo en el caso de Sagunto, decir que sobran pérdidas o un aparato productivo obsoleto, que decir que sobran personas. Hay una diferencia fundamental de enfoque en esto.

¿Y cuál es la razón de esa diferencia de enfoque? ¿Se debe a que el gobierno tiene una especial sensibilidad hacia las necesidades del inversor privado en detrimento de otras?

Ciertamente las cosas están evolucionando. Y tal vez se note una mayor predisposición a la negociación en las últimas semanas, puede que como consecuencia de las críticas de los sindicatos. Pero aparte de esto, yo creo que el planteamiento del gobierno en el terreno económico y social ha sido absolutamente sesgado. Porque ha hablado siempre de que sobra gente, de que hay que flexibilizar el mercado de trabajo, etc., pero no de las otras caras de la moneda, por ejemplo, de cómo se va a proteger a los sectores más débiles de la sociedad, de cómo se va a llevar la negociación para lograr puestos alternativos en la reconversión industrial, cómo hay que modificar la Ley Básica de Empleo para proteger a los parados, o cómo ese sacrificio de los trabajadores va a tener una compensación en el sentido de una mayor capacidad de decisión en el seno de las empresas o en la sociedad. Hay efectivamente un enfoque sesgado que genera un mensaje dirigido exclusivamente a los empresarios.

¿Y por qué ese sesgo? ¿Responde a

razones políticas e ideológicas, o se debe a las actitudes personales de los hombres que dirigen la política económica?

Creo que, de un lado, se debe a que se busca un «efecto anuncio»; se pretende crear en el empresariado una confianza para invertir, que yo creo que no se consigue por la reiteración de las declaraciones. De otro lado, probablemente se trata de decir al país que la situación no admite respuestas inmediatas, que es preciso hacer sacrificios; pero se dice de una manera brutal e inadecuada: es necesario transmitir al país cuál es la situación y que es necesario hacer sacrificios, pero se debe hacer aportando además un proyecto de futuro y de sociedad, y esa es una de las grandes carencias que observo en este momento. Y hay otro elemento: algunos responsables de la política económica del gobierno no valoran la importancia que tiene la contribución de las organizaciones sociales para salir de la crisis. Quizás urgidos por la prisa, por la necesidad de responder a la difícil situación, no han tenido la sensibilidad suficiente para involucrar a las organizaciones sociales en esa política. Porque, al final, una de las grandes diferencias entre lo que pueda hacer la derecha o la izquierda para salir de la crisis es la que existe entre una visión autoritaria o una de consenso a la hora de enfrentarla. Y no sé si por falta de sensibilidad, por tener una formación más académica que política, o por otras razones, se está yendo por la primera vía: yo creo que ese es el problema central.

Solidaridad y participación

Un problema que plantea otro tipo de cuestiones: ¿a qué resultados distintos llevan esas visiones distintas? Es decir ¿que beneficios puede producir esa vía del consenso, que no guarden grandes diferencias con la autoritaria en cuanto a los contenidos de la política económica?

Como es lógico, la derecha trata de salir de la crisis haciendo una recomposición social que nos reponga en la situación que existía antes de ella, eso implica, entre otras cosas, reducir el poder de los sindicatos porque, argumentan, de lo contrario es imposible recuperar excedente. Yo creo que, por el contrario, desde un punto de vista de izquierda, hay dos cosas fundamentales: de una lado, evitar que se cree una sociedad dual, la de los marginados, la de los parados y la de la gente que tiene trabajo y goza de varios mecanismos de protección. Y para evitarlo hay que hacer una política de protección de esos sectores. Pero no una

política indiscriminada: no vale por tanto decir que hay que reducir los salarios, sino que hay que ver cómo se redistribuyen los salarios. Y en la práctica del debate actual eso quiere decir que no es lo mismo fijar un tope del 6,5 por ciento para el aumento de salarios que fijar un 8 por ciento, aunque en algunos sectores de trabajadores sólo crezca el 6,5, el 5 o, incluso, el 4 por ciento. Hay que ir por esta segunda vía, la de hacer una redistribución interna de los salarios. Esa es una política de solidaridad.

El segundo aspecto lo explicaría así: lo que no podemos permitir es que al final de la recomposición social que ha de surgir de la crisis, el capital se recomponga a costa de las demás capas de la sociedad. Tenemos que conseguir, por el contrario, que haya una mayor democracia, una mayor distribución del poder. El esfuerzo que van a hacer los trabajadores para recuperar el excedente empresarial, para que se invierta y se creen puestos de trabajo, se tiene que traducir en una sociedad más igualitaria, más democrática, en la que los trabajadores participen más.

Pero este planteamiento entra en conflicto con la voluntad expresada por los responsables del gobierno de generar confianza en el empresariado...

Existe ese conflicto. Pero el programa socialista plantea todas estas cuestiones. Y es muy difícil creer que el gobierno socialista no quiera saber nada con los que le dieron su apoyo. Pero reconozco que existe esa contradicción, aunque tengo que recordar que el que yo hago no es ningún planteamiento revolucionario, sino que se inserta en los planteamientos reformistas típicos que se han hecho en Europa: el pacto de sociedad que en muchas ocasiones se ha hecho ha consistido en que, a cambio de respetar la economía de mercado y la propiedad de las empresas, se aumenta la participación de los trabajadores y se consolida una sociedad más democrática. Eso hay que hacerlo necesariamente. Y cuando antes se hablaba de un mensaje sesgado, también me refería a esto; porque en ese mensaje no se habla de estas cosas. Y si necesario es sacar este país adelante, si necesario es que los trabajadores y los ciudadanos se sacrifiquen, es igualmente necesario que una serie de sectores pierdan algunos privilegios y que las empresas que necesitan de los trabajadores para salir adelante tengan que ceder mayores espacios de participación: en forma de salario diferido para el futuro, de participación en algunas decisiones de las empresas.

Y, ¿crees que a estas alturas es ya posible que el gobierno modifique su línea al respecto?

Insisto: el elemento clave es la concertación. Y han pasado muchos meses sin que se hayan continuado las primeras conversaciones entre los sindicatos y el gobierno, nos hemos encontrado con los presupuestos y el plan cuatrienal elaborados, y sólo en las últimas semanas se han empezado a dar los primeros pasos que indican que podemos iniciar el camino de la negociación. Pero de todos modos habrá que insistir bastante para que esto se confirme. Todavía estamos a tiempo para recomponer todos los problemas que tenemos encima de la mesa.

¿Y si no ocurre así? ¿Qué proceso podría generarse?

A mí me parece que, en cualquier caso, los sindicatos tienen que seguir insistiendo en esa vía, porque es la única posición que tiene futuro. Pero contestando a la pregunta, el peligro más grave que se abre ante esa circunstancia es una fractura del bloque social que apoya al gobierno socialista. Es decir, que si no hay una política de concertación puede producirse un alejamiento de una parte del electorado respecto del Partido Socialista. Eso no quiere decir que vayan a apoyar otras alternativas, pero esa desafección podría tener consecuencias de cara a ese esfuerzo de recomposición social que antes he mencionado, e incluso facilitaría la apertura de brechas para una ofensiva de la derecha que tendería a desestabilizar al gobierno socialista.

Un sindicalismo débil y precario

Insistes en el papel que los sindicatos han de jugar en el «cambio», de la necesidad de que se concierte con ellos la política económica. Pero ¿cuál es la fuerza real de los sindicatos españoles, su presencia real entre los trabajadores?

Su presencia es precaria. Pero no lo es tanto desde el punto de vista de la afiliación, que oscila entre el 25 y el 30 por ciento del total de trabajo, es decir, que se sitúa a un nivel similar al francés. Y creo que la afiliación que paga tendería a aumentar si se establecieran formas de descuento automático de cuotas en las nóminas. Y además los sindicatos en España representan mucho más que a sus afiliados. Pero lo cierto, como confirman las encuestas, es que los sindicatos tienen una escasa implantación social. Creo que la debilidad viene del lado de la falta de presencia institucional de los sindicatos en los diversos escalones que les corresponden: es preciso en este sentido que haya un desarrollo legal muy importante. Otro aspecto deficitario es el de la estructuración

del sindicalismo español, que tiene un insuficiente número de cuadros, y éstos están casi exclusivamente en la gran empresa, con lo que la presencia sindical es reducida en la pequeña y mediana. Esto hace acuciante una reflexión que antes esbozaba: no es lo mismo plantear una flexibilización de plantillas en Alemania — en donde la central sindical DGB llega a todas las empresas —, que en España, donde nuestra escasa presencia podría permitir todo tipo de arbitrariedades. Con una agravante además: y es que los cambios que se produzcan en el mercado de trabajo no son recomponibles después.

Pero, lógicamente, el gobierno tiene que actuar, tomar una serie de decisiones en ese sentido a pesar de la debilidad de los sindicatos. ¿Qué fórmulas alternativas se le pueden proponer para evitar esos efectos negativos?

En primer lugar, que las cosas se discutan y no nos tengamos que enterar de ellas por los periódicos. En segundo, hay que llegar al acuerdo de que las políticas de flexibilización sean coyunturales. Y en tercero, hay que establecer garantías que, aunque no podamos aplicar nosotros en todos los casos, pueden ser exigidas por el INEM o la Inspección de Trabajo, y que consistirían en que la flexibilización no pueda sobrepasar un porcentaje determinado de la plantilla.

Es decir que la «pobre» situación de los sindicatos no es un obstáculo fundamental para concertar una política con el gobierno... No debería serlo. Podía ocurrir si el gobierno que tuviéramos delante fuera de derecha y que, lógicamente, tratara de conseguir que los sindicatos no controlaran nada. Pero un gobierno de izquierda debería tener como objetivo todo lo contrario.

Se habla mucho de corporativismo de los sindicatos... Es un peligro muy serio. La crisis económica exacerba la tendencia de algunos sectores de la clase trabajadora a defender exclusivamente lo suyo sin querer saber nada de los demás. En este sentido es preciso que los sindicatos adecúen sus estrategias para poder defender los intereses globales de toda la clase trabajadora, incluidos los pensionistas y parados. Esta es una cuestión grave y urgente.

¿Qué medidas se podrían tomar para consolidar los sindicatos?

Creo que es muy importante completar el marco democrático de relaciones laborales. Y el gobierno socialista está llamado a hacerlo. Es algo que no cuesta dinero y que, aunque pueda provocar la protesta de ciertos sectores del empresariado, hay que acometer. Hay además as-

pectos de esa democratización, del aumento de la presencia de los sindicatos, que son urgentísimos. Me refiero, en concreto, a la situación de la empresa pública: cuando se nos piden sacrificios para sacarla adelante hay que hablar también de otras reformas necesarias dentro de ella. Y no es fácilmente asumible el hecho de que buena parte de la empresa pública sea dirigida por las mismas personas que han sido los responsables de que ésta haya llegado a su gravísima situación actual. Volviendo a las medidas que el gobierno socialista debería aplicar, a mí me parece importante modificar la situación de las Magistraturas de Trabajo, y hacer una legislación específica de apoyo a los sindicatos. No es normal que los sindicatos no tengan una participación efectiva en la Formación Profesional o las residencias de tiempo libre, etc. Creo que es imprescindible crear un sistema alternativo de arbitraje voluntario y, por último, que en esta legislatura tenga lugar la devolución del patrimonio sindical, tanto del histórico como del acumulado.

La estrategia de la radicalización

Hasta aquí has hablado de sindicatos, en plural. Pero no parece que, precisamente en estos momentos, exista una coincidencia de estrategia y/o planteamientos entre UGT y Comisiones Obreras en torno a las cuestiones que estamos comentando...

En efecto, en lo que a las relaciones entre UGT y Comisiones se refiere, estamos probablemente en el peor momento de la transición, en el momento de mayor alejamiento. Creo que, con respecto a otra situación de enfrentamiento como fue la que se produjo con ocasión de la discusión del Acuerdo Marco Interconfederal de 1980, ahora existe un mayor encono entre las bases de ambos sindicatos. En relación con esas dos situaciones, en 1980 se dijo que el enfrentamiento se debía a que UGT se había entregado a la patronal, y ahora se dice que es porque está sometida al gobierno socialista. Y mi opinión es que en ninguno de los dos casos esa acusación responde a la realidad. Creo, por el contrario, que los momentos de ruptura sindical se producen cuando el PCE trata de recuperar espacio político. Es eso lo que está ocurriendo ahora, con un agravante: a la necesidad de recuperar espacio político se une la necesidad de recuperar un espacio sindical, no sólo por los puntos porcentuales que ha perdido Comisiones en las últimas elecciones, sino por la eventualidad de que, con los so-

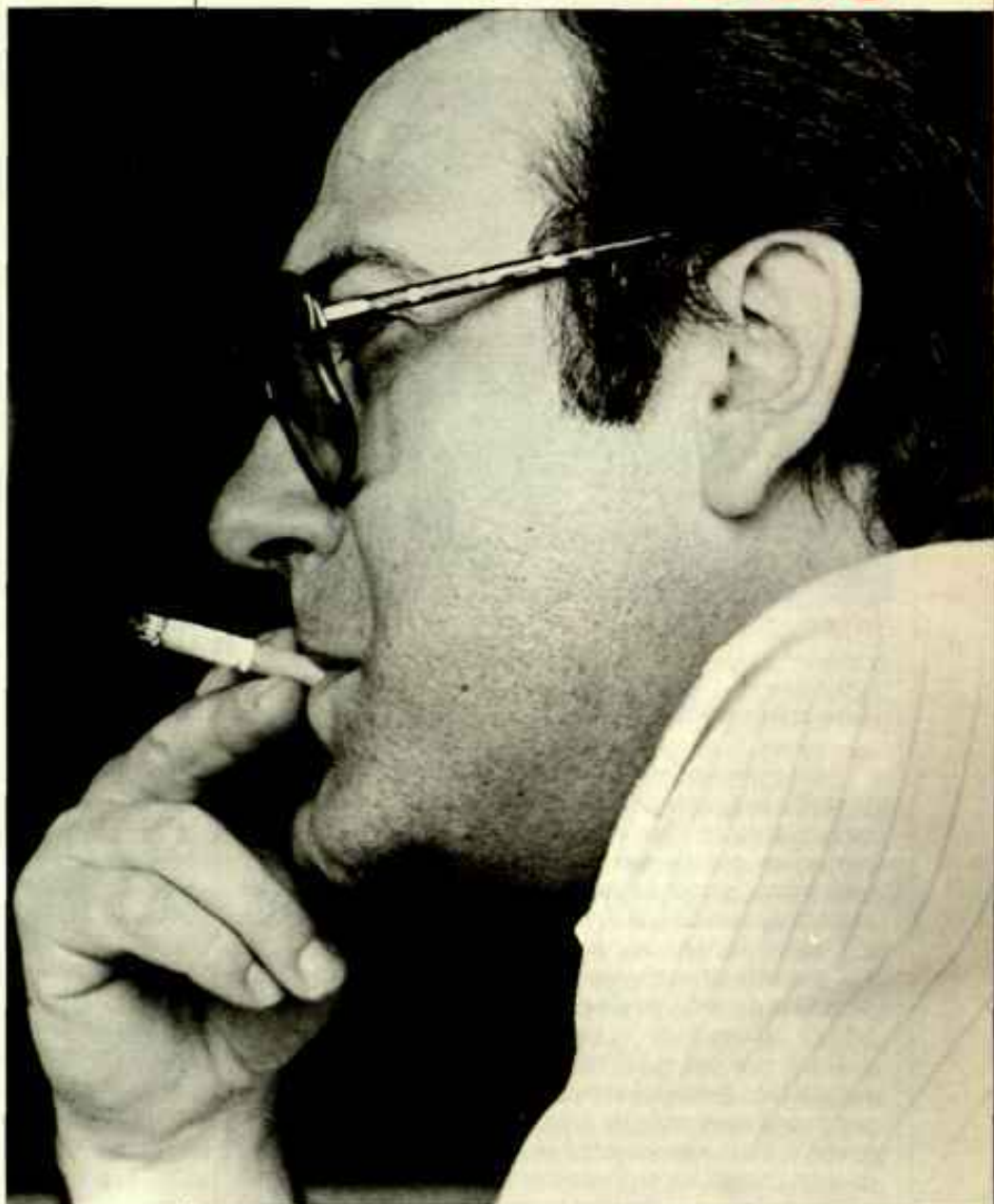
cialistas en el gobierno, UGT aumente notablemente su fuerza. Esta necesidad lleva a Comisiones a exacerbar conflictos corporativos. Y si el gobierno lo hace radicalmente mal, esa táctica puede fortalecer a ese sindicato, pero cabe la hipótesis contraria, es decir, que conduzca a un desprestigio y deterioro de Comisiones.

Y existe otra posible consecuencia: que esa táctica obligue a UGT a tomar posiciones más duras, para evitar un desplazamiento por la izquierda...

Si el gobierno no hiciese una política de concertación como la que antes he expuesto, existe el peligro de que UGT se vea arrastrada hacia posiciones que yo en estos momentos calificaría de irracionales. Porque si UGT no puede llevar a cabo su estrategia, en la que la concertación es el elemento clave, se plantea la otra vía, es decir, la contestación frontal. En esas condiciones UGT estaría en una situación que no es la suya, y se colocaría en el terreno de Comisiones, aunque estoy seguro que ese terreno no es deseado por mucha gente de este último sindicato. Y esto me hace pensar en la posibilidad de establecer cuáles son las modificaciones del estilo o de la actuación del gobierno que nos interesan conjuntamente, y, a partir de ahí, tratar de conseguirlos. Claro está que las motivaciones políticas que antes señalaba lo dificultan, pero no creo que el objetivo sea inalcanzable. Aunque la actuación del gobierno en los últimos meses esté potenciando dentro de Comisiones las posiciones de quienes defienden el enfrentamiento frontal.

Pero, ¿no crees que un deterioro del PSOE, por las vías que has indicado antes, favorecería un fortalecimiento de alternativas situadas a su izquierda, del PCE?

Yo creo que un deterioro del PSOE no favorecería sustancialmente a una formación situada a su izquierda, sino que favorecería a la derecha y podría llevar a una consolidación de esa derecha para muchos años y una quiebra en general de la izquierda: una posición más «dura» del PCE podría llevarla a una cierta recuperación electoral, pero sería muy pequeña. Insisto en la idea que antes señalaba: si el gobierno, y creo que esto puede cambiar, mantiene la actitud de los últimos meses en la aplicación de su política económica, puede generar procesos — y no me refiero sólo a una radicalización de los sindicatos —, que llevarían a un resquebrajamiento del bloque social que ha apoyado al «cambio», al Partido Socialista, abriendo las puertas a la derecha y arruinando una posibilidad histórica, arrumbando para muchos años la alternativa de izquierda en España.



Para qué sirven los economistas

MANUEL GALA

¿E

stamos en la era de los economistas? Porque ciertamente los economistas han invadido no solamente los puestos ejecutivos de la empresa, sino también los altos y medios cargos de la Administración Pública. Parece así que la economía, que comenzó siendo economía política, está convirtiendo la política en política económica. Es sintomático en este sentido que el Congreso Mundial de Economía recientemente celebrado en Madrid haya sido inaugurado por el Presidente de Gobierno (rodeado de varios ministros) y clausurado por el Rey, o que cada vez más ministerios pasen a ser considerados «económicos», o aún sin hacerlo, a ser dirigidos por un economista.

Los nuevos brujos

Y sin embargo, esta invasión es contemplada con cierto recelo por parte de la sociedad, que acusa a los economistas tanto de «brujos» refugiados en torres de marfil protegidas por la muralla de un lenguaje esotérico y excluyente, como de tecnócratas que, desprovistos de ideología, reducen la cosa pública a la Administración Pública; o incluso de crear una nueva religión del Siglo XX plagada de símbolos y categorías que son adoradas desnudas de toda posible racionalidad que pudiera dar lugar a su creación.

Claro está que si los economistas están ahí, tiene que ser también porque han sido llamados por la sociedad, por lo que muchas de las críticas a los economistas son de hecho críticas a la sociedad en la que vivimos. Pero aún en este sentido los economistas serían tanto causa como efecto de lo que se ha venido en llamar vacío ideológico (o tecnocratización) de los países capitalistas, con el agravante, además, de que ni abren ni pueden resolver sus problemas, como lo demuestra la irreductible crisis económica actual. En resumen, pues, en bastantes personas hay un vago sentimiento de que, al menos en parte, los economistas son unos tecnócratas medianamente competentes para solucionar los problemas que se les encomiendan, y que intencionadamente oscurecen su ineptitud con un lenguaje incomprensible precisamente para aquellos que sufren las consecuencias de vivir en un sistema económico con crisis recurrentes.

La experiencia

Vayamos por partes.

Que los economistas no pueden resolver los problemas de la sociedad es un argumento en sí mismo irrelevante y, en cualquier caso, indemostrable. Irrelevante porque ninguna ciencia, ni profesional que se apoye en ella, puede pretender resolver todos los problemas a los que se enfrenta y, de hecho, si lo hiciera se movería más en el campo de la metafísica que en el científico. Pedir a los economistas que eviten una crisis como la actual es tan absurdo como exigir al médico que resuelva el problema de la muerte, o al astrónomo que sepa lo que «es» el Universo. Y es también un argumento indemostrable, porque tampoco sabemos lo que hubiera ocurrido sin la presencia de los economistas. Es cierto que el mundo está inmerso en una crisis económica larga y profunda que está afectando de una forma grave a la estabilidad social y política de los países y al bienestar de sus habitantes. Pero, ¿qué hubiera ocurrido, bajo las mismas circunstancias, si no contáramos con la acumulación de conocimientos producidos por décadas de investigación teórica y empírica, ni con la experiencia de actuaciones anteriores? La crisis actual es mala, pero dadas las condiciones objetivas, y a juzgar por las experiencias pasadas, podría haber sido ya bastante peor. No se trata de entrar en el mundo de los futuribles, sino de afirmar, de una parte, y parafraseando a Keynes, que los que toman decisiones políticas hoy se apoyan (con frecuencia sin saberlo) en las teorías de economistas ya muertos; y, de otra, que la ciencia económica está suficientemente viva (y el reciente Congreso Mundial de Economía es un ejemplo más de ello), como para ofrecer ideas que contribuyan, si bien parcialmente, a resolver los problemas actuales.

¿Tecnocracia?

Más complejo es el tema de la posible contribución de los economistas a una posible concepción «tecnocrática» de la política. Independientemente de que para muchos esto no sea una inculpación, sino, por el contrario, una valoración positiva de la profesión económica, el argumento merece algunas matizaciones.

Parece cierto que en la actualidad el economista tiende a ver los problemas de la sociedad como problemas de gestión administrativa, aún cuando se trate de problemas colectivos. Cualquier libro de texto nos dirá que cuando



A. Sultze, J. M. Gómez/PULL

el economista se enfrenta a los problemas de la sociedad en su conjunto tiene que responder a la triple pregunta de qué es lo que se debe producir, cómo se debe hacer, y cómo se debe distribuir lo producido. Separados así estos tres objetivos, es obvio que la tercera y la primera preguntas (por este orden) pueden plantear más cuestiones sobre el ideal de sociedad que la segunda, que parece estar más próxima a un problema de eficiencia. Y ha ocurrido, en efecto, que la división de las ciencias y la especialización de las funciones han empujado a gran número de economistas a especializarse en el conocimiento y práctica de la distribución de los recursos escasos (un bien libre, o gratis, no es un bien económico) para la consecución de fines que vienen ya prefijados por otras profesiones. Esto es, a olvidarse también del «qué» y del «para quién» para concentrarse en el «cómo», y ello independientemente de que los fines vinieran definidos por la dictadura de Pinochet o por el socialismo democrático sueco. Al fin y al cabo, se puede ser tan eficiente para la igualdad como para la desigualdad; para producir buscando la elevación cultural del hombre, o para preparar la destrucción por la guerra.

Buscar la eficacia

Esta aparente «neutralidad» puede llegar a no ser tal en el sentido de que, aunque la eficacia no prejuzga las ideas del que la busca, la obsesión por ella puede dejar poco sitio a la sensibilidad por el bienestar de los demás. Este peligro de insolidaridad ciertamente no es específico

del economista (el bioquímico puede encontrar multitud de argumentos para facilitar la guerra bacteriológica), pero sorprende más en una ciencia que se denomina «social», y que tiene unos padres fundadores que se preocuparon casi sin excepción por la economía política (uno de ellos, Carlos Marx), o que llegaron a la economía, como en el caso más reciente de Pigou, «paseando por los suburbios de Londres» (lo que quiere decir que, aunque fuera paseando, pasó por ellos). Conviene recordar, sin embargo, y por los mismos argumentos anteriores, que la aplicación hasta las últimas consecuencias del criterio de «neutralidad» de la ciencia, y más claramente en el caso de una ciencia social, no disminuye la relevancia de las preguntas, ¿qué? y ¿para quién?, sino que las sitúa en una posición previa fundamental que, a su vez, está necesariamente condicionada por las circunstancias sociales de cada país concreto. No es aceptable, por tanto, y precisamente en base a su pretendida «neutralidad», que sea la misma política económica la que se puede aplicar en Suiza y en Chile, por poner un ejemplo sangrante (en el sentido literal del término). Y la asunción por la «izquierda» de criterios de eficiencia que la «derecha» siempre ha considerado suyos, tampoco implica que la política económica de la derecha y de la izquierda tengan que ser las mismas. Así, el «hacer que España funcione» puede tener distintas interpretaciones según quien sea el lector.

Por otra parte, normalmente no es fácil aislar la eficiencia de decisiones previas sobre qué es lo que se va a producir y quién se va a beneficiar de ello. Porque, ¿qué ocurre cuándo la eficiencia de uno produce ineficiencia de los otros? Aquí el todo puede ser mayor que la suma

de las partes, y hay que elegir entre criterios de eficiencia. ¿O cuando la eficiencia de hoy implica ineficiencia en el futuro? ¿Debemos agotar el petróleo maximizando la producción presente, o tener en cuenta la eficiencia del futuro? Porque la sociedad vive más tiempo que los economistas que toman las decisiones. ¿Y qué hacer con los bienes que por indivisibles no se pueden cobrar (o bienes públicos)? Si nadie los produce ni siquiera se plantea el problema de la eficacia.

En definitiva, eficacia, pero ¿para qué? Porque en un mundo interdependiente el «qué» y el «cómo» están interrelacionados y con frecuencia hay que responder a ambos simultáneamente; y también por eso, es muy posible que los buenos «tecnócratas» de «derechas» y de «izquierdas» no se pongan de acuerdo sobre la cantidad de bienes públicos a producir, o aún menos sobre la política impositiva.

Una ciencia esotérica

Unos últimos comentarios sobre el pretendido esoterismo de la ciencia económica, o sobre ese obscurantismo que permitiría a parte de un grupo profesional retener un cierto poder en base al lenguaje críptico de la cábala.

Pero exclusividad de lenguaje y obscurantismo no tienen por qué ir necesariamente asociados. La ciencia económica es una ciencia relativamente joven y en gran medida importada, características ambas que explican el que su lenguaje esté plagado de términos que todavía no han llegado a ser integrados en el idioma más popular.

La economía está así llena de vocablos que o bien son barbarismos, o bien no se utilizan con el significado tradicional de nuestra lengua.

Por otra parte, la economía es una ciencia social que aspira a semejarse en su capacidad de predicción a las ciencias de la naturaleza, lo que la fuerza a una abstracción formal a nivel especulativo que la aleja de la realidad inmediata. Pero no olvidemos a este respecto que toda especulación científica en un principio suele ser comprendida solamente por aquellos que la realizan, y que en todo caso la sociedad ha mostrado históricamente un gran recelo, generalmente injustificado, a la rentabilidad de la investigación. Claro está que también es cierto que a la mayoría de nosotros ya no nos preocupa el saber o no si los ángeles miccionan, a pesar de que el tema preocupara a algunos teólogos en el pasado, pero hasta la literatura económica más elejada de la realidad trata de problemas vitales para la humanidad, y hay que tener la esperanza (con algo de fe) de que la búsqueda del rigor hoy contribuya a la relevancia más inmediata de la economía del mañana. En cualquier caso, es de esperar que, al igual que la crisis económica de 1929 contribuyó a acercar la teoría económica a la realidad haciéndola más apta para resolver los problemas inmediatos, la crisis presente disminuya la importancia de la especulación en favor de la aplicación.

En el último congreso mundial de Economía no hubo ningún Keynes, pero los temas tratados corroboran que la economía real comienza a desplazar la pura abstracción de la mente de los economistas.

Sí, tenemos economistas en la política para largo.

Quimera

Revista de literatura

NUMERO 31

- Poesía y suicidio: el fenómeno de Sylvia Plath. *José Kozar*
- Autobiografía de la fiebre. La chica que quería ser Dios. *Gracia Rodríguez*
- Los juegos eruditos. *Augusto Monterroso*
- Shelley: observaciones sobre estética del terror. *Patricia Cruzalegui*
- Ramonología. *José Benito Fernández*
- La situación literaria de Ramón. *Cristóbal Serra*
- La escritura de vanguardia. *Julio Ortega* y entrevistas con Phillippe Sollers y Javier Solana

Ronda de San Pedro 11 6.º 4.ª Barcelona-10

UAB
Biblioteca de Comunicació
i Hemeroteca General
CEDOC

- "Es para usted..."

PAGARES DE TELEFONICA

LA INVERSION DE MEJOR TONO

Pagarés de Telefónica.

Un nuevo activo financiero con alta rentabilidad a muy corto plazo. Una forma de inversión a su alcance, en cualquier momento, que le ofrece liquidez inmediata, con total seguridad y mayores rendimientos.

Nominal de 500.000 y 1.000.000 de pesetas.

La rentabilidad de los Pagarés de Telefónica se obtiene por la diferencia entre su precio de adquisición y su valor nominal.

Además de su liquidez, los rendimientos que se obtienen con los Pagarés de Telefónica no están sujetos a retenciones fiscales, encontrándose garantizados por la primera empresa del país.

Infórmese más ampliamente en su Banco, Caja de Ahorros, Agente de Bolsa o Corredores de Comercio.

Vencimiento 1 año.

**Pagarés de Telefónica.
La Inversión de mejor tono.**



SEGUIMOS SIN RESPUESTA

No existen estrategias globales a medio y largo plazo para salir de una crisis en la que el mundo lleva diez años inmerso. Pero, en todo caso, un solo país no puede superarla aisladamente en una sociedad internacional cada vez más interdependiente. Estas son algunas de las conclusiones de un Congreso marcado por el enfrentamiento Norte-Sur y la falta de soluciones.

FERNANDO RIMBLAS

Los escasos cinco días de duración del VII Congreso Mundial de Economía, lo amplio de su temario —dividido en cinco mesas redondas, 16 sesiones especializadas y cinco complementarias—, y lo ambicioso de su lema —«Cambio estructural, interdependencia económica y desarrollo mundial»—, provocaron lo que el relator general del Congreso, el catedrático Julio Segura, definió como «sentimientos algo contradictorios respecto a la economía mundial y sus posibles soluciones».

Se pone así de manifiesto la característica más acusada de cuantas definen lo que ha sido este congreso: una cierta dispersión y poco más que acuerdos genéricos sobre el diagnóstico de la crisis y las directrices que deben seguirse para superarla. Por otra parte, y al acudir los casi 2.000 participantes de muy diversas procedencias, se produjeron enfrentamientos entre economistas del Norte y el Sur, a veces en términos muy duros para con los países industrializados.

El Congreso fue inaugurado por el Presidente del Gobierno con un breve discurso en el que, tras citar el paro y la inflación como consecuencias básicas de la crisis, incidió en el primero como problema prioritario de las sociedades desarrolladas, y se preguntó si es posible encontrar la res-

puesta que resuelva los dos problemas simultáneamente.

Retomando uno de los lemas del Congreso, mostró su preocupación por el relanzamiento del desarrollo en un mundo cada vez más interdependiente cuando se han recrudecido alarmantemente «el enfrentamiento y el egoísmo particularista entre el Norte y el Sur, y el Este y el Oeste». Llamó finalmente a la solidaridad internacional y a la búsqueda de justas soluciones que favorezcan a los países más deprimidos.

Las conclusiones del Congreso no ofrecen esa alternativa que reclamaba Felipe González. El origen de la crisis es esencialmente industrial, pero su duración ha provocado la aparición de otros problemas, fundamentalmente de financiación internacional, tecnología, de equilibrios internos básicos, y otros.

Tras la experiencia de estos diez años de crisis —la más larga y profunda desde la Segunda Guerra Mundial— se ha comprobado que la política monetaria no resuelve por sí sola los problemas planteados. Ha quedado claro, por otra parte, que la política de subvenciones a los precios hace más costosos los ajustes y no reduce los costes sociales en gran medida. Son otras, por tanto, las vías a utilizar a la hora de proponer soluciones.

Las posiciones dominantes coinciden en

la necesidad de lograr acuerdos internacionales en un marco institucional distinto del actual. Es preciso diseñar políticas macroeconómicas, así como favorecer el cambio técnico por sus efectos sobre la productividad.

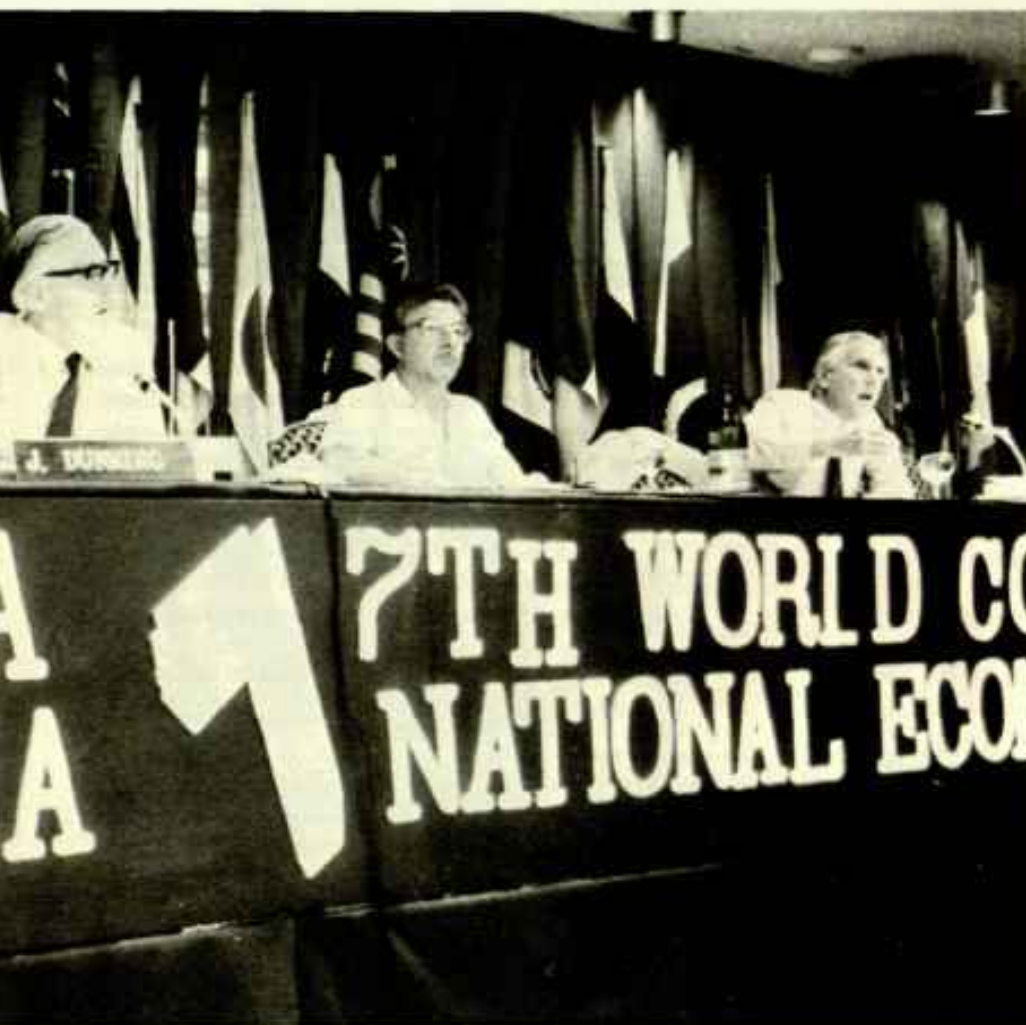
Resulta inaplazable el desarrollo de nuevos mecanismos de asignación que complementen o sustituyan el mercado allí donde sea necesario, y diseñar políticas a largo plazo que disminuyan los desequilibrios internos e internacionales, condición inexcusable para superar la crisis. Para esto se requiere reducir los tipos de interés, lograr mayor financiación y aumentar la productividad.

España: El mal necesario

Preguntado acerca de los indicadores de riesgo de la economía española, el profesor Fuentes Quintana lamentó que durante muchos años los datos objetivos de la situación española hayan estado ausentes de los anuarios internacionales. Junto a esta ausencia, la imagen exterior que proyecta la transición política del país provoca una incertidumbre en el inversor extranjero, que ha de guiarse sólo por impresiones.

Producto de esta ignorancia fue la negativa del Premio Nobel norteamericano Kenneth J. Arrow al ser requerido para aven-





turar un pronóstico sobre la eventual recuperación de nuestra economía.

Sin embargo, Franco Modigliani —a quien se adjudicaba el próximo Nobel en los meritorios del Congreso— aseguraba que nuestro país «volverá a un crecimiento estable como hace años. España sufre ahora enfermedades mundiales que afectan a los países en desarrollo. Junto a estos problemas, otros son específicos de España: salarios excesivos y rigidez en la movilidad de mano de obra, lo que reduce la competitividad exterior».

Con este diagnóstico coincidían todos los participantes en la mesa redonda que, bajo el título de «La economía española y su relación con la economía mundial», se desarrolló en las sesiones del VII Congreso Mundial de Economía celebrado entre los días 5 y 9 de septiembre en Madrid.

Los datos macroeconómicos aportados en la sesión presentan un panorama ciertamente sombrío.

De un crecimiento medio anual del 7 por 100 en el período 1961-74, se ha pasado en el lapso 1975-82 al 1,5 por 100, triplicándose en dicho período el déficit por cuenta corriente. La deuda externa es en estos momentos de 29.000 millones de dólares. Un caudal de deuda como éste —que supone un 16 por 100 de nuestro PIB— y un servicio de deuda que alcanza

un 19,8 de nuestras exportaciones de bienes y servicios, exige aumentar la competitividad de nuestros productos, para lo que deben modificarse las medidas proteccionistas frente a la competencia exterior, que en más de un 50 por 100 se transforman en un impuesto sobre la exportación.

Sin embargo, el sector exterior no mejorará mientras no se produzca una recuperación de la economía mundial que atenué el proteccionismo de los países industrializados.

Guillermo de la Dehesa, secretario general del Ministerio de Comercio, vaticinó una deuda exterior para 1986 entre 30.000 y 31.600 millones de dólares. Estas cifras constituyen una previsión razonable, según el profesor Fuentes Quintana, siempre que no se alteren las hipótesis que las sustentan: no habrá hasta entonces aumento de salarios reales, las exportaciones de los países de la OCDE aumentarán hasta una media del 3,5 por 100 anual, y la apreciación media anual del dólar será del 15 por 100. Semejante nivel de deuda para 1986 no producirá problemas de liquidez o solvencia para nuestra economía, siempre que no se produzca otra crisis energética.

En el transcurso de la mesa redonda se hizo notar que la gravedad del problema de balanza de pagos que se padece no pro-

viene sólo del permanente déficit en la balanza por cuenta corriente, sino de una profunda crisis de producción y productividad que se refleja en la caída de las tasas de inversión y ahorro. Es preciso aumentar el ahorro público y relanzar la inversión aumentando su rentabilidad, lo que exige reducir los costes de producción. Pese a los costes sociales que comporta, resulta ineludible afrontar la reconversión de los sectores productivos no rentables en las actuales condiciones, y favorecer sectores de tecnología avanzada que, junto a los sectores agrícola y energético, componen la trilogía de balanzas endémicamente deficitarias.

Para que las exportaciones aumenten es imprescindible controlar los costes internos y esperar que el comercio exterior se liberalice. Para conseguir el primer objetivo no sirven sólo medidas de política monetaria, sino que han de producirse reajustes profundos en los mercados de factores y productos y en el marco institucional español. La liberalización del comercio exterior depende de la recuperación de la economía mundial, que parece intuirse ya en los Estados Unidos y que, de confirmarse, se trasladaría a la Europa anglosajona con cierta rapidez, aunque su contagio a las economías mediterráneas se adivina mucho más tardío dado el comportamiento del sector público y los costes de producción en países como Italia, España y Francia, que han de reducir considerablemente el déficit público para intentar relanzar el desarrollo.

Otro factor tendrá especial incidencia en la eventual recuperación de nuestra economía: a corto plazo, el nivel de los tipos de intereses norteamericanos y el diferencial de inflación pesará sobre la cotización de la peseta frente a otras monedas y, en especial, frente al dólar.

Resumiendo estos datos, el profesor Fuentes Quintana fue inequívoco: «El actual statu quo de nuestra economía es insostenible por inviable. La dosis de dureza del plan de ajuste del gobierno socialista es insuficiente. El ritmo de la reconversión debería ser mucho más rápido, pero un gobierno socialista ha de cuidar los costes sociales y vender la transformación a su electorado de modo gradual. La economía es una ciencia con leyes ineludibles, y el radio de acción de los responsables de la política económica es muy escaso.» Tras afirmar que los economistas españoles esperan el planteamiento de alternativas para su análisis, rechazó las cifras propuestas por la oposición: «No hay más política con cifras que la que está llevando a cabo el gobierno. La oposición no aporta cifras que se puedan discutir, porque no las incluye en un cuadro general.» Calificó la política económica del gobierno como «congruente con su tiempo», y concluyó afirmando la inevitabilidad de asumir la impopularidad y los costes sociales que conllevan las soluciones necesarias para una situación como la actual, «por encima de nuestra posibilidades».

SOBREVIVIR,

IGNACIO SOTELO

A

Asombra cómo las mismas ideas, tendencias, modas, reaparecen una y otra vez, desligadas incluso de sus antecedentes inmediatos.

A finales de los sesenta renace el feminismo, en sus primeros pasos desconectado por completo de la importancia eclosión feminista de los años veinte. Hoy la juventud se siente pacifista y hace hincapié en la novedad de su actitud como si el pacifismo no contase ya con una larga historia.

si como los economistas han puesto de manifiesto ciclos más o menos largos en la reaparición periódica de las crisis, cabe mostrar estructuras circulares semejantes, sin supeditarlas necesariamente al ritmo económico, en el arte, el pensamiento o la política. Funciona tan bien una visión lineal, como una circular de la historia. Con tan buenos argumentos se puede defender la radical novedad de lo que va surgiendo día a día como argüir a favor del dicho salomónico «nada nuevo bajo el sol». Conclusión provisional, cuidado con las filosofías de la historia.

Conviene empezar distinguiendo entre el pacifismo y la mera oposición —eso sí, sin peros ni atenuantes—, a la guerra nuclear; pues, aunque luego coincidan en la práctica, parten de premisas diferentes. El pacifista, por motivos religiosos, filosóficos o morales, niega toda legitimación a la guerra, aún la que se disfraza de «justa» o de «defensiva». Está convencido de que el empleo de la violencia, se justifique como se quiera, es en sí mismo condenable, sin admitir excepción alguna: legítima defensa, protección de la vida de otra persona, salvación de un bien que se reputa superior a la vida. Puesto que se niega a entrar en el terreno escurridizo de lo excepcional, puede establecer la no-violencia como principio absoluto. Toda violencia engendra violencia, círculo infernal que sólo puede quebrarse sufriendo la violencia ajena sin contestarla con la propia. En el fondo nos desagrada tanto esta incapacidad de analizar lo concreto-excepcional, refugiándose en la rigidez de los principios, como admiramos su entereza, al preferir padecer la injusticia a cometerla. El absolutismo inflexible que define al pacifista de viejo cuño se descubre fuente de grandeza moral, pero también intelectualmente débil: lo real aparece siempre en la forma de lo concreto-excepcional, sin encajar en ningún principio.

El opositor a la guerra nuclear, en cambio, no parte de ningún principio cuya certeza inapelable fundamente en una creencia religiosa o saber filosófico. Tampoco condena en general la violencia aunque, como cualquier persona razonable, pretenda evitarla en lo posible; ni siquiera es antibelicista por principio, dispuesto a discutir la legitimidad, en determinadas circunstancias, de la «guerra revolucionaria». No rehusa entrar en la intrincadísima cuestión, tanto desde un punto de vista filosófico como político, de si existen situaciones extremas en las que el empleo de la violencia pudiera estar justificado. En suma, no es un hombre de principios; lo quiere ser tan sólo de razones. Le basta con poner de manifiesto la *irracionalidad intrínseca* que comporta la modalidad de la guerra atómica. El pacifista condena la guerra, toda guerra, por inmoral; más inmoral, cuanto mayor sea su capacidad destructora. El opositor a ultranza a una conflagración nuclear, antes de plantear el tema de su inmoralidad pone énfasis en su irracionalidad.

UNA UTOPIA

El absurdo de la guerra

El nuevo pacifismo se opone, ya no simplemente a la guerra, sino a un tipo de guerra, la atómica, que no tiene precedente en la historia; y no por razones religiosas, filosóficas o morales, que podemos o no compartir, sino por simple sentido común: la guerra atómica se manifiesta *absurda*, al sobrepasar cualquier tipo, ya no sólo de razón, sino incluso de racionalidad. En ningún caso la guerra parece razonable, pero en algunos cabe discutir su posible racionalidad, al presentarse como el único medio —«ultima ratio»— para conseguir defender un bien que se reputa tan valioso que justifica las vidas sacrificadas en su consecución o defensa. Pero, ¿puede existir un bien de valor tan inconmesurable que legitime el que arriesguemos, no ya nuestra vida o la de nuestro pueblo, sino la de la humanidad entera? Como en cualquier empresa humana, la racionalidad de la guerra depende de la adecuación entre fin propuesto y los medios, que incluye los costos, para conseguirlo. La guerra atómica se revela absurda al desaparecer toda correlación: no existe para el hombre finalidad concebible que justifique la desaparición de la vida sobre el planeta.

A primera vista la argumentación parece impecable: la guerra, en el nuevo estadio alcanzado con el armamento atómico, transforma su naturaleza y se manifiesta no ya sólo inmoral, sino absurda. No poseeremos criterios universales de moralidad —he aquí la debilidad del viejo pacifismo—, pero sí de racionalidad: he aquí la fuerza del nuevo. Pero enseguida caemos en la cuenta de que la lógica que denuncia a la guerra atómica como absurda tiene su talón de Aquiles en un argumento de hecho que, como tal, exige verificación empírica: a saber, que una guerra atómica, efectivamente, implicaría la *destrucción total* de la vida sobre el planeta. En esto, justamente, y no en menos, consiste el salto cualitativo que determina su sinsentido.

Mientras se conciba la posibilidad de la victoria, por muy alta que pueda ser la capacidad de destrucción, es decir, mientras se piense que se pueden conseguir determinados objetivos mucho antes de llegar a la destrucción total, la guerra, por terrible que sea, conserva su lógica tradicional. Hasta ahora sólo podemos dejar constancia de que, por lo menos en la sociedad industrial, cada nueva guerra da muestras de una mayor capacidad destructora. Las víctimas de la segunda guerra mundial multiplican por cuatro el número de las habidas en la primera; las de la tercera bien podrían multiplicarse por diez, sin por ello cambiar la naturaleza de la guerra. En todo caso, tales cifras, por horrorosas que puedan parecer, no significan ni de lejos, que desaparezca el hombre sobre la tierra, ni siquiera nuestra civilización. Cuarenta millones costó destruir el Imperio hitleriano y muy pocos se han preguntado hasta ahora si existe relación entre el objetivo y el precio pagado en vidas humanas y bienes materiales. Cuatrocientos millones podría costar aplastar al «imperialismo soviético», y no faltará quien piense que bien vale la pena, si con ello nos vemos libres definitivamente



SOBREVIVIR, UNA UTOPIA

del «totalitarismo comunista», asegurados ya, por los siglos de los siglos, la libertad capitalista y el «american way of life».

Hecatombe total

El punto crucial sobre el que gira toda la discusión en torno a la paz y a la guerra es una cuestión de hecho: tiene o no la humanidad la capacidad suficiente para autodestruirse por completo. De refilón se inserta una segunda pregunta. Un enfrentamiento nuclear de las dos superpotencias, ¿ha de implicar necesariamente el suicidio colectivo de la humanidad? ¿Queda, acaso, la posibilidad de una guerra nuclear limitada, tanto en el «teatro de operaciones», como en la utilización del arsenal disponible? El que haya perdido la primera batalla, ¿no preferirá asumir la derrota a la aniquilación total, aunque incluya la del enemigo?

Toda la fuerza lógica del pacifismo antinuclear se basa en la doble asunción de que, primero, el arsenal atómico disponible basta y sobra para acabar con la vida sobre el planeta; segundo, que un enfrentamiento atómico entre las dos superpotencias no puede limitarse ni en el espacio operativo, ni en la utilización del arsenal disponible. Por lo pronto, nadie se atreve a negar esta capacidad adquirida de destrucción total. Todos los especialistas coinciden en un mismo pronóstico, aunque unos lo hagan público para despertar las conciencias, mostrándonos los riesgos reales que nos amenazan; y otros como un elemento esencial de la estrategia de «disuasión por el terror». Con todo, la hipótesis de una destrucción total no es una evidencia, sino un simple hecho, pero tan peculiar que no admite verificación empírica: si resultase cierto, nadie quedaría para comprobarlo. Estamos ante un argumento de hecho que tenemos que admitir como evidente, sin esperar a su verificación.

Admitir la posibilidad de una destrucción total aniquila la lógica belicista, cabalmente expresada en el aforismo romano, «si quieres la paz, prepara la guerra». Mantener, a pesar de ello, la carrera armamentística supone considerar esta posibilidad como una entre varias, y desde luego, no la más probable. Si no cabe eliminar la hipótesis de una destrucción total, entonces lo más probable, es que no se llegue hasta las últimas consecuencias. La próxima guerra, aunque muchísimo más destructora que las anteriores, no dejará por ello de estar limitada en el espacio y en el empleo del potencial atómico. Este tipo de argumentación, el más sutil y peligroso, en el fondo revela tan sólo un afán de reestablecer la lógica de la guerra: sólo concebida como limitada, la guerra atómica conserva un valor estratégico, sin disolverse en puro absurdo.

No resulta, sin embargo, difícil convencerse de lo contrario: lo verdaderamente improbable es que una confrontación bélica entre las dos superpotencias no sea atómica, o se mantenga limitada. El que pierda la primera batalla, tratará de ganar la segunda y así indefinidamente hasta la destrucción total. Si una superpotencia, con capacidad suficiente para aniquilar la vida del planeta, se ve metida en un conflicto atómico, antes de entregarse en manos de su enemigo agotará el arsenal disponible, es decir, llegará a la destrucción total. La lógica misma de la guerra impone este comportamiento: no rendirse mientras se pueda asestar un golpe al enemigo. Si en el pasado las guerras

fueron limitadas, sin amenazar la vida de toda la humanidad —pueblos y culturas si han sido arrancados por completo de la faz de la tierra— es porque se disponía de una capacidad limitada de destrucción. El factor nuevo que cambia la índole de la guerra, y hasta el sentido de la historia, es que ahora sí poseemos la capacidad de destrucción total.

Sobrevivir: El objetivo último

Desde la primera guerra mundial, el europeo barrunta que se cerró el ciclo de la «modernidad capitalista». Desde el 6 de agosto de 1945, con la explosión de la primera bomba atómica en Hiroshima, sabe en qué consiste lo que balbuciente empezó a llamar «post-modernidad» y ahora denomina, ya sin tapujos, la «era atómica» que, justamente, se define por ésta su capacidad de destrucción total. El «fin de los tiempos» ya no es una visión escatológica, ni el «fin de la historia» la utopía que da sentido al caminar, sino, simplemente, el punto final, el sanse-acabó, el borrón sin cuenta nueva. Recién perdida la ilusión de la inmortalidad, mantenida durante milenios para dar cara a la vida y a la muerte, descubrimos que también son mortales los valores más sagrados de libertad y justicia. «Nosotras, las civilizaciones, sabemos ahora que somos mortales», escribía Paul Valéry, resumiendo la experiencia de la primera guerra mundial. Después de Hiroshima, no ya sólo nuestra civilización, sino incluso la vida sobre la tierra está marcada con el sino de una pronta destrucción. Pasar de la utopía decimonónica, que nos aseguraba que estaba a caer la breva de una sociedad plenamente humana en que todos y cada uno se realizarían en libertad, a reconocer que mañana, en un mes, en diez años, en un siglo, asistiremos a la autodestrucción de la humanidad, es un salto demasiado brusco para aguantarlo sin desvanecerse.

Existe la posibilidad de una destrucción total: he aquí el nuevo horizonte desde el que tenemos que repensar nuestra vida individual y colectiva. Desde él, ninguna tarea más urgente, ninguna otra que pueda consignarse como prioritaria que la de evitar que esa probabilidad se convierta en realidad. No cabe más que un empeño, sobrevivir evitando la posible destrucción total; los demás, por elevados que parezcan, le están supeditados. El imperativo que ha de regir la conducta privada y pública, por encima de cualquier consideración filosófica o política, reza: compórtate de tal forma que tu acción u omisión no cuestione la supervivencia de la humanidad. Un mismo afán de sobrevivir une a los hombres por encima de sus diferencias de sexo, raza, clase, religión o ideología, y a los pueblos, por contrarios que puedan ser sus intereses. Cuando, al final de la modernidad, habíamos proclamado la imposibilidad de definir un valor supremo que pudiera ocupar la cúspide en una jerarquía de valores, hoy sobrevivir se presenta como el objetivo último, el valor primario indiscutible.

Sólo desde la perspectiva de la modernidad, que utópicamente definió al hombre como libertad, y a la historia como realización de la libertad de cada cual, puede parecer novedad este reencuentro con la necesidad de sobrevivir. La inmensa mayoría de los humanos ha vivido —y sigue viviendo— ocupada por completo en la lucha por la subsistencia. Sobrevivir ha sido siempre el objetivo primario, el valor supremo de la existen-

cia. En los primeros pasos de la especie sobre la tierra, fueron incontables los riesgos de que desapareciera. La naturaleza se mostraba una madrastra hostil que, o bien se lograba dominar, o bien se perecía. Cuando el género humano cumplió con su destino de dominar la tierra, descubrió que el saber que había desarrollado para dominar la naturaleza incluía la capacidad de destrucción total. El saber como poder, la razón instrumental, se manifiesta *negativamente*: podemos destruir la vida, pero todavía estamos muy lejos de poder crearla. Como en sus comienzos, amenazada cada día de desaparecer, la humanidad se ve de nuevo confrontada con la posibilidad real de su desaparición. El final se revela como el principio: una lucha titánica por sobrevivir.

La realización de la utopía

Conscientes del peligro que nos amenaza, ¿no sabremos coordinar nuestros esfuerzos, impidiendo que se convierta en realidad, lo que, a fin de cuentas, no es más que una posibilidad? Así como el hombre venció a la naturaleza asegurando la supervivencia de la especie, ¿no podrá vencerse a sí mismo, dominando las fuerzas destructivas que él mismo ha puesto a punto? No

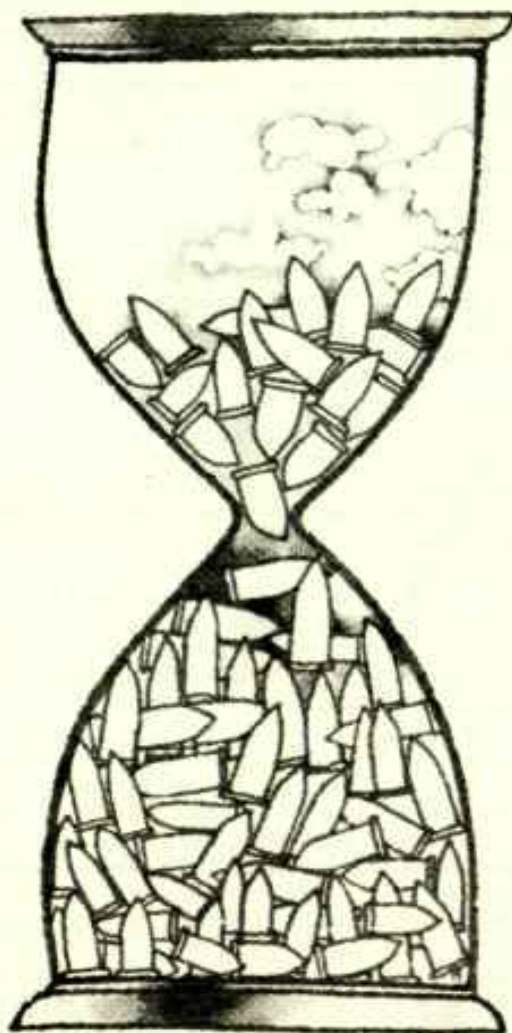
hace falta subrayar la importancia que tiene el que podamos contestar afirmativamente estas dos últimas preguntas, que son todo menos retóricas.

Examinemos someramente las condiciones que han de cumplirse para que la posibilidad de destrucción total no se convierta en realidad. La principal e inmediata es que podamos evitar un enfrentamiento bélico necesariamente atómico entre las dos grandes superpotencias. No podemos, sin embargo, confiar en que, permaneciendo las cosas como están, sepamos sortear indefinidamente la amenaza creciente de una guerra nuclear. La actual estrategia de «disuasión por el terror» conlleva un crecimiento progresivo tanto del riesgo de guerra como de la capacidad de destrucción. Estamos metidos en una dinámica en la que cada día es más probable tanto una confrontación bélica, como la destrucción total. No existe, por tanto, la más mínima posibilidad de supervivencia, sin un cambio radical.

¿En qué ha de consistir este cambio? Si no obligase la lógica, nos sonrojaríamos por mostrar tanta ingenuidad. El cambio imprescindible, del que depende la supervivencia del género humano consiste en transformar la paz precaria que conocemos —en rigor, tregua entre dos guerras— en algo inédito en la historia, «la paz perpetua». Si la guerra implica la destrucción total de la vida sobre el planeta, la supervivencia de la humanidad exige, como requisito mínimo, la eliminación de raíz de la posibilidad misma de la guerra; tan simple como esto. Justamente lo que los políticos prácticos de todos los tiempos desdeñan como mera entelequia especulativa, propia de teóricos, filósofos y otras gentes de la misma ralea. Resulta difícil retorcer los hechos y, para tranquilidad de las conciencias, llegar a otra conclusión; el pragmatismo «realista» de los políticos, comporta, en su última consecuencia, la destrucción total, mientras que la única esperanza de sobrevivir supone, ni más ni menos, que la realización de la utopía filosófica que conocemos por la «paz perpetua».

Si el lector puede concebir la posibilidad de que los que ocupan los centros de poder puedan desprenderse de la lógica que los ha llevado a donde están, y da un paso adelante preguntándose por las condiciones que tendrían que cumplirse para eliminar definitivamente la posibilidad de la guerra, lo más recomendable es una lectura detenida del opúsculo de Kant «La paz perpetua», sin duda el texto político más realista de los que podemos disponer. Una vez convencido de que para el establecimiento de una paz perpetua han de darse, por lo menos, dos condiciones —la realización plena de la democracia en el interior de cada Estado y la existencia de un Superestado universal—, concluirá, tal vez algo angustiado, que la posibilidad de sobrevivir supone haber realizado plenamente todas las utopías que la humanidad ha ido soñando a lo largo de la historia. Llegado a este punto, si todavía tiene fuerzas para proseguir y, a partir de la experiencia ganada en este siglo, pretende destapar el verdadero rostro de la utopía realizada, se dará de bruces con la antiutopía.

La era atómica, de la que nos sentimos tan orgullosos, parece agotarse en el dilema destrucción total u horror de la antiutopía. Confiemos, con don Antonio Machado, en que no será verdad nada de lo que pensamos.



Dibujo de G. Moscará.

Elecciones en Argentina

LAS SECUELAS DEL CAOS

En un contexto de evidente deterioro económico, político y social, la posibilidad de una inmediata salida electoral en Argentina plantea a propios y extraños interrogantes que muchas veces culminan en expresiones de perplejidad. «¿Cómo es posible que un país tan rico viva en tan profunda crisis?»

JORGE O. FONSECA

Sin embargo, aunque en el mismo interrogante pueda encontrarse una respuesta simplista explicando que es precisamente en esa riqueza, bastante mitificada, donde debe buscarse el origen de sus males, es necesario conocer mínimamente la evolución histórica de Argentina desde su particular inserción al sistema capitalista para poder entender sus problemas actuales. Esta necesidad se explica porque de otra forma no podría entenderse la fortaleza del sector latifundista, su ligazón con la oficialidad de las fuerzas armadas y su peso permanente en el Estado. No podría explicarse tampoco el surgimiento y auge de los movimientos populistas como el radicalismo primero y el peronismo después, ni de los movimientos clasistas más tarde; en suma, no podría interpretarse su presente ni proyectarse su futuro.

El proceso desarrollado desde el golpe militar de 1976 no sólo ha dejado una secuela de miles de muertos, detenidos-desaparecidos, encarcelados, torturados, exiliados y desempleados, sino que también ha provocado profundos cambios estructurales en la sociedad que se manifiestan en una destrucción masiva de unidades de producción, lo que sumado a la opresión política y a la férrea represión cultural y educativa, ha modificado la composición y peso de las clases sociales existentes hasta la década pasada.

El resultado del efecto combinado de estos fenómenos es un empobrecimiento material y cultural de los sectores más am-

plios de la población, particularmente asalariados, profesionales y pequeños y medianos industriales y comerciantes. Este proceso tiene una característica particular, ya que mientras que puede hablarse de proletarianización de la pequeña y media burguesía, no puede hablarse fácilmente de lumpenización de los antiguos asalariados, ya que en esta nueva categoría de desempleados se observa aún presente el peso de la formación social de las décadas pasadas que se caracterizaron por un proceso de industrialización ligera, fuertemente empleador de mano de obra y multiplicador de ingresos, característica acentuada en el período del primer gobierno peronista, cuya política favoreció la redistribución de ingresos en beneficio de los asalariados.

Es necesario subrayar el carácter social del conflicto argentino, lo que obliga a profundizar en la caracterización de sus clases sociales, antes de 1976 y hoy, a las puertas de una contienda electoral de la que se espera el inicio de un proceso democrático. Este proceso depende, en definitiva de la relación entre estas clases, de su lucha o de su concertación, lo que a su vez depende del grado de satisfacción que puedan conseguir para sus reclamos y de la fuerza con que puedan presionar para obtenerla, lo cual está condicionado por las posibilidades que brindan las condiciones nacionales e internacionales.

Capitalismo y oligarquía

La transición de Argentina al capitalismo se produce en la segunda mitad del siglo pasado, con su integración en el sistema de división internacional del trabajo y la introducción de relaciones de produc-

Homografía General
CEDOC



ción capitalistas; estos procesos fueron sensiblemente diferentes de los que experimentaron los países europeos o los E. U. A. Mientras que en éstos el capitalismo se desarrolla desde adentro de la formación social, originando una acumulación autónoma de capital, en la Argentina el capitalismo fue impuesto desde el exterior por esos países capitalistas.

Esta imposición respondía a la necesidad de homogeneizar un espacio econó-

mico en el plano nacional que modificara la atomización en mercados regionales; este proceso fue realizado con la participación de la oligarquía terrateniente que basaba su actividad en la explotación prioritaria de la ganadería. Esta oligarquía había surgido de la transferencia de la propiedad de los territorios despoblados del patrimonio nacional a un concentrado sector privado extranjero o nativo, ligado económicamente al exterior. Estas transferen-

cias realizadas en condiciones de favoritismo entre los grupos ligados al control del Estado, interesados en apropiarse de los recursos naturales, tuvo su corolario en la conquista por la fuerza, por parte del ejército nacional, de los territorios poblados por los indígenas que fueron inmediatamente distribuidos entre la misma oligarquía terrateniente y la oficialidad del ejército, con lo que se consolidó una fusión de ambas que perdura hasta nuestros días y que es un elemento fundamental para comprender los acontecimientos argentinos del presente siglo, incluidos los más recientes.

Posteriormente, la fusión de ambos grupos con los grupos financieros del capitalismo europeo se daría a través de los préstamos que estos concedieron a esas minorías para la explotación de los recursos naturales, especialmente agropecuarios, para abastecer los mercados europeos. Esta situación requirió modificar la actividad a una explotación de tipo capitalista, para que se abrieran las fronteras a los capitales y mano de obra extranjeras. De esta forma, la utilización de recursos naturales quedaba determinada por el intercambio a nivel internacional, o sea, por la acumulación de capital en los centros industriales de Europa y E. U. A. Las importantes inversiones que requería este cambio se realizaron con la cooperación entre el Es-

tado y el capital privado. En virtud de esto, el control de la actividad productiva básica y del contacto con los mercados extranjeros, eran las dos caras de una misma moneda, significaba que el Estado era sostenido desde el exterior y no por su base económica.

Movimientos populares y golpe militar

El proceso hasta 1930, «de desarrollo hacia afuera», promovió no obstante la aparición de algunas industrias y también de servicios vinculados a ellas aunque con una participación mayoritaria de capital extranjero, predominantemente británico. Es en este período cuando se desarrollan huelgas de transporte y de obreros empleados en las incipientes industrias y se produce el surgimiento de sectores sociales medios, que encuentran su expresión política en la Unión Cívica Radical, que surge como un desprendimiento de la Unión Cívica, partido de tradición oligárquica.

En el radicalismo se nuclea, junto a algunos oligarcas, jóvenes burgueses y pequeños burgueses que llevan al gobierno a Hipólito Yrigoyen bajo un programa de reformas que dará impulso a uno de los movimientos populares que lograría mayor arraigo nacional a pesar del carácter contradictorio de la política desarrollada en sus períodos gubernamentales, en donde se alternaron el otorgamiento de reivindicaciones a los obreros con represión sangrienta a los mismos. Sin embargo, el apoyo tácito del ejército y la oligarquía al radicalismo se interrumpirá en 1930 cuando es derrocado Yrigoyen por un golpe militar favorecido por el aislamiento a que lo llevó esta política contradictoria. Luego de una década de gobiernos de inspiración fascista, en que los asalariados crecientemente sindicalizados luchan por reivindicaciones inmediatas a pesar de la fuerte represión, comienzan a expresarse antagonismos entre la ahora más fortalecida burguesía industrial que, aunque forma parte de la burguesía terrateniente, tiene serias contradicciones con el sector exclusivamente agrícola-ganadero.

La situación de protección forzosa creada por la crisis del treinta, promovió un proceso de industrialización ligera, conocido como de «sustitución de importaciones» y que fue canalizado desde el Estado por los mismos detentadores del poder político: los terratenientes vinculados al capital extranjero, particularmente al de origen estadounidense que, desde entonces, prevalecerá sobre el británico. Este proceso, acentuado por el aislamiento provocado por la segunda guerra mundial, resulta fuertemente empleador de mano de obra y multiplicador de ingresos, generando las condiciones para el advenimiento de un gobierno de corte populista, de base obrera pero subordinado a la burguesía, y liderado por el general Perón (1945). Este gobierno desarrolla una política de redistribu-

ción de ingresos en beneficio de los asalariados y es, en un comienzo, aceptado por los sectores oligárquicos detentadores del poder del Estado como una necesidad impuesta por las condiciones internacionales y las restricciones que éstas significaban en el plano interno. Sin embargo, en la medida que aquellas condiciones se van modificando y avanza el proceso de sindicalización de los asalariados impulsado desde el gobierno, las presiones de la burguesía terrateniente sobre el gobierno obligan a éste a modificar su política. Este giro significó un debilitamiento político del gobierno, lo que sumado a las características de subordinación jerárquica del movimiento obrero, animó a los sectores de la burguesía no industrial a reasumir directamente el control del Estado a través de los militares ligados a ellos mediante un golpe de Estado en 1955.

Renovación del modelo oligárquico

Este cambio de postura del sector terrateniente obedeció a la modificación de las condiciones de aislamiento forzoso que había provocado una interrupción del modelo de reproducción capitalista, basado en la vinculación de los terratenientes con el exterior, que había existido hasta la crisis del treinta. Esta modificación coincide con el inicio del período de expansión capitalista de posguerra que implica una afluencia masiva de capitales extranjeros, particularmente estadounidenses. Esta situación acentuó el grado de dependencia y desarrolló una industrialización que requería mayor participación de capital y de insumos importados, lo que provocó periódicas crisis de balanza de pagos y creciente endeudamiento externo, además de provocar una caída del empleo y del ingreso. Este proceso es alentado tanto por la dictadura militar que se mantiene en el gobierno hasta 1958, como en el período de 1958-62 de un gobierno dirigido por una corriente escindida de radicalismo que accede al gobierno apoyado por el peronismo legalmente proscrito. Es en esta etapa donde se da la mayor penetración de capital extranjero.

En 1962, merced a nuevas elecciones con proscripción del peronismo, asume el poder un gobierno radical que intenta un tímido programa de reformas que no incluye redistribución alguna del ingreso, lo que provoca fuerte contestación obrera. Esos intentos reformistas y la movilización de los trabajadores, deciden a los militares a retornar al gobierno en 1966 con un nuevo golpe militar para aplicar una política claramente monopolista y represiva, que agudizó seriamente las contradicciones y el enfrentamiento de clases. Estas contradicciones tenían su origen en el desarrollo capitalista dependiente que, como contrapartida, había generado un organizado, poderoso y combativo proletariado fabril que, en sus luchas reivindicativas, junto a la

elevación del nivel de vida había conseguido un importante nivel cultural que fortalecía su conciencia de clase. Esta situación significó la aparición de corrientes clasistas, insurrecciones populares en distintas ciudades y luego el surgimiento de organizaciones guerrilleras con relativo grado de inserción social.

Vuelven los militares

El deterioro político del régimen militar abrió paso, en 1973, a un período parlamentario que devolvió el gobierno al peronismo en elecciones libres y en el que un breve y frágil pacto social se derrumbó ante la presión popular que reclamaba el cumplimiento de las promesas electorales, al tiempo que la lucha de clases se desarrollaba en un creciente grado de violencia. Es entonces cuando comienza la violencia paraestatal que crece hasta que, con el golpe de 1976, la represión se institucionaliza y el terror gubernamental se convierte en un instrumento cotidiano.

No podría entenderse tanta aparente irracionalidad sin desvelar los objetivos del sector representado en el gobierno desde 1976, es decir, los monopolios transnacionales y la burguesía terrateniente vinculada históricamente a los centros capitalistas. Estos objetivos pueden sintetizarse en dos: por una parte, modificar la estructura económica existente para realinearla dentro del sistema capitalista mundial y, simultáneamente, restaurar el proceso de reproducción capitalista, basado en la vinculación oligarquía-centros capitalistas, proceso que fue afectado con el desarrollo de una industria nacional no monopolista; el otro objetivo era derrotar a las clases sociales que habían puesto en riesgo al sistema mediante un permanente cuestionamiento del modelo oligárquico: el proletariado, pequeña burguesía y burguesía no monopolista, y destruir las organizaciones políticas de izquierda.

Para obtener estos objetivos era necesario, junto a una política de destrucción de la industria nacional, aplicar una feroz represión institucional que, además de la supresión física de opositores significase una opresión política y cultural destinada a cercenar la conciencia social. En estos siete años de dictadura se produjo una fuerte concentración del capital, un drástico incremento de la participación extranjera en el capital invertido en el país, particularmente banca y explotación petrolera, que absorbieron más del 40 por 100 de la inversión extranjera del período, de la cual más de la mitad correspondió a Estados Unidos, a pesar de que Argentina ha pasado al cuarto lugar en las preferencias de las inversiones norteamericanas en Latinoamérica.

Por otra parte, la caída en el *stock* de inversión fija total, que en 1981 era más bajo que en 1970, el desaprovechamiento del 50 por 100 de la capacidad de producción, al igual que el bajísimo nivel de actividad



económica y de ocupación industrial reflejan el proceso de descapitalización y destrucción económica operado.

Una «nueva» Argentina

El cuadro descrito indica que se han producido profundas modificaciones en la estructura económica que se caracteriza ahora por el contraste entre un reducido sector de empresas monopolistas con competitividad internacional y asociadas al poderoso sector latifundista, frente a la amplia mayoría de la población empobrecida o en bancarrota. En estas condiciones la «receta» tradicional, expansión de las exportaciones y reactivación del mercado interno, no podrá ser efectiva debido a las condiciones recesivas del mercado internacional por una parte y las del mercado interno por otra. Las exportaciones de productos primarios estarán condicionadas por los mismos factores que históricamente incidieron en la fijación de precios internacionales y en la demanda de estos productos, acentuados por la actual recesión.

A su vez, la posibilidad de exportar productos industriales queda limitada al reducido número de empresas transnacionales y, en ningún caso, a las empresas de capital nacional, ya que las pocas que han sobrevivido a la política liberal se caracterizan por una alta obsolescencia tecnológica. Y por otra parte, la recuperación de la demanda interior resulta prácticamente imposible de conseguir, considerando la fuerte caída del ingreso, del empleo y de la actividad económica que impiden provocar un incremento sensible del consumo, ya que los niveles tan deprimidos de ingreso y uso de la capacidad de producción neutralizarán cualquier política de aumentos salariales que, además, son rápidamente absorbidos por la galopante inflación.

Además, el alto endeudamiento externo impone la necesidad de mantener deprimido el consumo de la población de manera que permita generar mayores saldos exportables de productos primarios que generen ingresos de divisas para el pago de la cuantiosa deuda exterior.

Por todo esto es evidente que en el plano económico el próximo gobierno cons-

titucional dispondrá de limitadas posibilidades, ya que no podrá modificar las condiciones heredadas que se asientan en cambios estructurales de la economía.

Estos cambios a su vez han provocado importantes modificaciones en la conformación social, ya que la dependiente pero numerosa burguesía «nacional», o no monopolista, desarrollada en este siglo, ha perdido la mayor parte de su peso social y político al igual que la pequeña burguesía de comerciantes y profesionales prósperos surgidos en el proceso de industrialización. Esta situación ha simplificado las contradicciones sociales, pues al reducir al mínimo el peso de los sectores medios, ha polarizado la sociedad en dos clases con fuertes contradicciones: por una parte un reducido sector de terratenientes y altos oficiales militares fusionados por intereses comunes al capital monopolista, y, por la otra, la inmensa mayoría de la población empobrecida, cuya subsistencia depende de su trabajo, que a su vez se torna cada vez más difícil de mantener o conseguir.

Estos sectores mayoritarios, ahora más desorganizados que años atrás, han ele-

vado su conciencia política en el proceso de represión y empobrecimiento. Es precisamente a ellos a quienes la futura democracia tiene poco que ofrecer, puesto que el desempleo actual —que registra cotas difíciles de precisar—, y la pérdida del nivel de vida general (el salario real cayó el 60 por 100 entre 1974 y 1982), son imposibles de resolver ya que son consecuencia de la nueva conformación económica. Y esta nueva conformación resulta inmodificable en la presente situación de internacionalización del capital que ha acentuado su grado de dependencia externa.

Las elecciones de octubre

No hay duda de que el escepticismo ante el proceso electoral que muestran numerosos argentinos de este sector social, se explica por la convicción de que no sobrevendrán esos cambios y que el futuro gobierno estará fuertemente condicionado. Esto está referido tanto al peronismo como al radicalismo, únicos partidos con posibilidades de triunfar en las elecciones del próximo 30 de octubre, ya que junto a la modificación de las irrepetibles condiciones materiales que les dieron justificación histórica, han perdido parte de su gravitación en la sociedad. El peronismo, cada vez más controlado por la burocracia sindical corrupta que sirve objetivamente a los intereses de la oligarquía, provista de im-

punes pandillas armadas, trae a la memoria de los argentinos las jornadas de su último gobierno caracterizado por la represión parapolicial que preparó el camino a la más brutal represión de los militares, que se sirvieron y se sirven en casos de esas pandillas. Este recuerdo canalizará votos históricamente peronistas hacia otras opciones, pues tanto sectores de la pequeña burguesía democrática como de la clase obrera se abstendrán de votar a estos cómplices del régimen actual ya que la imagen de «moderación» que rodea al candidato peronista Italo Luder, antiguo colaborador de Isabel Perón, no oculta el hecho de que el control partidario está en manos de un grupo de sindicalistas y políticos corruptos.

El radicalismo, por su parte, ha perdido parcialmente su sustento social con la desaparición de amplios sectores de las clases medias, y también desarrolló una política de colaboración con la dictadura tras el golpe de 1976 (particularmente bajo la conducción de su fallecido líder Ricardo Balbín), pero hoy presenta una imagen más renovada y democrática con su candidato presidencial Raúl Alfonsín, que sin embargo es acusado por algunos sectores de representar la política seudodemocratizadora de los Estados Unidos para Latinoamérica ante la imposibilidad de sostener los actuales regímenes.

La falta de confianza en estos partidos favorecerá la candidatura de Oscar Alen-

de, del Partido Intransigente, que aunque sin posibilidades de victoria y ante la falta de una clara alternativa socialista, representa una opción popular para sectores democráticos y por el socialismo y que puede llevarle a convertirse en la tercera fuerza electoral que defina la elección presidencial en el Colegio Electoral. La actitud oportunista del PC argentino que votará al peronismo «por el carácter obrero de su base», divide a los pequeños partidos de izquierda y resta fuerza a la opción intransigente. No obstante, los votos a cualquiera de estos partidos tendrán fundamentalmente un sentido de repudio a la dictadura militar.

Un futuro complejo

Más allá de los resultados electorales, tanto radicales como peronistas se verán seriamente limitados para emprender reformas democráticas en una sociedad que llegará a las elecciones con estado de sitio, periódicos atentos contra locales de partidos de izquierda y medios de comunicación, secuestros y asesinatos políticos casi cotidianos efectuados por organismos represivos que siguen intactos y que amenazan de muerte a los jueces que aceptan investigar actos de terrorismo estatal (como el juez que investiga al Almirante Masera). Esto indica también las pocas posibilidades de aplicar castigo a torturadores y asesinos y de obtener la aparición con vida de los detenidos-desaparecidos.

Mientras tanto, la creciente militarización de las Islas Malvinas luego de la aventura militar de la dictadura, evidencia que la misma fue auspiciada por los Estados Unidos como manera de resolver de hecho la ambigua situación de soberanía y poder así extender el control militar al Cono Sur mediante sus fieles aliados ingleses. Esta cuestión se vincula a la situación en Centroamérica y la política norteamericana para Latinoamérica y recuerda a los argentinos la importancia del Cono Sur para los intereses estadounidenses y cuántas dificultades presenta la lucha por la auténtica democracia en un país en que se llegó a imponer el genocidio para la defensa de esos intereses y de la minoría ligada a ellos.

Sin embargo, subterráneamente, los trabajadores conscientes y los proletarizados intelectuales verdaderamente democráticos están convencidos de que el próximo gobierno, aunque preferible y deseable a la actual dictadura, no será sin embargo «su» gobierno, y trabajan políticamente para reconstruir de la nada, poco a poco, las organizaciones sindicales y políticas que surgieron con el auge de las corrientes clasistas y socialistas y que en la actual movilización reivindicativa general se plantea como posible. Son conscientes, sin duda, de que no será una tarea fácil, pero en la Argentina de hoy hasta la lucha por la subsistencia es una difícil tarea.



Algunos títulos de su FONDO EDITORIAL en existencia

INFORMACION GENERAL

Anuario Estadístico de España
Boletín de Estadística
Reseñas Estadísticas Provinciales
Catálogo descriptivo de publicaciones estadísticas
Catálogo de la biblioteca del INE
Clasificación nacional de actividades económicas
Clasificación nacional de bienes y servicios
Clasificación nacional de ocupaciones.

ESTADISTICAS Y ANALISIS DEMOGRAFICOS

Censo de la población de España
Censo de los edificios en España
Censo de la vivienda en España
Síntesis estadística de Galicia
Encuesta en la población activa
Movimiento natural de la población
Tablas de mortalidad de la población española
Panorámica demográfica
Características de la población española deducidas del padrón municipal de habitantes.
Elecciones generales legislativas de 1.º de marzo de 1979
Proyección de la población española para el periodo 1978-1995
Medida del bienestar social
Censo de edificios de 1980
Población de derecho y hecho de los municipios españoles según el censo de 1981
Relación de municipios y códigos al 31 de diciembre de 1980
Relación de municipios desaparecidos desde principios de siglo

ESTADISTICAS SOCIALES

Encuesta permanente de consumo
Encuesta de equipamiento y nivel cultural de las familias
Encuesta sobre bienes de consumo duradero en las familias
España, panorámica social
Encuesta de hábitos de lectura
Encuesta de vacaciones
Encuesta de fecundidad
La alimentación en Galicia

ESTADISTICAS JUDICIALES Y ADMINISTRATIVAS

Estadísticas de inversiones y gastos de las corporaciones locales
Estadísticas judiciales de España

ESTADISTICAS SANITARIAS

Censo de centros asistenciales
Estadística de establecimientos sanitarios con régimen de internado
Encuesta de morbilidad hospitalaria

ESTADISTICAS CULTURALES

Estadística de la enseñanza en España
Encuesta de financiación y gastos de la enseñanza no estatal
Estadística sobre actividades de investigación científica y desarrollo tecnológico
Estadística de entidades y establecimientos deportivos

ESTADISTICAS DE SALARIOS. INDICES DE PRECIOS DE CONSUMO

Salarios
Sistema de índices de precios de consumo

ESTADISTICAS AGRARIAS

Censo agrario de España

ESTADISTICAS INDUSTRIALES

Censo industrial de España
Estadística de las industrias derivadas de la pesca
Números índices de la producción industrial
Índice de precios industriales

ESTADISTICAS DE COMERCIO Y TRANSPORTE

Encuesta nacional sobre transporte de mercancías por carretera
Comercio exterior de España

ESTADISTICAS FINANCIERAS

Estadísticas de sociedades mercantiles
Emisiones de capital
Préstamos hipotecarios
Estadísticas de protesto de letras de cambio
Estadística de venta a plazos

ESTUDIOS Y ANALISIS ECONOMICOS

Boletín de coyuntura trimestral
Indicadores de coyuntura
La renta nacional y su distribución
Contabilidad nacional de España

ESTADISTICAS DE LOS SERVICIOS

Estadística de movimiento de viajeros en establecimientos turísticos
Estadísticas de turismo

TEORIA Y APLICACIONES ESTADISTICAS

Revista «Estadística española»
Vademecum de estadística
Muestreo de poblaciones finitas, aplicado al diseño de encuestas
Principios elementales de muestreo y estimación de proporciones
Estadística descriptiva
Diseño de la encuesta general de población
Historia de la estadística como ciencia en España
Métodos estadísticos de investigación
Problemas de la medición del bienestar y conceptos afines
Curso intensivo de muestreo en poblaciones finitas
Glosario de conjuntos borrosos en relación con la estadística
Historia del Instituto Nacional de Estadística
Consideraciones sobre inferencia
Modelos de respuesta aleatorizada
Jornadas de Estadística española
La Estadística en los Ministerios

EDICIONES FACSIMILES

Elementos de ciencia de la estadística. Por A.P.F. Sampaio
Censo español realizado en 1787 por el Conde de Floridablanca
Censo de población de las provincias y partidos de la Corona de Castilla en el siglo XVI
Plan para formar la estadística de la provincia de Sevilla, por Alvaro Flórez Estrada

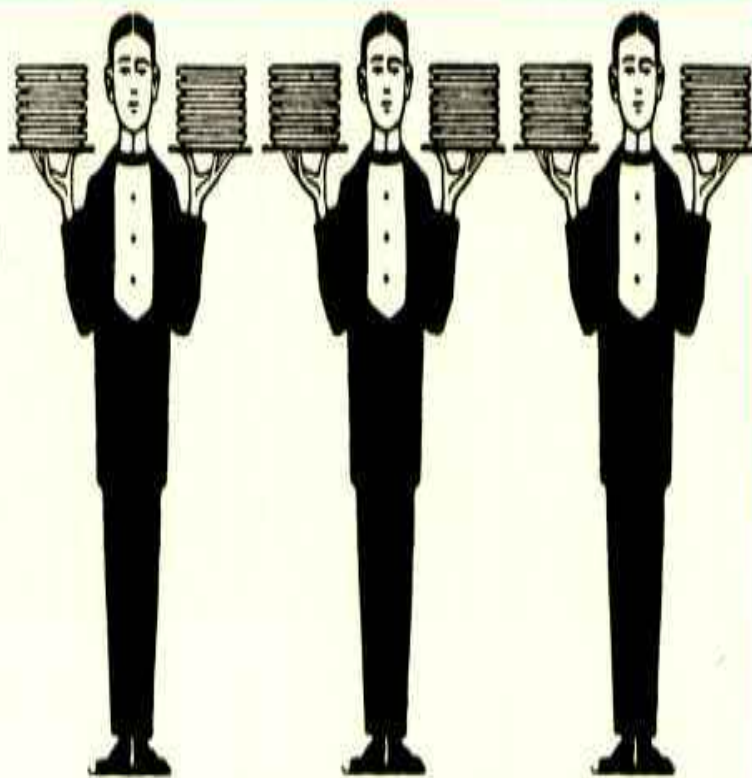
Venta en: Instituto Nacional de Estadística - P.º de la Castellana, 183.
Publicaciones: Estébanez Calderón, 2. Teléfono: 279 93 00. Madrid-16

mitologías

MANUEL VAZQUEZ MONTALBAN

Furores gastronómicos

Del plato único a la agenda de añadas célebres de vinos alasquenses o alasqueños y a ese pisar firme sobre las espaldas de los Grandes Maitres vencidos a los que Don Nicanor, introductor de zamoranos en el Ministerio de Obras Públicas, reprocha el exceso de foie grass de colibrí que hay en la salsa de granadina que acompaña al turbó poché, previamente macerado en Anís Castellana y agua de Solares bendita por un obispo del Palmar de Troya. Esto en cuanto a una nueva burguesía por la que no pasa la crisis, pero si la cámara destapa tejados y se mete en las madrigueras de la progresía, sorprenderá al exsecretario general del partido comunista suprarrestituido eme ele uve doble equis i griega y zeta, en el trance de guisar para una profesora penene cachada cachela cachazuda una pata de cordero de Atienza al cilantro, mechada con tiras de cojón de cabrón secado al aire de la sierra de Alcubierre (absténgase la sierra de la Estrella, por ejemplo). Sin modelos, como en todo, mientras el profesor Grande Covián reivindica el garbanzo y Faustino Cordón el altramuz, en un claro retorno a su infancia que es casi la nuestra, los seguidores de Xavier Domingo peregrinan milenaristas en busca de la cocina esencial previa a la catástrofe y el poso pimargalliano de Iberia se manifiesta en la irrenunciable reivindicación del salmorejo a cargo de Escuredo, mientras la futura TV3 de Pujol prepara un programa especial sobre pan con tomate y fantasía y Murcia, despatchada por la retirada manchega de los gazpachos albaceteños, recupera para su conciencia de sí misma (ser en sí misma, estar en sí misma, saber de sí misma) el caldero marmenor bienmayor variante de la cultura de los arroces mediterráneos a banda. Y nada impide que en este contexto o pretexto, los suaristas se declaren solidarios de la tortilla de un huevo muy hecha regada con una Coca Cola del 75 y los guerristas practiquen ese casi ayuno sin el que sería imposible trabajar veintiséis horas al día, porque se necesitarían al menos tres para comer con poca gana un boca-





dillo de calabaza con perejil. El Rey no obstante, motor de cambio gastronómico, con su asistencia a Casa Irene orienta a los esquiadores y a las Fuerzas Armadas hacia una cocina nueva pero arraigada, especulativa pero abundante, cocina de lo que nunca muere y Felipe González, aunque forzado a escoger entre el caviar ruso y la hamburguesa neoyorquina con catsup, preferiría la hamburguesa, mientras tanto, mientras la Historia no alcanza los niveles dramáticos de holocausto nuclear, mantiene encendida la lucecita de la Moncloa en la punta de un cohíba y Julio Iglesias, Plácido Domingo y Gabriel García Márquez saben que no le hace ascos a los fondos tratados con crema de leche, restos de un gusto europeo educado durante su estancia en Bélgica que está más cerca de Lyon que Sevilla.

Este es el macroarco de la macroeconomía del macrosistema de una España que o es gastronómica o no lo es, que ha dejado de comerse las mollejas y los cascos, al igual que ha abandonado el erotismo de sobaco y corva. Siempre fue la lengua compañera del Imperio y en la actualidad una lengua más dedicada a bajarse al pilón y a subirse a la patra macabea que a la arenga, forzosamente ha de traducir un talante democrático condicionado por la libertad de oferta demanda y criterio. Plato único —juventud creadora— dictadura de la paella de Alfonso Camorra. Libertad de paladar —libertad de leer— cultura activa del comensal cocinero. No pedía más Hans Magnus Enzensberger cuando en su contribución a una Teoría Marxista de los Medios de Comunicación, codificaba una acción en profundidad contra la cultura y la comunicación del capitalismo monopolista y la veía no tanto como una inversión de los contenidos de los continentes ya existentes, sino como una pluriferación de nuevos centros de emisión que rompieran el radical-esencial centralismo de la cultura monopolista. Si bien poco se ha andado en esa dirección en lo que respecta a las culturas mayores y graves, ahí está el ejemplo de la gastronomía para demostrar que las culturas inocentes e incruentas están en mejores condiciones para liberarse de la vigilancia del sistema. Pero buena prueba del escándalo profundo de la propuesta es la naciente indignación que invade a los que después de denunciar la ola de pornografía, delatan ahora su naufragio en toneladas de sofritos, fumets y sopas frías y convierten el chapoteo en una cruzada contra la banalización del saber y de la épica. Un país que guiso no puede nuclearizarse; muere mal y mata mal como sujeto colectivo y ahí está el ejemplo de Francia poseedora de mejores quesos que guerreros o de Alemania y Estados Unidos que prefieren la tercera guerra mundial antes que pensar en lo que comen o precisamente para no pensar en lo que comen.

Crecen las voces que llaman al orden y al eterno retorno a las virtudes gastronómicas de la raza que en el largo pasado se basaron en el hambre y la hartura un día al año, el día de la Fiesta Mayor. Indigna la independencia creativa del parado añadiendo unas hojas de menta a la sopa de ajo o lechuga y mayonesa al bocadillo de huevo duro. Franco gobernó el país con mano de hierro sin otra fantasía gastronómica que el lacón con grelos y aunque añoraba aquel lacón con grelos que le cocía su hermana Pilar cuando los matrimonios Franco y Jaray compartían un mismo piso en el Madrid pretranquista, jamás se permitió la debilidad de pasar por encima del rancho de El Pardo y se bebía el Vega Sicilia en los banquetes a visitantes extranjeros no por la bondad de los caldos, sino por su significación de vinos castellanos y por lo tanto españoles. Nada queda de esta conciencia vigilante, como nada queda de aquella austeridad revolucionaria que llevó a bafreño esqueletismo y ulceroso a nuestros más combativos resistentes de la tercera generación. Fraga se come en público las cabezas de las lubinas y la inmensa mayoría de excomunistas se han construido un laboratorio de placer gastronómico en las madrigueras donde se lamen las heridas históricas y donde procuran ir de la mesa a la cama por el camino más corto que es una buena copa de Marc de Champagne o de orujo del Bierzo bien helado.

Se comprende el rumor de sables y los desesperados intentos de Solchaga y Boyer para que no podamos ni guisar, para atlantizarnos la depresión.



El colonialismo ya no usa látigos. El imperialismo combina los métodos de dominación brutales con otros más sofisticados.

Con unos consigue controlar los hechos. Con los segundos pretende perpetuar —a través de la dependencia tecnológica y los canales ideológicos que filtran las noticias— la imposibilidad de los países subdesarrollados de acceder a los únicos medios de liberación infalibles: la información libre y la cultura.

El 65 por cien de las noticias mundiales salen de una sola ciudad, Nueva York. El 75 por cien de los programas de televisión exhibidos en el mundo son de Norteamérica, que controla el 50 por cien del cine occidental, el 60 por cien de los discos grabados, el 65 por cien de la publicidad, más el 80 por cien de la información comercial y del noventa de los telediarios de todo el orbe.

Los países en vías de desarrollo, es decir, un setenta por cien de la población mundial, sólo disponían en 1978 de un diecisiete por cien de los diarios, un 27 por cien de las emisoras de radio, y un cinco por cien de las estaciones de televisión. Y la situación fue agravándose después. Ni que decir tiene que en el Este, aunque no existan estadísticas tan libres y claras, sucede otro tanto con la Unión Soviética.

El desequilibrio informativo mundial que subrayan estas cifras extremas es patente entre un país y otro, y en particular, entre naciones desarrolladas y en desarrollo, unidas por un flujo informativo que circula en un solo sentido, como en las calles de dirección única.

Ciertos estados poderosos y tecnológicamente avanzados aprovechan su adelanto para ejercer un efecto de dominación cultural e ideológica que va en detrimento de la identidad cultural de otros países. Con estas mismas palabras, la Unesco, Organización de las Naciones Unidas para

Educación, Ciencia y Cultura, denunció ya en un informe de 1978 la primera consecuencia inevitable de la desigualdad en el reparto de la información entre los diferentes estados.

La estrategia de la dominación

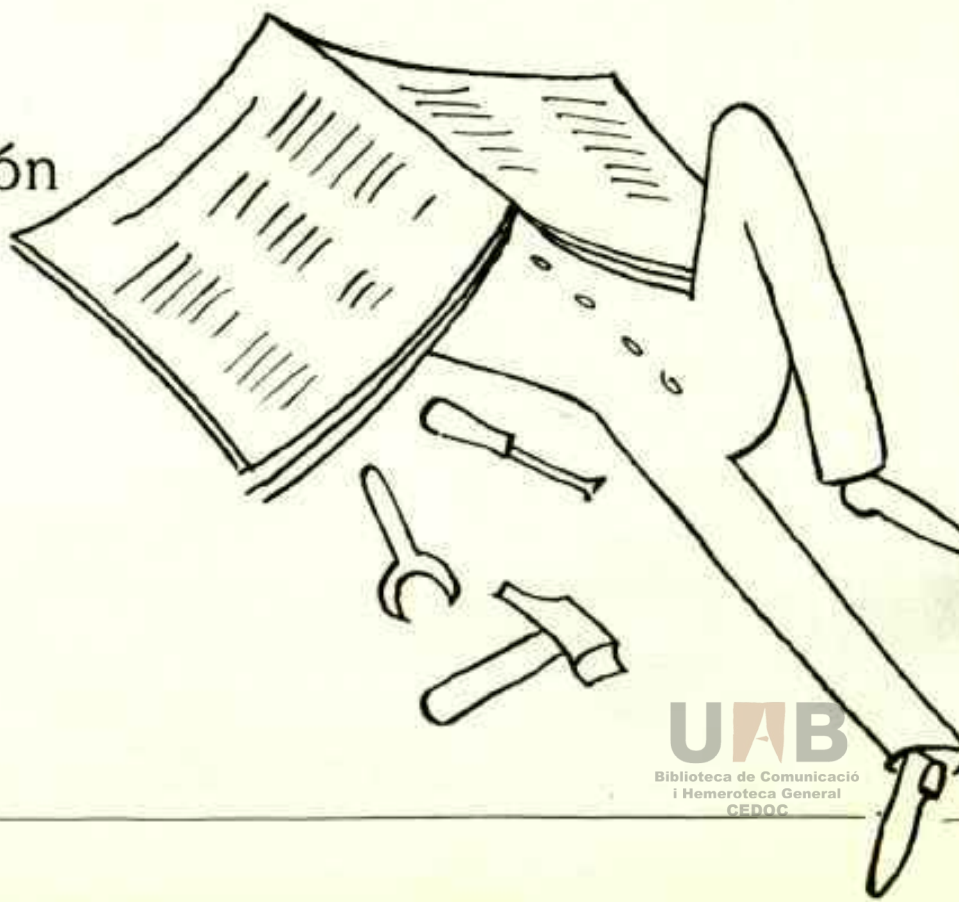
Ahora bien, también dijo que si se exagera la importancia de este defecto que hay que corregir, si se desvía su corrección, podrían provocarse restricciones suplementarias en la libertad de información, y podría fofalecerse la posición de quienes quieren restringir el aflujo de información a sus países, lo que atentaría gravemente al concepto de libre circulación.

En torno a estas dos sentencias del informe de la Unesco, basado en otro redactado bajo la dirección del Premio Nobel de la Paz Sean McBride, gravita el gran debate moderno de la Comunicación, la polémica de la colonización informativa, uno de los mayores enfrentamientos dialécticos e ideológicos de los tiempos contemporáneos. Dura más de diez años ya en la escena política, después de un largo y sorrido período previo entre bastidores, y ha arreciado a partir de 1976, siendo su punto álgido 1978.

Hasta 1960 no se puso sobre el tapete el secreto a voces del injusto desajuste de la información en que desembocaron la

LA COLONIZACION

Desequilibrio
y desorden
en la información
mundial





tria o de los productos manufacturados, tan acumulados también, tan apiñados en manos de unos pocos países, cuando precisamente las noticias forman el entramado de todo el resto?

Los países en desarrollo de África, Asia y América Latina, que cuentan con las tres cuartas partes de la población mundial, disponen de periódicos con una tirada global sólo equivalente a la cuarta parte de la total.

Otro dato revelador: En América del Norte hay un televisor por cada dos habitantes; en Europa y en la URSS, uno por cada cuatro; uno por cada doce en América Latina; uno por cada cuarenta en los países árabes y Asia, y, en África, uno por cada quinientos habitantes.

Son estadísticas elocuentes por sí solas sobre las desigualdades entre los continentes en cuanto a dotación de medios y acceso a la información. La única manera de reducirlas es la asistencia técnica a los países en desarrollo, la creación en ellos de sistemas emisores de noticias, de medios de comunicación que contrarresten el déficit.

Control ideológico del subdesarrollo

Pero también es necesario destacar el aspecto ético de la cuestión. Una información más cumplida no sólo se alcanza aumentando la cantidad sino mejorando la

DE LA NOTICIA

RAMON-LUIS ACUÑA

época de los imperios y las dos guerras mundiales, y hasta 1970 no se formularon de modo preciso los conceptos del actual debate, cuyo honor corresponde a la Unesco y que fue, a veces, expresado con una vehemencia plenamente justificada por el inmenso vacío que dejó la ONU en cuanto al grave problema.

El mundo occidental recibe el 80 por cien de sus noticias por conducto de Nueva York, Londres y París, es decir, por orden de enumeración, la casa matriz y las dos filiales. Las agencias de noticias norteamericanas, la británica y la francesa sólo dedican de un diez a un treinta por cien de sus noticias al Tercer Mundo, considerado en su totalidad.

Pero de la capacidad tecnológica de unas a otras agencias va un abismo, al parecer cada vez más vasto y profundo. Dos de las grandes agencias mundiales, «Associated Press» y «United Press International», ambas estadounidenses, tienen capacidad para procesar, seleccionar o emitir treinta millones de palabras por día, al tiempo que las dos europeas más adelantadas sólo pueden hacerlo a razón de un

millón y medio cada una y mientras que todas las agencias de noticias del Tercer Mundo en su conjunto no pasan de las doscientas mil palabras diarias.

Para poner un ejemplo aún más concreto: por cada cien noticias recibidas de los Estados Unidos en Venezuela, este país hispanoamericano no envía en sentido contrario más que siete. Y éstas suelen tener connotaciones negativas siempre, suelen resaltar los problemas económicos, poner de relieve catástrofes naturales, hacer hincapié en accidentes o destacar sucesos extravagantes.

Este trueque a todas luces insuficiente, mantenido de forma sistemática, y repetido no sólo con países en desarrollo sino también con naciones pequeñas como pueden ser Suecia, Noruega, Finlandia, Holanda o Bélgica, podría relegarlas a la condición de simples consumidores de la información, que es objeto de una compraventa como cualquier otra mercancía.

Cualquier observador del tema se pregunta con motivos históricos suficientes: ¿por qué iba a ser distinta la información de la tecnología, de la ciencia, de la indus-

tricia. Este objetivo quedó fijado con acierto, y antelación en la «Declaración sobre los principios fundamentales relativos a la contribución de los medios de comunicación de masas al fortalecimiento de la paz y la comprensión internacional, a la promoción de los derechos humanos, a la lucha contra el racismo, el apartheid y contra la incitación a la guerra», aprobada por consenso en la Conferencia General de la Unesco de 1978 en París.

Con esta Declaración llegó a establecer la Organización de las Naciones Unidas para Educación, Ciencia y Cultura una verdadera «Carta de la Información», conjunto de derechos y deberes insertos en un documento muy polémico y controvertido que es el alfa y omega de la «Batalla de la Comunicación Mundial».

París, 1979. En la Sede de la Unesco, de un lado se hallan en orden de combate los países industrializados, capitaneados por Estados Unidos, Canadá y Holanda, y de otro, los países del Tercer Mundo, del llamado grupo de los «77», la mitad, en aquel entonces, de los miembros de la Organización Internacional, y casi la mitad de los 160

actuales. El hecho de que la Unión Soviética mostara simpatía y decidido apoyo a la causa de las naciones en desarrollo —sin duda, por la crítica profunda al estado de la información en occidente que lleva consigo—, politizó indebidamente el justo debate y vivió de plataforma de acusación y de denuncia de sus supuestas verdaderas intenciones, para muchos manipuladas.

Y sin embargo, el texto promulgado, los once artículos de este «Fuero de la Comunicación» adoptados por armisticio después de que el Director General de la Unesco, Amadu Majtar M Bow, evitara el enfrentamiento con parlamentos y negociaciones, se presentan sin tacha.

¿De qué tratan? La respuesta es muy fácil. Bastaría con decir que abogan por el establecimiento de un Nuevo Orden Internacional de la Información y de la Comunicación basado en una «circulación libre, recíproca y equilibrada de informaciones exactas, completas y objetivas», enunciado tan claro y fácil de exponer y comprender como complicado y arduo de cumplir.

Remedo justificado del ya famoso «Nuevo Orden Económico Internacional», cuya necesidad nadie niega ya, esta reorganización informativa a escala mundial por ahora sólo un largo proceso en movimiento — es la mayor apuesta de todas las de la Unesco, el más ambicioso de todos sus empeños, pero también el más peligroso, porque al ponerlo en marcha chocó la organización con un gran poder, el de los medios de comunicación de los Estados Unidos, e incluso se enfrentó directamente con la primera potencia mundial.

En este verano hemos asistido a una crispación del enfrentamiento con las posiciones más enconadas y tensas que nunca. La Administración del presidente Ronald Reagan lanzó una inquietante salva de aviso cuando anunció que dejaba en suspenso su contribución económica a la Organización Internacional, cincuenta millones de dólares anuales, que suponen



Dibujo de Wojnski (de «Humanité», París).

más de la cuarta parte del presupuesto con que funciona la entidad.

No es sólo la información lo que le preocupa a Washington en la Unesco, sino el carácter que ésta va tomando de foro en el que se airean todas las reivindicaciones del Tercer Mundo, incluso las políticas, cámara legislativa mundial que no se puede neutralizar en última instancia, como se hace con la ONU, por carecer de un órgano como el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.

El forcejeo entre EE.UU. y la Unesco resulta atractivo por muchas razones.

En primer lugar, por la naturaleza propia de la información. A nadie se le escapa la importancia que ha tenido en todas las sociedades la facultad de informar y la posibilidad de ser informado. En la actualidad, es un bien mucho más codiciado todavía.

La revolución de las comunicaciones —la más importante de este siglo— consiguió la difusión casi instantánea de las no-

ticias en toda la superficie de la tierra. Hoy en día, desde el momento en que se conoce el contenido de un acontecimiento, la electrónica y los satélites lo pueden situar en cualquier parte del planeta sin pérdida de tiempo.

De componente fundamental del poder político, la información pasa así a ser su parte esencial.

En Estados Unidos, por no cambiar de ejemplo y por su valor paradigmático, el conjunto del mercado de las comunicaciones representó en 1982 21.300 millones de dólares, y en 1990, pasará de los cien mil millones, quince billones de pesetas. Ello supone una fuerza económica considerable, nacional e internacional.

Pero además ejerce una cierta fascinación intelectual la riña dialéctica entre los defensores del viejo régimen y los heraldos del nuevo, porque no es totalmente maniquea. Los países menos adelantados están cargados de razón cuando denuncian la injusticia reinante, que proviene del atesoramiento en los países más adelantados de todo el poder informativo. Y les asiste el derecho de aplicar un correctivo a este desfase.

Por ello creyeron ver una brecha en el cabal razonamiento de la antes citada «Carta Magna de la Prensa Mundial» cuando se les sometió el proyecto: en su artículo once se consignaban obligaciones de los estados relativas a la información que podían desembocar en injerencia del poder en los medios libres y privados.

Al redactar definitivamente este artículo, el último de la Declaración, la Unesco tomó en cuenta tal temor, aún no extinguido del todo, y huyó de cualquier formulación que pudiera dar pie, directa o indirectamente, a que un estado se arrogase en el futuro facultades de control sobre los medios de información.

No por ello dejó de recomendar a los estados, en este virtual fuero internacional de periodistas, que faciliten a los medios de comunicación la obtención de recursos, que alienten intercambios, que creen un

estatuto para los periodistas, que ajusten sus propias empresas a esta Declaración y que la apliquen dentro de sus propias fronteras.

Quizás lo que más interesa en la oportunidad presente es lo que dice la «Carta» respecto a la reciprocidad en la circulación de la información, el problema fundamental que nos ocupa. Pide que mejore esta reciprocidad, que se establezca un nuevo equilibrio informativo, y que se corrija la desigualdad patente en el tránsito de noticias de unos países a otros, tanto en cantidad como en calidad.

Y lo hace, sobre todo, porque son cada vez menos quienes deciden lo que se debe comunicar a los demás y son cada vez más los consumidores de esta corriente de comunicación unívoca.

Nuestro país, España, también es víctima del funcionamiento unívoco de estos canales de información.

En 1976 se prestó más atención al proceso descolonizador de Rhodesia — país en absoluto vinculado a España — que la que nunca se prestó a Galicia. Los poderosos medios de comunicación del Reino Unido inundaron el mercado internacional con el producto informativo de un asunto enterado de intereses británicos de todo tipo, imponiendo su preeminencia sobre otros asuntos, tan graves o más.

El desnivel informativo entre España y Francia es crónico, y aún se vio acentuado por causa de la dictadura. Esta desproporción se debe a la mayor influencia internacional y a una mejor estructura informativa del país vecino. Aunque la agencia estatal EFE ha comenzado a traducir al francés y al inglés su servicio de noticias, las que genera España son filtradas para el mundo occidental por las cuatro principales agencias de prensa.

Luchar por la libertad

Pero donde la dependencia informativa adquiere características brutales es en la re-

lación entre países desarrollados y subdesarrollados. La dominación de los poderosos medios de comunicación de los países ricos llega al punto de provocar situaciones delirantes: los propios nicaragüenses tuvieron noticia del terremoto que acababa de asolar a su país a través de agencias de prensa norteamericanas.

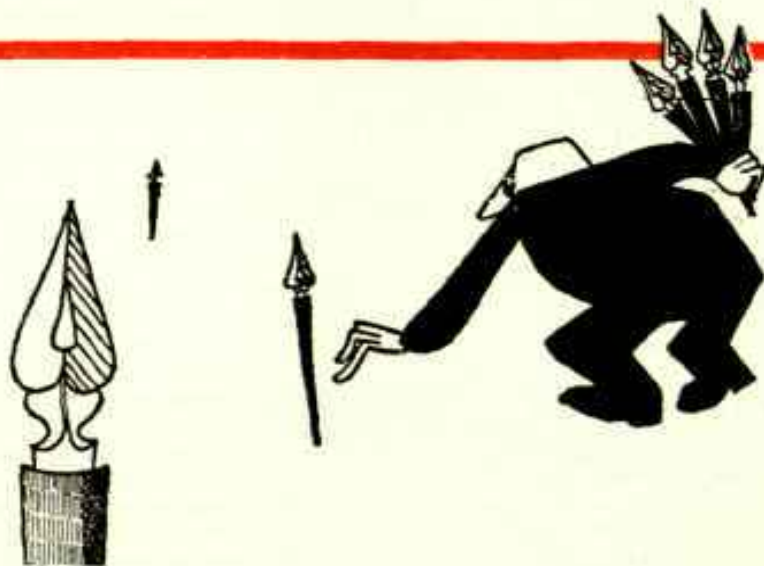
Desde 1980, un Consejo Intergubernamental creado en la Conferencia General de la Unesco de Belgrado de 1980, quedó encargado de llevar a buen puerto iniciativas que reduzcan estos porcentajes poniendo en práctica el «Programa Internacional para el Desarrollo de la Comunicación», basado esencialmente en la solidaridad internacional.

Combatir los desequilibrios, los monopolios, las barreras internas y externas, defender la libertad de prensa y de los periodistas, la pluralidad de las fuentes y el fácil acceso a ellas, respetar la identidad cultural, y, sobre todo, contribuir a mejorar la propia situación de los países en desarrollo son, en esencia, tales iniciativas.

Este año, por ejemplo, la Unesco ha puesto en pie dos agencias regionales de información, la llama «Panax», Panafricana de Información, con sedes en Dakar (Senegal) y en otras capitales africanas, y la llamada «Alasei» o Agencia Latinoamericana de servicios especiales de información con sede en México y dedicada a reportajes.

Sin embargo, Sean McBride, presidente de la Comisión Internacional para el Estudio de los problemas de la Comunicación de la Unesco, no puede ser más pesimista al respecto: «La historia humana se parece cada vez más a una carrera entre la comunicación y la catástrofe.»

Para alejar de nuestro futuro este mal presagio debemos luchar contra la exagerada dependencia informativa internacional de esta oligarquía de los medios de comunicación. Hay que hacer algo por descolonizar la noticia.



(De «Frankfurter Allgemeine Zeitung»)

UAB
Biblioteca de Comunicación
I Hemeroteca General
CEDOC

Aquelarre

E

l es Sagawa, japonés, de treinta y cuatro años, estudiante de literatura comparada en Francia. Ella es Renée, veinticinco años, su amiga holandesa. Sucedió de verdad en París, un claro día de junio de 1981. El episodio podía haber quedado sepultado en los anales de la pasión y de la locura si

no hubiera vuelto a un primer plano con una novela que ha ganado el premio Akutagawa —el «Planeta» japonés— de este año.

Juro Kara, su autor, el nuevo descubrimiento de la «literatura pura» japonesa, está fascinado por la gran secuencia gránguñolesca. Viaja a París para conocer a Sagawa, que purga su delito en la cárcel. No lo consigue a causa de los obstáculos interpuestos por la burocracia de los funcionarios franceses de «repelentes narices rojas y largas», como él mismo los define. Entonces, Sagawa y Juro empiezan a escribirse. Del epistolario nace el libro. Una de las mayores productoras cinematográficas japonesas, la Toei, se entusiasma tanto que pide a Juro Kara que elabore un guión para una película. Sagawa se entera en la cárcel de que quieren hacer una película sobre su crimen. Encantado con la idea propone encargarse él mismo del tema y escribe a Kara rogándole que acepte ser el director.

Todo esto ya nos dice algo acerca de un Japón en el que Kurosawa no encuentra trabajo porque sus películas tipo *Dodeshkaden* son demasiado críticas y tiene el defecto de mostrar la otra cara del «milagro económico» y las del tipo *Kagemusha*, hieren la sensibilidad del público porque enseñan cómo un pobre campesino puede llegar a emperador. Pero hay algo todavía más alarmante.

Ya Yukio Mishima, con sus respuestas al «aburrimiento» de los jóvenes (y no tan jóvenes) en el Japón del bienestar y de la paz nos inquietaba bastante. Es verdad que era un escritor, como también lo era el «odioso» Celine. Aquí no vamos a discutir los méritos literarios de estas *Cartas de Sagawa*. Aunque quizá sean discutibles: «yo no he entendido nada —ha declarado uno de los miembros del jurado—, los personajes no tienen ninguna entidad, el estilo es tortuoso. No me parece que el libro tenga ningún interés». Pero extraña que el canibal asesino aparezca en el libro como un «pequeño japonés», desarraigado y aplastado por el país

Primero le dispara en la nuca. Luego la corta en rodajas con un cuchillo eléctrico. Lo registra todo convenientemente en un carrete de Kodacolor. Por último, se come sus pechos.

japonés

SIEGMUND GINZBERG

occidental en el que vive. «El japonés — escribe Sagawa en la carta en la que brinda sus sugerencias para la ambientación de la película— debe ser pequeño y apocado; la mujer extranjera, grande y rubia». La pobre Renée Hartevelt no era, a decir verdad, ni alta ni rubia, sino menuda y morena. Pero Kara, en su recorrido literario por las fantasías y los horrores del joven asesino, insiste en el trauma que el japonés debe haber experimentado ante las parisinas altas y rubias, de pechos desafiantes «que se mueven como monstruos de venas azuladas que los atraviesan como ríos marcianos».

«No me atrevo a imaginar —dice Ian Buruma, publicista holandés y autor de un ensayo sobre la literatura japonesa— qué habría sucedido aquí si un blanco grande y gordo hubiera matado y devorado a una japonesita. Se habría producido una ola de histeria nacional. Todavía hubiera sido peor si otro extranjero se hubiera apropiado del episodio con el pretexto de sus fantasías literarias». «Renée Hartevelt —leemos por el contrario en la reseña de un crítico literario del diario de derechas *Yomiuri*, entusiasta del libro— era una mujer alta y elegante, lo bastante grande y bella para convertirse en el objeto del deseo de un pequeño japonés».

¿Son sólo fantasías «por una masacre» y «poesía pura»? ¿O se trata más bien de una de las muchas cosas que nos cuesta entender del Japón? Como nos cuesta entender que centenares de empleados y amas de casa permanezcan durante horas y horas pegados al vidrio por el que discurren las bolitas de acero del *pachinko* —un juego electrónico tan absurdo que es el único que el Japón jamás ha podido exportar—, o como nos cuesta entender esos jardines de piedras *Zen* de Kyoto de los que tampoco podemos disfrutar hasta el fondo, a pesar de que el folleto turístico explique que allí captaremos la esencia del *Zen*.

Quizás es algo así. Pero a nosotros, que hace poco estuvimos en Manchuria, nos viene a la mente la *Unidad 731*, que durante la ocupación se dedicó a diseccionar a miles de chinos en nombre de «la investigación científica pura». Algo que haría palidecer el recuerdo del doctor Mengele. Pero eran hechos llevados a cabo por seres racionales, no por locos sanguinarios. Gente «normal» que durante la guerra obedecía disciplinadamente y que, tal vez, en el Japón de posguerra se reinsertaron en posiciones sociales de prestigio. Son cosas de las que en Japón no se



habla con agrado. A mi colega del *Guardian* le reprendieron severamente porque se había atrevido a escribir que el emperador, biólogo y eximio estudioso de las ciencias de la naturaleza, podría saber algo de los objetivos científicos de la 731. Otro colega nos contaba el encuentro que había tenido algunos días antes con un alto funcionario del Estado. Hablaron de Asia. Ambos coincidían en que el país más bello del sudeste asiático es Birmania. Pero el interlocutor japonés explicó que el no volvería. «¿Sabe? —susurró—, los japoneses sufrimos mucho en Birmania. Mis mejores amigos murieron allí». ¡Ellos sufrieron! ¡Ellos son las víctimas!

Nos viene también a la memoria lo que nos contaron algunos amigos chinos en Pekín. «Los japoneses se sienten víctimas de la Segunda Guerra Mundial. Sufrieron las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki. En cierto sentido es una actitud justificada pero que, si no va acompañada por el reconocimiento del hecho de que ellos fueron también los agresores, puede llevar a consecuencias muy peligrosas».

Volvamos a leer el mensaje imperial del 15 de agosto de 1945 mediante el que el *tenno*, el hijo del cielo, anunciaba a sus «buenos y leales súbditos» la decisión de rendirse. Llama la atención la ausencia de cualquier signo de autocrítica. La guerra —decía Hiro Hito, que sigue siendo emperador—, se hizo a causa del sincero deseo de garantizar la supervivencia del Japón y la estabilidad del Asia Oriental. ¿Imperialismo? ¿Militarismo? No, ¡por Dios! Tokio sólo quería «la prosperidad y la felicidad de todas las naciones, así como la seguridad y el bienestar de nuestros súbditos». Y, a cambio de esta «misión»

incomprendida, tuvieron que «sufrir» en Birmania, Corea, Filipinas, China.

Los samurais —aunque sean samurais más americanizados que los de Mishima—, que aparecen todas las noches al menos en uno de los muchos canales de televisión, son interrumpidos cada diez minutos por una andanada de anuncios. La marea de adolescentes que los domingos emerge de los vagones del metro en la estación de Harajuku provista de potentes aparatos estereofónicos, no se diferencia demasiado de sus equivalentes neoyorkinos o milaneses. Apenas se puede distinguir en esa multitud de jóvenes con vaqueros y tacones altos a unas pocas mujeres ataviadas con el tradicional Kimono de las grandes ocasiones. Treinta años de «soberanía limitada» —incluso en el plano cultural— a los USA, parecen haber dejado signos indelebiles y operado modificaciones irreversibles en el Japón que atacó a Pearl Harbor.

Peró, ¿es así realmente? Esta es la pregunta que nos asalta y que —debemos confesarlo— no podemos responder. ¿Cuál es el verdadero rostro del Japón? ¿El de los estudiantes con uniforme y las chicas vestidas de colegiala o el de estos mismos jóvenes que después del colegio o los domingos se visten de *punk*? ¿El de una tecnología avanzada que en ciertos aspectos supera los niveles europeos y americanos o el de las relaciones de fidelidad personal, de la eficacia fundada en la disciplina más que en la racionalidad sobre la que parece basado el éxito de la economía? ¿Es este el rostro más avanzado del capitalismo o más bien una versión moderada de las relaciones de tipo feudal sobre las que basó el despliegue industrial del siglo pasado? Más aún: ¿Cuál es el «verdadero» Japón? ¿El capaz de levantarse contra el rearme, de encontrar otra respuesta a lo que Mishima llama «el aburrimiento de la paz», el que reacciona ante la expresión «portaviones insubmersibles» pronunciada por Nakasone en los USA? ¿O el que en nombre de residuos bastante más inquietantes la emprende con el «halcón» Nakasone no tanto por su deseo de rearmarse como porque ha sostenido a la ligera que USA y Japón tienen «destinos comunes en el Pacífico»? Probablemente el Japón participe de los dos rostros. Pero en una realidad lo bastante rica en contradicciones como para desaconsejar esos éxtasis acríticos de los que están llenos los recortes de prensa. (Traducido de «*Rinascita*»).

Rock para los duros los tiempos

RAFAEL GOMEZ

Ilustraciones: TOMAS ADRIAN

E

Cinco siglos de Galaxia Guttemberg no han conseguido las cifras de ventas que cinco lustros de industria del rock and roll. Incluso en un país como el nuestro, carente de infraestructura musical, no existe fenómeno masivo comparable al de la música rock. Esa «música de salvajes ha cambiado no pocas cosas en esta segunda mitad del siglo. Más vale enterarse de por qué caminos discurre ahora, porque de que sea por los del punk, los del heavy o los del pop dependen bastantes más cosas que un cierto estilo de tocar la guitarra.

Arte, directa o indirectamente, refleja la vida de los hombres que hacen o viven los acontecimientos de un época». Lo decía Trotsky hace algunos años. Y una de tres. O el Trotsky se equivoca, lo cual no es raro en alguien que pasó toda su vida equivocándose — y escribiendo de maravilla —; o el rock español no es arte, que algo hay de eso; o si es el reflejo de nuestra vida y de nuestra época, vamos de lado. El rock español tiene escaso valor como producto artístico. El rock en España no es sólo un moda, que también, sino que tiene implicaciones económicas y morales. Y si tomamos la música hecha en España como reflejo de la sociedad de la que na-

ce y hacia la que se dirige, el calificativo de nuestra sociedad hasta hace muy poco sería claro: subnormales profundos y con complejo de inferioridad.

Partir de la nada

El desarrollo de la industria discográfica española a partir de finales de los sesenta ha sido importante. Como en el resto de Europa Occidental, hoy los éxitos duran semanas y luego caen en un definitivo olvido. Y no es debido a un problema artístico, sino de mercado: el disco es una mercancía, un producto de consumo que hay que desechar. Hay buenas razones económicas para que los discos tengan una fecha. La industria discográfica exige un consumo constante y explota las ideas de moda y obsolescencia para conseguir que la gente compre. El negocio del disco está basado en convencer a la gente de

que los discos tienen un límite en el tiempo y que debe comprar un disco en el momento de su salida al mercado, dejar de oírlo a las pocas semanas, comprar otro nuevo de inmediato y así sucesivamente.

La base de un análisis sociológico de los discos, está relacionada con la acumulación de capital, y sus ganancias dependen del número de discos vendidos. Los costes iniciales de grabación implican unos gastos a los que no afectan el número de discos resultantes, mientras que los costes de manufactura y distribución se reducen proporcionalmente a medida que el número de ejemplares vendidos aumenta. El negocio discográfico está regido por la lógica de la producción de masas y su fi-

nalidad es conseguir un amplio mercado. La música pop se creó a partir del intento de la industria discográfica de conseguir un auditorio más amplio, y los discos pop tienen un público más extenso que cualquier otro medio porque sus posibilidades de llegar a todos no queda limitada por consideraciones de cultura o lenguaje: la música de masas de Estados Unidos e Inglaterra domina el mundo.

La integración de música pop y cultura de los jóvenes se desarrolló en los años cincuenta, y fue simbolizada por una nueva forma de música: el rock'n'roll. La novedad era que sus intérpretes eran como ellos, de sus edades, procedían de mundos idénticos y tenían los mismos proble-

mas. El rock se convirtió en la forma de entretenimiento más popular. La presencia de la música en la cultura juvenil es algo básico, aunque generalmente se queda a un nivel superficial. Sirve para bailar y entretenerse. Todos los jóvenes escuchan música, constituye una parte normal de su actividad cotidiana.

Pero existen dos actitudes diferentes hacia la música. Una parte, preponderante quizá, de la masa juvenil compra los discos de éxito de las listas de popularidad hábilmente manipuladas por la industria del disco, y son visitantes asiduos de discotecas. La música no simboliza para ellos valores ni cubre mayores necesidades que las de diversión. El otro grupo tiene un interés mayor por la calidad de la música, los discos son apreciados más en términos de significado, y acuden más regularmente a los conciertos en directo. Este grupo se siente diferenciado por cuanto se autoconsidera miembro de una élite en cuanto a gustos musicales, huyendo de la música más convencional y comercial.

Este hecho de constituir una élite es importante, porque supone su existencia como grupo aparte de las masas, aun viviendo en el mismo barrio o estudiando en el mismo sitio. Supone una distinción de los demás y la música cobra un valor esencial en sus vidas, el tocadiscos o cualquier medio de reproducción musical es uno de los centros de su existencia. Es un modo de que el grupo se defina a sí mismo, un forma de estatus.

En España prácticamente nunca hubo verdadera música pop, exceptuando a Los Brincos. Lo que tenía cierta significación venía copiado de USA o Inglaterra. Ahora algo se mueve. Tenían que existir Kaka de Luxe para que aquí nos esperanzásemos. Lo bueno del pop es que es una estructura abierta, modificable. Es un medio efímero y, salvo contadas excepciones, hay poco de genio en los profesionales de la música.

El rock es un concepto madre, un englobador de tendencias. Como rock definimos a la música juvenil, y no tan juvenil, que no es melódica ni folk. Dentro de él se establecen decenas de etiquetas. El punk y el heavy, por personalidad propia, deben ser tratados aparte.

Punk: Con retraso y sin futuro

¿Ha muerto o no el punk? En el fondo da lo mismo. El punk no tenía el menor futuro porque no aspiraba a ello. Pretendía ser una explosión y lo consiguió. Se trataba de que cualquiera pudiera subir a un escenario a descargar sus impulsos. El valor del punk era el caos del que nacía y donde se desenvolvía. Y supuso una pequeña —gran— revolución. Frente a los grupos dinosaurios, con montañas de equipo y necesidad de grandes auditorios, comenzó el tiempo de las pequeñas unidades simples y poco costosas, móviles. Frente a las grandes inversiones y lanza-



mientos discográficos, altos precios de localidades, enormes tinglados técnicos, ayudantes, ingenieros de sonido, miles de vatios para los equipos, se inició la recuperación del acto simple de transmitir la creatividad a un público en pequeños locales, con instalaciones poco costosas. El acto sencillo de poder comunicar una sencilla canción. El negocio empezaba a escaparse de las manos de las multinacionales. El punk creaba un nuevo lenguaje dentro del campo social no controlado por el Poder. El Estado, la comunicación controlada, demostraba poseer puntos vacíos. Luego, el establishment recuperaría, como siempre, todos los nuevos productos. Pero esa es una constante social.

Los músicos punk lo hacen mal en su mayoría. Son cuatro acordes, marcha visceral para el cuerpo. Volumen, volumen, volumen. Y al alcance de cualquiera. Quique Yáñez, antiguo componente de los corufleses Radio Océano, lo definía claramente: «¿Ensayar? Somos punk, tío, y cuanto peor toquemos, mejor».

¿Hay industria punk? ¿Han conseguido los grupos punk escapar de la estructura organizativa de las cosas consagradas para imponer, aunque sólo fuese para ello, una infraestructura propia? Está claro que sólo hay una industria, la que termina absorbiendo lo que en principio fue revuelta, la que acaba imponiendo un consumo, porque para eso el punk, como todo, tiene su parte de producto.

¿Y el punk qué es, moda o movimiento juvenil? Pues de todo un poco, caballero. Es — fue — un nuevo estilo, una vestimenta particular, una bandera de identificación, un desconcierto, un marketing. En música, es un retorno a cierto rock, la repetición de palabras y sonidos, el acortamiento en la duración de los temas. Es una sensación física que se consigue con el sonido y con los abalorios. También es un fenómeno cultural, entendiendo la cultura como toda forma de pensar, sentir y vivir que tiene el hombre. Y es una cultura más descaradamente ambigua que las demás, que también lo son. Es un ensueño y una pesadilla. Es una imagen de agresividad y violencia que no siempre se corresponde con la realidad. Y una mezcla ideológica; consciente o inconsciente: un cierto anarquismo — palabra que sirve para todo —, una revolución de los pisoteados, unos comportamientos autoritarios y semifascistas. En cualquier caso, actitudes diferentes. Desde la agresividad, no sólo potencial de gran parte de los punkies hasta la actitud de grupos que apoyan y promocionan las ocupaciones de casas vacías de Londres y Amsterdam, pasando por la gratitud o bajo precio de sus actuaciones. Es, desde luego, un rechazo frontal al sistema. Unos porque se movilizan contra él. Los más, porque parasitan. «Este sistema es una mierda, ya lo sé, pero nadie lo va a cambiar, así que procuro vivir lo mejor posible en él y pasando de él. Yo te escupo igual si me das algo como si no». La represión de comportamientos nuevos, la falta de expectativas de trabajo, o el mis-

mo trabajo infravalorado con mínimos recursos económicos son, entre otras cosas, los que han originado el joven punk. Este actuará y hablará del desorden y el caos porque vive en él. No es un individuo marginado. No es casualidad que no existan comunas punkies. En su mayoría viven con sus padres porque es más cómodo, aparte de la falta de trabajo. Un poco lejos de los jóvenes airados de los años sesenta.

Si la violencia es un ingrediente social, la música agresiva está destinada a familiarizarnos con la violencia del sistema. Hay una complacencia del músico, un placer sádico en descargar su violencia en sonidos. Y hay otro placer en todos nosotros cuando acudimos a la sala de espectáculos. Los músicos devuelven a su manera la violencia que la sociedad impone. Es una asunción no imaginada de las teorías del arte moderno como eco, reflejo de la violencia institucionalizada. Es la transcripción sonora del caos urbano. A la vez, la violencia de la música tiene un papel de catarsis: la violencia como liberación. Y no olvidar que lo verdaderamente revolucionario no es lo que trata sobre un tema progresista, sino lo que invierte los moldes estructurales.

que es, sirve también para expresarse físicamente y mover el cuerpo. Lo demás es cultura.

La manifestación del punk en España se produce básicamente en Madrid. Como espectáculo, como comercio, y como música. Lo que se vende no son sólo sonidos, sino imagen. Esta es la sociedad del espectáculo. Lo que en Europa ha podido tener la connotación ideológica, aquí es mimetismo. Como si no explicar que algunos españoles disfrazados de punkies lleven cruces gamadas y no se hayan puesto el yugo y las flechas falangistas. Los precursores del punk son claros: todos aquellos que seguían vendiendo «fanzines» musicales por su cuenta, los que editaban grabaciones piratas para vender en las calles, los que se cabreaban porque el rock estaba en estado de letargo. Musicalmente, estos precursores tienen un nombre: Ramoncín. A partir de él, lo que no era sino rock macarra ha pasado a tener otras señas de identidad, al menos en las páginas de las revistas. La canalla ha salido de las alcan-



Los punk han sido un poco los navajeros del rock. En España al tener básicamente ingredientes de moda, no han sido sólo barriobajeros y suburbanos. Pero sí han tenido la agresividad de las ciudades dormitorio. La navaja guitarrera en las ciudades cementerios donde nos tienen anestesiados. Los punk llegaron con sus armas a asaltar la seguridad de los antiguos «progres» musicales y de los otros. Pero sobre todo el punk a lo que vino fue a traer sangre fresca al cuerpo envejecido del rock. El paso del tiempo evaporó a los farsantes que se apuntaron al carro gracias a poses punk. Y los músicos ya no necesitan etiquetas para tocar. El punk, como rock

tarillas. Es el sueño de todo rockero: convertirse en estrella. Y el punk ofrecía esa posibilidad más fácilmente. El público rock anhela secretamente hacer lo que el tío del escenario hace: lanzar sin pudor su fantasía y lograr una comunicación colectiva. Ramoncín, despreciado por muchos, es una de las mejores cosas que han aparecido en el rock español. Cada vez más auténtico, sus canciones son narración de hechos cotidianos, con el romanticismo de un mundo que enlaza con la belleza estética de lo feo.

Alaska y los Pegamoides fueron otra avanzadilla punk en Madrid. Años atrás, no encajaban con cierta progresía que sólo vio en ellos el símbolo de la ascensión punk-fascista. Con Ramoncín, hicieron que el rock urbano recuperase vitalidad. Y

junto a ellos, muchos más, que se ridiculizan a sí mismos como forma de ridiculizar la vida social. La individualidad extrema: «no pienso más que en mí» — Parálisis Permanente —, el amor a sí mismo, se mezcla con un odio que se exterioriza y que la sociedad condena: «La violencia, vaya sensación de vigencia» — Kaka de Luxe —. El desprecio es un tema del punk. La satisfacción de poder realizar lo prohibido, por la ley y por la moral: «puedes matar a alguien con una lata, mata al padre con una lata» — Kaka de Luxe —. La amorabilidad es su fuerza para ser tenidos en cuenta: «Mata hippies en las Cies» — Sinistro Total —, «Córtate las venas con un bisturí» — La Broma de Satán —.



En definitiva, es la expresión de una suicia música y de su amor por la gente: «pero qué público más tonto tengo, pero qué público más anormal» — Kaka de Luxe —.

Heavy: El rock duro, pero menos

El rock en la vida juvenil española ha sido más que una simple moda. Las bandas juveniles de los barrios obreros, que daban una salida primaria a su violencia y a la dureza del medio en que vivían, juntándose para pelear con las bandas rivales, encontraron en el rock un forma de descargar muchas de las tensiones que llevaban dentro. Aparte, el señuelo ofrecido por las estrellas musicales hacía entrever una vida de éxito económico huyendo de trabajos muy parecidos a los de sus padres, y además aseguraba el éxito con las chicas. Su falta de satisfacción en el trabajo y su frustración, convertían a la experiencia mu-

sical en un ejercicio de autoconsideración y autonomía de las que carecían.

El rock duro es un legado del rock de los grupos ácidos californianos, de Hendrix, los Zeppelin o los Purple. Basado en la contundencia expresiva, se rodea de miles de watos de luz y sonido en sus apariciones en directo. Se cuida la perfección técnica y la puesta en escena — barroca, recargada de efectos —, donde la música atronadora acompaña las voces desgarradoras de los cantantes. Son actuaciones repletas de energía, arrolladoras y devastadoras. Precisan un ambiente de público enfervorizado y ávido de comportamientos liberadores, tanto anímicos como físicos. El mensaje porta un trasfondo de rebeldía, de situaciones sociales denunciabiles. Las letras de las canciones arremeten contra el sistema, contra el poder y la represión; contra el armamentismo o la incomunicación; critican tanto la normatividad social y moral, como los medios convencionales de comunicación. Son grupos de denuncia y reivindicación: el escaparate de la penuria de las ciudades industriales y el reflejo de las contradicciones sociales, de la masificación, del



marginalismo y la violencia. Aunque es un error basarse simplemente en la procedencia de clase para etiquetar los gustos musicales — los jóvenes obreros; el rock duro, los procedentes de las clases burguesas, el tecno o el pop — la extracción social condiciona en un tanto por ciento importante los gustos musicales. Los componentes y seguidores de las bandas de heavy-rock, provienen la mayoría de las veces de zonas del extrarradio de la ciudad. Hay una identificación existencial muy acentuada.

Los rockers duros son continuadores de la música con tradición revolucionaria de los años 60 y 70. Son fieles partidarios, a través de la música, de la regeneración del ser humano. Para ello han de disponer de un auditorio masivo y fiel, que construya

una comunicación basada en la solidaridad, en la conexión entre público y grupo, que se hace fundamental para que el concierto-rito tenga efectividad. Se asegura así una mutua satisfacción y el respaldo a la asumida concepción marginal y underground de la mayoría de los hacedores del rock duro. Como todo acontecimiento marginal, basan su fuerza en la espectacularidad y en la masividad del rito.

El rocker es sectario con respecto a otras formas de rock. No acepta a punkies ni a otros movimientos musicales. Es un gran conocedor de su ortodoxia rock, pero desconoce otras formas expresivas. Si no fuese así, observaría la cantidad de conexiones no sólo entre los punkies y ellos, sino entre todas las músicas en general.

La asistencia a un concierto de rock duro adquiere tanto para el grupo como para el seguidor características de satisfacción ético-eróticas. Se consigue lo que es ne-



Miguel Gómez/PULL



COVER

gado en la cotidianeidad, es decir, respuestas estéticas masivas, comportamientos desinhibidos, el grito incontrolado y un mensaje de esperanza mesiánica. Por otro lado se logra un climax de sensualidad rock. Los cabellos largos, las cazadoras de cuero, las chapas, remaches y emblemas metalizados, están siempre presentes en la gente, en su lucha urbana contra lo normativo.

Esta descripción del rock heavy nos lleva al trasfondo mítico del rock duro. Plantea la dicotomía moral bueno-malo con ex-

cesiva ingenuidad. Si bien las letras, los montajes y el entorno están repletos de buenas intenciones, su existencia misma cae en una gran contradicción: son presa ideal para el enemigo que combaten: el mercado del disco y de las compañías multinacionales.

Los medios de comunicación y los intermediarios de la música han creado un mercado falso, donde la despersonalización domina a los que se definen seguido-

res del rock: las modas e indumentarias, la parafernalia estética, los montajes de elevado costo, llegan a descomponer la razón básica del rock revolucionario. Los centros de control del disco han absorbido el potencial radical. La integración de toda la filosofía del rock duro es un hecho. La grandilocuencia en las puestas en escena o en las campañas publicitarias de las

multinacionales, está haciendo que el heavy español se reduzca a mera declaración de principios. La masificación, el seguidismo ciego es un reclamo atractivo para los organizadores de conciertos de rock. Los mensajes se repiten una y mil veces, y el producto final, en una época de variación permanente de gustos, siempre resulta el mismo. La falta de imaginación en el tratamiento de la diversión, aun con contenido ético, es la principal acusación que la órbita del rock duro está sufriendo. Los montajes comerciales, los grupos que pregonan una revolución de las ideas o una denuncia del sistema a costa de embolsarse buenos dividendos, son una contradicción muy evidente hoy, aunque no es nueva. Su voluntad de hacer una música que exprese los movimientos sociales afines, puede quedar oscurecida por su necesidad de subsistencia, pues es un trabajador del rock, y precisa vender su mercancía para estar en la música. La actitud del músico, así contradictoria, se refleja en las dos formas de llegar a la audiencia. Por un lado los conciertos en directo, en donde el contacto con sus seguidores confiere una especial dimensión de honestidad y coherencia a su trabajo. Pero por otro lado, la grabación de discos aleja en extremo la comunicación entre el grupo y la audiencia; a la vez que potencia el negocio de las compañías capitalistas, desvincula al grupo heavy de su idea de grupo rebelde.

La contradicción se prolonga en el escenario. Las letras hablan de paz y de una sociedad nueva, sin convencionalismos ni consumismos, pero participan ellos mismos de tales mecanismos; no admiten las modas y son atrapados por los negociantes de los deseos y ansias juveniles; no quieren el sistema pero firman sus contratos con las multinacionales del disco; definen sus comportamientos como marginales, pero se llenan de modas; no cambian la abstracción contemplativa y mística de un concierto por un compromiso más cotidiano. Sólo la renovación de formas y contenidos del mensaje heavy puede impedir que sigan siendo catalogados como dinosaurios sin ideas.

La precaria infraestructura

A diferencia de otros países, el rock ocupa poco espacio en la prensa española: en las publicaciones de información general muy rara vez existe información musical aun cuando todas ellas tengan secciones culturales fijas. Siendo un fenómeno de masas al mismo nivel que el fútbol, el rock no ha alcanzado su mayoría de edad en cuanto a consideración cultural por parte de los mandarines de la cultura.

Dentro del terreno de la prensa musical son muy escasas las publicaciones especializadas, y aun así su estabilidad comercial es precaria. «Popular 1» y «Rock Especial» son prácticamente las dos únicas revistas a nivel estatal. La primera es de una cutrez insoportable y leyendo sus páginas —

Héroes de un día



los primeros meses de la transición contemplaron la aparición de una nueva clase musical que iba a transformar absolutamente los presupuestos no sólo estéticos, sino industriales del panorama de la música en España.

Esta nueva clase —cuya primera manifestación fue Kaka de Luxe, grupo madrileño en el que se reunirían varios de los personajes más determinantes de lo que vino después— se caracterizaba por la diversa extracción social de sus componentes y porque optaban inequívocamente por componer y tocar música pop. Ya no eran grupos surgidos de pandillas de barrio, no había banderas que airear ni reclamaciones sociales que escupir. Se contaban historias fantásticas, insólitas canciones de amor. Los contenidos se trivializaron y la melancolía pasó a ser lo predominante.

Nunca se supo bien por qué, pero el caso es que comenzaron a aparecer muchos grupos que, tras decepciones producidas por la bisoñez y la falta de una mínima infraestructura musical, se disolvían en poco tiempo, pasando sus componentes a asociarse con disgregados componentes de otros grupos..., hasta que se volvían a presentar las dificultades.

Fue un proceso —aún hoy vertiginoso— que produjo la definición de tendencias e intenciones y, de otro lado, la aparición de las maquetas como vehículo de promoción y de una serie de espléndidas canciones que difundieron por el país la idea de que algo diferente ocurría en Madrid.

El fenómeno fue apoyado por diversas emisoras de FM (la más determinada fue Radio 3, única de cobertura nacional), y por la prensa especializada, esencialmente **Rock Especial**, aún hoy imprescindible para mantenerse informado al respecto. Comenzó a desarrollarse una tímida y precaria infraestructura de salas de conciertos, y acudieron grupos que no encontraban posibilidades en sus ciudades de origen.

Y es aquí donde surge uno de los elementos más revulsivos de un movimiento que, iniciado en Madrid, determina ya toda la escena nacional: las compañías discográficas independientes. Nacidas como respuesta marginal a la esclerótica política de las establecidas, acogen en sus sellos a grupos que las multinacionales no pueden digerir. En ese cajón de sastre cabe casi de todo: desde vanguardias corrosivas —**Parálisis Permanente**— hasta dudosas experiencias-neo-punkies —**Las Vulpes**—, pasando por lo más imaginativo y sorprendente que ha producido nuestro país en los últimos años: **Derribos Arias**.

Fundamentalmente punkies y poppies acaparan un mercado que cada vez adquiere mayor volumen. Hasta el punto de que surgen sin cesar nuevos sellos independientes, y hasta las multinacionales promocionan grupos iconoclastas.

Los grupos que dominan la escena musical madrileña han conseguido un nivel de creatividad apasionante en un programa tan paupérrimo como el español. La enumeración no sólo es eficaz —dada la insólita movilidad de los componentes de los grupos, que a menudo participan en experiencias paralelas simultáneas—, sino también necesariamente prolífica debido al gran número de grupos que cada día aparece tras cualquier esquina.

Se han hecho añicos los límites que definían el punk del pop. Lo que ha surgido en Madrid es un nuevo ambiente en el que sólo prima la imaginación y la provocación. Aún, y como siempre, a remolque de Londres, ha nacido la única era pop original e imaginativa que ha conocido nuestro país.

F. R.

duro trabajo, pues sus redactores no sienten el mínimo respeto por la más elemental norma gramatical— uno se encuentra con que la revista sólo puede servir para aquellos que viven exclusivamente alrededor de sus queridos discos y no saben nada de ninguna otra cosa, y además les importa un carajo que existan otras cosas. «Rock Especial» es una revista especializada, pero con el acierto de considerar la música como una parte más del arte y la cultura contemporáneos.

Al margen de estas publicaciones, en los

últimos años han aparecido el fenómeno de los «fanzines». Pequeñas revistas multicitadas, de aparición intermitente y que responden al deseo de sus autores de escribir y dar a conocer lo que les gusta en música. Los «fanzines» se han convertido en algo tan extendido que prácticamente no hay ciudad que no vea la aparición de su revista local. Hace pocos años era imposible siquiera imaginar que lugares como Elda o Puertollano contaran con «fanzines» musicales. Algo se mueve en el rock en España.

Dos son los motivos de esta relativamente escasa importancia de la prensa musical en España. El primero son los bajos índices de lectura en general de la sociedad española. El segundo es esa falta de consideración del rock como una parte más de la cultura, falta de consideración que se extiende a amplias capas de consumidores de discos, para los cuales la música no es más que un motivo de diversión, sin darle otro significado.

Las revistas musicales se mueven en una tensión constante. De un lado, informar en profundidad de los acontecimientos musicales. De otro, las exigencias procedentes del negocio discográfico, de las compañías de discos que ayudan al mantenimiento de las revistas por medio de su publicidad y que presionan para que sus productos se vean reflejados en las páginas como publicidad encubierta. La dependencia de los intereses de la industria musical termina siendo obvia. Y la dependencia de la prensa no sólo se produce por la necesidad de contratar publicidad de las compañías discográficas, sino porque el trabajo del escritor de rock está controlado en buena parte por éstas. Casi todo lo que el periodista hace proviene de las casas de discos: noticias, entrevistas con los músicos, discos, etc.

En el panorama del rock algunas emisoras de radio han tenido una importancia fundamental. Hasta tal punto de que es posible que sin el apoyo de determinados programas de radio, la movida musical fuese hoy algo muy distinto. La radio ha posibilitado la aparición de grupos nuevos. Muchos grupos graban sus propias maquetas en estudios de grabación, pagando ellos mismos los gastos, con el fin de

darse a conocer en las emisoras de Frecuencia Modulada y a los cada vez más numerosos oyentes de este tipo de programas. Esta grabación de maquetas es el primer paso para una posible gloria. Hoy sólo Madrid tiene la fuerza suficiente para lanzar las directrices del rock nacional. Infinidad de grupos salen de las alcantarillas o de las zonas bien de la urbe y convierten a Madrid en la única ciudad donde hay posibilidades de que se cuezan movidas interesantes. Pero sin olvidar que ni de lejos Madrid es el ombligo de la modernidad. Aquí pasan cosas que no suceden en otras ciudades, nada más. No muchas ni grandes cosas. El horizonte musical se está llenando de grupos, pero aparte de voluntad hay pocas cosas salvables.

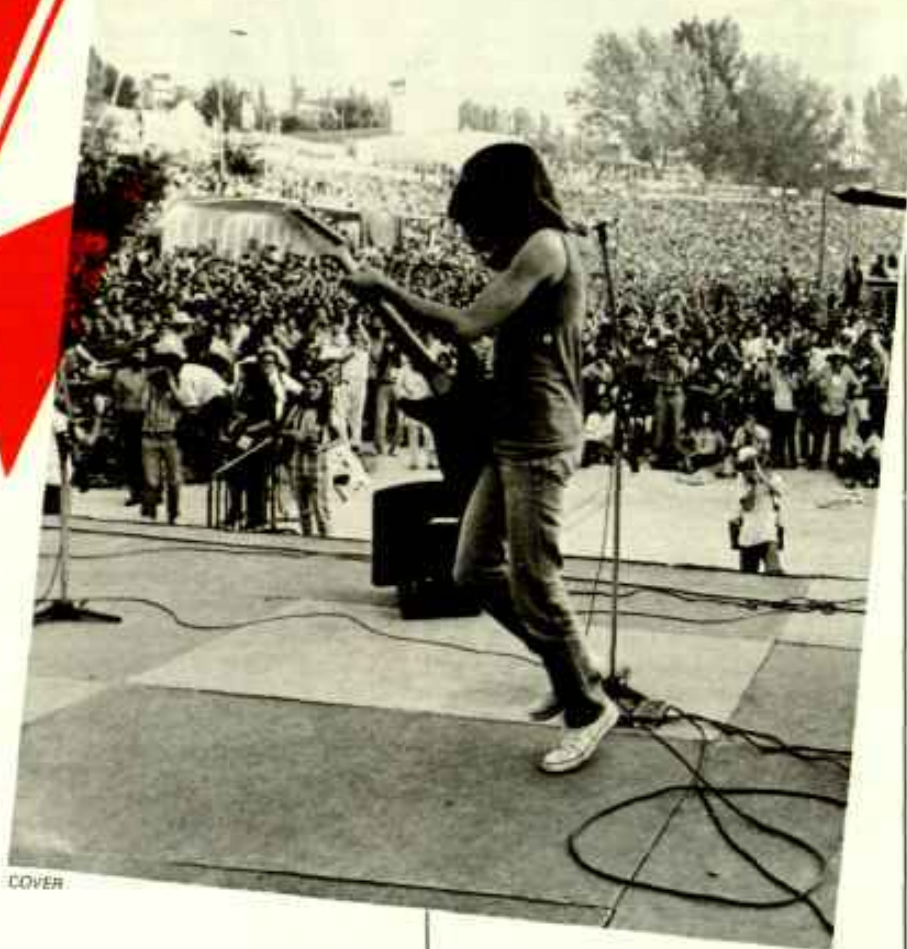
El problema de los sitios de actuación en directo es básico para el surgimiento y la estabilidad de nuevos grupos. Faltan salas de conciertos, en muchas grandes ciudades no hay locales donde puedan actuar grupos musicales, falta una programación eficaz en los medios de comunicación, que no consideran que el rock sea un forma más de cultura además de diversión. Falta que la industria española asuma el aluvión de grupos que se está produciendo,

que los instrumentos musicales se abaraten y pierdan el impuesto de lujo. Falta de todo. Así, es normal que los grupos se hagan y se disuelvan con increíble rapidez.

En una situación normalizada, la mayoría de los grupos que suenan, e incluso graban, no deberían pasar de actuaciones en barrios y pueblos, porque su calidad es baja y tampoco sobra mucha imaginación. Pero con la infraestructura que poseemos tampoco se puede pedir demasiado.

Quedarse atrapado en algo es la mejor manera de no avanzar. Los músicos españoles que consigan evolucionar y ser lo suficientemente libres para evitar quedar encuadrados en géneros evitarán el peligro del adocenamiento. El panorama musical no es especialmente alentador pero hay que conseguir la apertura de nuevos locales, los grupos tienen que grabar maquetas y es preciso que nazcan más sellos independientes si esa es la manera de que algún día el rock español sea algo más que una moda: la música de personas que han encontrado en ella la mejor manera de expresar a los demás y a sí mismos el fresco social que tienen delante, el vehículo de expresión a través del cual escupan lo que ven y lo que sienten.

COVER



5 cinco días

NUESTROS LECTORES

**LAS EMPRESAS,
LA ADMINISTRACION, LA CLASE POLITICA,
LA UNIVERSIDAD...**

Porque la solidez de una información económica se basa en la solidez de sus lectores

**DIARIO DE
INFORMACION
ECONOMICA
PARA LOS
HOMBRES DE
LA DECISION**

POLITICA

Federico ABASCAL, Lorenzo CONTRERAS

CULTURA

Víctor Manuel Burell (música clásica), Pablo Corbalán (libros), Daniel Denarios (filatelia y numismática), Lorenzo Díaz (gastronomía), Alfonso Eduardo y José Ruiz (cine), Aurea Herrero (video), Sol García-Conde (arte), Manolo Lombao (música moderna), Rafael Marichalar (deporte) y Adolfo Prego (teatro)

SECTORES

Telemática, Distribución, Aviación, Seguros, Tecnología...

y además...

**BOLETIN
DE
SUSCRIPCION**

5 cinco días

Nombre y apellidos

Domicilio

Población Provincia

ANUAL, Año

Madrid (capital) Adjunto cheque emitido a la

Por correo 10.400 ptas. orden de 5 DIAS

Resto de España Banco

Por correo 10.400 ptas. En pago de suscripción

ordinario

FIRMA

5 Cinco días
c/ San Romualdo, 25
Teléf.: 204 56 44 - 5 - 6 - 7 - 8
Madrid-17.

Mis sabuesos preferidos



En el Festival de Teatro de Edimburgo del pasado agosto tuve ocasión de asistir —entre dos manifestaciones poco convencionales de los grupos del *Fringe* o festival paralelo— a un espectáculo sólidamente victoriano y convenientemente nostálgico, que llevaba un título inequívoco para quienes tenemos la suerte de ser adictos a Conan Doyle: «221B». La pieza entera, seamos sinceros, no es más que una cariñosa masturbación holmesiana que los iniciados agradecemos sin remilgos. No hay trama ni acción, sino un simple monólogo. A Holmes se le ha dado por muerto cuando luchaba contra el doctor Moriarty en las cataratas suizas de Reichenbach y la señora Hudson, casera del gran detective, ha decidido buscar un nuevo inquilino para las habitaciones que éste compartió con su boquiabierto biógrafo y escudero, el doctor Watson. Y es precisamente este fiel amigo el único personaje de la obra; su modesta economía no le permite comprar la casa, como sería su deseo, y debe contentarse con pasear entre los muebles y adminículos demasiado familiares (el violín, la jeringuilla de la cocaína, el maniquí con la frente sellada por un balazo, etc.), recordando con melancolía y humor las aventuras pasadas junto al sagaz ordenador de rompecabezas. En la última escena se oyen unos pasos enérgicos en la escalera y una llamada; el buen doctor y los espectadores quedan en suspenso ante la puerta a punto de abrirse, esperando la necesaria resurrección del héroe. El mayor atractivo de la representación, aparte del de rememorar algunas de las páginas más divertidas y brillantes de la literatura de ficción de este siglo, estriba en su único intérprete, el veterano Nigel Stock, actor excelente que ya había dado réplica como Watson a Peter Cushing en la serie que ambos hicieron hace veinte años para la televisión británica. Al verle en el escenario edimburgués (y ¡con qué entrañable cariño le trató el público!) no pude por menos de recordar a los otros Watson cinematográficos, al primer Nigel —Nigel Bruce— que acompañó al inolvidable Basil Rathbone, a Bernard Fox, el Watson de Stewart Granger, a André Morell, Ian Fleming, etc. Y por lógica derivación, tras pasar revista a los rostros cinematográficos del propio Holmes, divagué soñadoramente entre las imágenes más notables de mis sabuesos favoritos.

El detective literario tiene que superar una serie de dificultades que conspiran contra su verosimilitud o contra su atractivo: la primera de ellas, su propia condición de inquisidor y aguafiestas. Los oficios represivos despiertan poca simpatía entre el público, sobre todo en nuestros días, aunque inconscientemente sean aprobados por el atrabiliario tribunal de nuestro superego, ávido de castigos ejemplares. El detective representa desde luego a la Ley frente a la transgresión, pero sería insulso que se limitara a encarnarla de modo directo o inequívoco. Tiene que haber en él algo de ambigüedad, rasgos disidentes o marginales: podrá ser drogadicto, estafalario, de raza exótica, en ocasiones se moverá fuera de la legalidad y su código moral no coincidirá con el de la sociedad establecida. A menudo será no menos enemigo de la policía institucional que el propio asesino al que pretende atrapar. Bien mirado, su figura pertenece tanto al ámbito del crimen como al del orden que lo castiga y por ello estamos siempre esperando verle pasarse al bando de enfrente y convertirse en delincuente, aunque sea por motivos justicieros, como es el caso de Poirot en su última novela, o como se ha propuesto varias veces en epígonos actuales del mito de Sherlock Hol-

FERNANDO SAVATER

mes. Por otra parte, ha de transmitir cierta impresión de genialidad pero sin caer en la ridiculez, lo cual no es fácil, pues sabido es que nada se aproxima tanto al ridículo como las infulas de genio. Deberá ser lo suficientemente inhumano o sobrehumano como para justificar la identificación maravillada y entusiasta del lector, pero sin perder ciertos rasgos humanos que lo hagan amable. Este cóctel de características opuestas es complicado y abundan más los fracasos que los éxitos en los intentos de conseguirlo. Uno de los mecanismos habituales para resolver la imprescindible bipolaridad del detective de ficción es desdoblarlo en héroe y antihéroe, dotándole de un auxiliar romo y bienintencionado que le sirva de *alter ego*, hermano menor, conciencia escandalizada de la cotidianidad y *punching-ball*.

Pues bien, todos estos problemas se agudizan aún más al intentar recrear la figura del gran detective en la pantalla. Los tics distintivos que a lo largo de las páginas diluyen su reiteración pueden convertir al personaje cinematográfico en un amanerado espantapájaros. Por otro lado, el lector tiene ya su propia imagen del protagonista y a veces le es muy difícil acomodarla sin pérdidas a lo que se le brinda en la película. Aunque también es cierto que cuando la encarnación del actor resulta lograda, llega a ser imposible admitir ni en sueños otro rostro que el suyo ni otro porte. El autor poco puede hacer contra este rapto de su personaje por el afortunado intérprete: en vano reclamaba Chandler un físico a lo Cary Grant para Philip Marlowe poseído definitivamente por Humphrey Bogart... De vez en cuando, un actor discreto «hereda» un personaje ya excelentemente vivido en la pantalla y logra relanzarlo de nuevo para un público no demasiado exigente: es el caso —¡y por partida doble!— del nada descollante Roger Moore, legatario de «El Santo», que fue de modo tan espléndido interpretado por George Sanders a final de los años treinta, y de James Bond 007, cuyo «verdadero» rostro seguirá siendo siempre el de Sean Connery. Por cierto, una nota respecto a George Sanders: ¿recuerdan qué este distinguido villano del celuloide y concienzudo suicida en la vida llamada real escribió una novela policiaca de ambiente hollywoodiense muy aceptable, «Crimen en mis manos», que se halla traducida en la siempre sorprendente colección Austral?

Los grandes detectives cinematográficos se encuadran en dos modelos: los *afilados* y los *redondos*. Es una distinción más sutil que la grosera entre gordos y flacos, pues implica también características de los respectivos métodos averiguatorios y hasta atisbos de enjundia metafísica. Los *afilados* indagan de modo personal y enérgico, son viajeros, atletas y frecuentemente seductores, se alzan frente a la conspiración del mal como sufridos paladines o como rayos vengadores, creen en el coraje y confían en la suerte. Los *redondos* escrutan los corazones y practican la pregunta, esperan la visita de sus enemigos, son fieles a la paciencia y al humor, tienen más de padres que de amantes, se encaran al mal como murallas o, mejor, como la minuciosa espuma de las olas sabe hacer para desmoronar las murallas. La filosofía de los primeros es voluntarista, prometeica, justiciera; los otros prefieren ser —o son sin saberlo ni remediarlo— contemplativos, escépticos, piadosos y conservadores. He amado sobre todo entre los primeros a Basil Rathbone como Sherlock Holmes, a Dick Powell, Dana Andrews y Sean Connery; de los segundos, prefiero al Alec Guinness que hizo de Padre Brown, al Warner Oland que fue Charlie Chan, al Alec Mc Gowen que encarnó en «Frenzy» al inspector de Scotland Yard y a Peter Ustinov Poirot.



La memoria de Shakespeare

JORGE LUIS BORGES

Hay devotos de Goethe, de las Eddas y del tardío cantar de los Nibelungos; Shakespeare ha sido mi destino. Lo es aún, pero de una manera que nadie pudo haber presentado, salvo un solo hombre, Daniel Thorpe, que acaba de morir en Pretoria. Hay otro, cuya cara no he visto nunca.

Soy Herman Soergel. El curioso lector ha hojeado quizá mi *Cronología de Shakespeare*, que alguna vez creí necesaria para la buena inteligencia del texto y que fue traducida a varios idiomas, incluso el castellano. No es imposible que recuerde asimismo una prolongada polémica sobre cierta enmienda que Theobald intercaló en su edición crítica de 1734 y que desde esa fecha es parte indiscutida del canon. Hoy me sorprende el tono incivil de aquellas casi ajenas páginas. Hacia 1914 redacté, y no di a la imprenta, un estudio sobre las palabras compuestas que el helenista y dramaturgo George Chapman forjó para sus versiones homéricas y que retrotraen el inglés, sin que él pudiera sospecharlo, a su origen (*Urprung*) anglosajón. No pensé nunca que su voz, que he olvidado ahora, me sería familiar... Alguna separata firmada con iniciales completa, creo, mi biografía literaria. No sé si es lícito agregar una versión inédita de *Macbeth*, que emprendí para no seguir pen-

sando en la muerte de mi hermano Otto Julius, que cayó en el frente occidental en 1917. No la incluí; comprendí que el inglés dispone, para su bien, de dos registros —el germánico y el latino— en tanto que nuestro alemán, pese a su mejor música, debe limitarse a uno sólo.

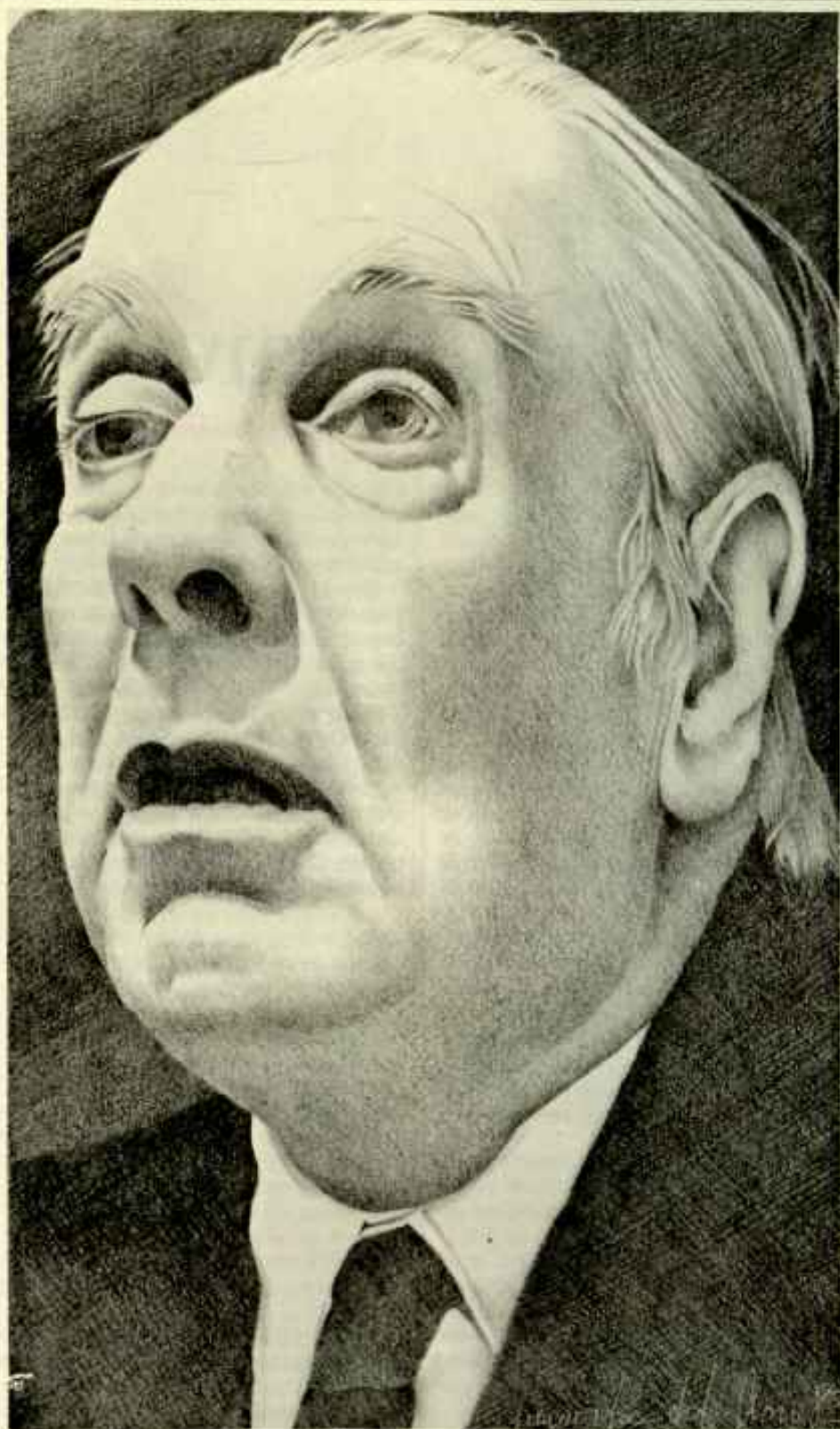
He nombrado ya a Daniel Thorpe. Me lo presentó el mayor Barclay, en cierto congreso shakespeareano. No diré el lugar, ni la fecha; sé harto bien que tales precisiones son, en realidad, vaguedades.

Más importante que la cara de Daniel Thorpe, que mi ceguera parcial me ayuda a olvidar, era su notoria desdicha. Al cabo de los años, un hombre puede simular muchas cosas pero no la felicidad. De un modo casi físico, Daniel Thorpe exhalaba melancolía.

Después de una larga sesión, la noche nos halló en una taberna cualquiera. Para sentirnos en Inglaterra (donde ya estábamos) apuramos en rituales jarros de peltre cerveza tibia y negra.

—En el Punjab —dijo el mayor— me indicaron un pordiosero. Un tradición del Islam atribuye al Rey Salomón un sortija que le permitía entender la lengua de los pájaros. Era fama que el pordiosero tenía en su poder la sortija. Su valor era tan inapreciable que no pudo nunca venderla y murió en uno de los patios de la mezquita de Wazil Khan, en Lahore.

Pensé que Chaucer no desconocía la fá-



bula del prodigioso anillo, pero decirlo hubiera sido estropear la anécdota de Barclay.

—¿Y la sortija?, pregunté.

—Se perdió, según la costumbre de los objetos mágicos. Quizá esté ahora en algún escondrijo de la mezquita o en la mano de un hombre que vive en un lugar donde faltan pájaros.

—O donde hay tantos —dije— que lo que dicen se confunde.

—Su historia, Barclay, tiene algo de parábola.

Fue entonces cuando habló Daniel Thorpe. Lo hizo de un modo impersonal, sin

mirarnos. Pronunciaba el inglés de un modo peculiar, que atribuí a una larga estadía en el Oriente.

—No es una parábola —dijo— y si lo es, es verdad. Hay cosas de valor tan inapreciable que no pueden venderse.

Las palabras que trató de reconstruir me impresionaron menos que la convicción con que las dijo Daniel Thorpe. Pensamos que diría algo más, pero de golpe se calló, como arrepentido; Barclay se despidió. Los dos volvimos juntos al hotel. Era ya muy tarde, pero Daniel Thorpe me propuso que prosiguiéramos la charla en su habitación.

Al cabo de algunas trivialidades, me dijo:

—Le ofrezco la sortija del rey. Claro está que se trata de una metáfora, pero lo que esa metáfora cubre no es menos prodigioso que la sortija. Le ofrezco la memoria de Shakespeare desde los días más pueriles y antiguos hasta los del principio de abril de 1616.

No acerté a pronunciar una palabra. Fue como si me ofrecieran el mar.

Thorpe continuó:

—No soy un impostor. No estoy loco. Le ruego que suspenda su juicio hasta haberme oído. El mayor le habrá dicho que soy, o era, médico militar. La historia cabe en pocas palabras. Empieza en el Oriente, en un hospital de sangre, en el alba. La precisa fecha no importa. Con su última voz, un soldado raso, Adam Clay, a quien habían alcanzado dos descargas de rifle, me ofreció, poco antes del fin, la preciosa memoria. La agonía y la fiebre son inventivas; acepté la oferta sin darle fe. Además, después de una acción de guerra, nada es muy raro. Apenas tuvo tiempo de explicarme las singulares condiciones del don. El poseedor tiene que ofrecerlo en voz alta y el otro que aceptarlo. El que lo da lo pierde para siempre.

El nombre del soldado y la escena patética de la entrega me parecieron literarios, en el mal sentido de la palabra.

Un poco intimidado, le pregunté:

—¿Usted, ahora, tiene la memoria de Shakespeare?

Thorpe contestó:

—Tengo, aún, dos memorias. La mía personal y la de aquel Shakespeare que parcialmente soy. Mejor dicho, dos memorias me tienen. Hay una zona en que se confunden. Hay una cara de mujer que no sé a qué siglo atribuir.

Yo le pregunté entonces:

—¿Qué ha hecho usted con la memoria de Shakespeare? Hubo un silencio. Después dijo:

—He escrito una biografía novelada que mereció el desdén de la crítica y algún éxito comercial en los Estados Unidos y en las colonias. Creo que es todo. Le he prevenido que mi don no es un sinecuro. Sigo a la espera de su respuesta. Me quedé pensando. ¿No había consagrado yo mi vida, no menos incolora que extraña, a la busca de Shakespeare? ¿No era justo que al fin de la jornada diera con él?

Dije, articulando bien cada palabra:

—Acepto la memoria de Shakespeare.

Algo, sin duda, aconteció, pero no lo sentí.

Apenas un principio de fatiga, acaso imaginaria.

Recuerdo claramente que Thorpe me dijo:

—La memoria ya ha entrado en su conciencia, pero hay que descubrirla. Surgirá en los sueños, en la vigilia, al volver las hojas de un libro o al doblar una esquina. No se impaciente usted, no invente recuerdos. El azar puede favorecerlo o demorarlo, según su misterioso modo. A medida que yo vaya olvidando, usted recordará. No le prometo un plazo.

La memoria de Shakespeare

Lo que quedaba de la noche lo dedicamos a discutir el carácter de Shylock. Me abstuve de indagar si Shakespeare había tenido trato personal con judíos. No quise que Thorpe imaginara que yo lo sometía a una prueba. Comprobé, no sé si con alivio o con inquietud, que sus opiniones eran tan académicas y tan convencionales como las mías.

A pesar de la vigilia anterior, casi no dormí la noche siguiente. Decubrí, como tantas otras veces, que era un cobarde. Por el temor de ser defraudado, no me entregué a la generosa esperanza. Quise pensar que era ilusorio el presente de Thorpe. Irresistiblemente, la esperanza prevaleció. Shakespeare sería mío, como nadie lo fue de nadie, ni en el amor, ni en la amistad, ni siquiera en el odio. De algún modo yo sería Shakespeare. No escribiría las tragedias ni los intrincados sonetos, pero recordaría el instante en que me fueron reveladas las brujas, que también son las parcas, y aquel otro en que me fueron dadas las vastas líneas:

And shake the yoke of inauspicious stars.

From this worldweary flesh.

Recordaría a Anne Hathaway como recuerdo a aquella mujer, ya madura, que me enseñó el amor en un departamento de Lübeck, hace tantos años. (Traté de recordarla y sólo pude recobrar el empapelado, que era amarillo, y la claridad que venía de la ventana. Este primer fracaso hubiera debido anticiparme los otros).

Yo había postulado que las imágenes de la prodigiosa memoria serían, ante todo, visuales. Tal no fue el hecho. Días después, al afeitarme, pronuncié ante el espejo unas palabras que me extrañaron y que pertenecían, como un colega me indicó, al A, B, C, de Chaucer. Una tarde, al salir del Museo Británico, silbó una melodía muy simple que no había oído nunca.

Ya habrá advertido el lector el rasgo común de esas primeras revelaciones de una memoria que era, pese al esplendor de algunas metáforas, harto más auditiva que visual.

De Quincey afirma que el cerebro del hombre es un palimpsesto. Cada nueva escritura cubre la escritura anterior y es cubierta por la que sigue, pero la todopode-

rosa memoria puede exhumar cualquier impresión, por momentánea que haya sido, si le dan el estímulo suficiente. A juzgar por su testamento, no había un solo libro, ni siquiera la Biblia, en casa de Shakespeare, pero nadie ignora las obras que frecuentó. Chaucer, Gower, Spencer, Christopher Marlowe, La Crónica de Holinshed, el Montaigne de Florio, el Plutarco de North. Yo poseía de manera latente la memoria de Shakespeare; la lectura, es decir la relectura, de esos viejos volúmenes sería el estímulo que buscaba. Releí también los sonetos, que son su obra más inmediata. Di alguna vez con la explicación o con muchas explicaciones. Los buenos versos imponen la lectura en voz alta; al cabo de unos días recobré sin esfuerzo las erres ásperas y las vocales abiertas del siglo dieciséis.

Escribí en la *Zeitschrift für germanische Philologie* que el soneto 127 se refería a la memorable derrota de la Armada Invencible. No recordé que Samuel Butler, en 1899, ya había formulado esa tesis.

Una visita a Stratford-on-Avon fue, previsiblemente, estéril.

Después advino la transformación gradual de mis sueños. No me fueron depuradas, como a De Quincey, pesadillas espléndidas, ni piadosas visiones alegóricas, a la manera de su maestro, Jean Paul. Rostros y habitaciones desconocidas entraron en mis noches. El primer rostro que identifiqué fue el de Chapman; después, el de Ben Jonson y el de un vecino del poeta, que no figura en las biografías, pero que Shakespeare vería con frecuencia.

Quien adquiere una enciclopedia no adquiere cada línea, cada párrafo, cada página y cada grabado; adquiere la mera posibilidad de conocer alguna de esas cosas. Si ello acontece con un ente concreto y relativamente sencillo, dado el orden alfabético de las partes ¿qué no acontecerá con un ente abstracto y variable, *ondoyant et divers*, como la mágica memoria de un muerto?

A nadie le está dado abarcar en un solo instante la plenitud de su pasado. Ni a Shakespeare, que yo sepa, ni a mí, que fui su parcial heredero, nos depararon ese don. La memoria del hombre no es una suma; es un desorden de posibilidades indefini-

das. San Agustín, si no me engaño, habla de los palacios y cavernas de la memoria. La segunda metáfora es la más justa. En esa cavernas entré.

Como la nuestra, la memoria de Shakespeare incluía zonas, grandes zonas de sombra rechazadas voluntariamente por él. No sin algún escándalo recordé que Ben Jonson le hacía recitar hexámetro latinos y griegos y que el oído, el incomparable oído de Shakespeare, solía equivocarse una cantidad, entre la risotada de los colegas.

Conocí estados de ventura y de sombra que trascienden la común experiencia humana. Sin que yo lo supiera, la larga y estu- diosa soledad me había preparado para la dócil recepción del milagro.

Al cabo de unos treinta días, la memoria del muerto me animaba. Durante una semana de curiosa felicidad, casi creí ser Shakespeare. La obra se renovó para mí. Sé que la luna, para Shakespeare, era menos la luna que Diana y menos Diana que esa oscura palabra que se demora: *moon*. Otro descubrimiento anoté. Las aparentes negligencias de Shakespeare, esas *absence dans l'infini* de que apologeticamente habla Hugo, fueron deliberadas. Shakespeare las toleró o intercaló, para que su discurso, destinado a la escena, pareciera espontáneo y no demasiado pulido y artificial (*nicht allzu glatt und gekünstelt*). Esa misma razón lo movió a mezclar sus metáforas:

my way of life

Is fall'n into the sear, the yellow leaf.

Una mañana discerní una culpa en el fondo de su memoria. No traté de definirla; Shakespeare lo ha hecho para siempre. Básteme declarar que esa culpa nada tenía en común con la perversión.

Comprendí que las tres facultades del alma humana, memoria, entendimiento y voluntad, no son una ficción escolástica. La memoria de Shakespeare no podía revelarme otra cosa que las circunstancias de Shakespeare. Es evidente que éstas no constituyen la singularidad del poeta; lo que importa es la obra que ejecutó con ese material deleznable.

Ingenualmente, yo había premeditado, como Thorpe, una biografía. No tardé en descubrir que ese género literario requiere condiciones de escritor que ciertamente no son mías. No sé narrar. No sé narrar mi



propia historia, que es hartos más extraordinaria que la de Shakespeare. Además, ese libro sería inútil. El azar o el destino dieron a Shakespeare las triviales cosas terribles que todo hombre conoce; él supo transmutarlas en fábulas, en personajes mucho más vívidos que el hombre gris que los soñó, en versos que no dejarán caer las generaciones, en música verbal. ¿A qué destejer esa red, a qué mirar la torre, a qué reducir a las módicas proporciones de una biografía documental o de una novela realista el sonido y la furia de *Macbeth*?

Goethe constituye, según se sabe, el culto oficial de Alemania; más íntimo es el culto de Shakespeare, que profesamos no sin nostalgia. (En Inglaterra, Shakespeare, que tan lejano está de los ingleses, constituye el culto oficial; el libro de Inglaterra es la Biblia.)

En la primera etapa de la aventura sentí la dicha de ser Shakespeare; en la postrema, la opresión y el terror. Al principio las dos memorias no mezclaban sus aguas. Con el tiempo, el gran río de Shakespeare amenazó, y casi anegó, mi modesto caudal. Advertí con temor que estaba olvidando la lengua de mis padres. Ya que la identidad personal se basa en la memoria, temí por mi razón.

Mis amigos venían a visitarme; me asombró que no percibieran que estaba en el infierno.

Empecé a no entender las cotidianas cosas que me rodeaban (*die alltägliche Umwelt*). Cierta mañana me perdí entre grandes formas de hierro, de madera y de cristal. Me aturdieron silbatos y clamores. Tardé un instante, que pudo parecerme infinito, en reconocer las máquinas y los vagones de la estación de Bremen.

A medida que transcurren los años, todo hombre está obligado a sobrellevar la creciente carga de su memoria. Dos me agobiaban, confundidos a veces: la mía y la del otro, inabarcable.

Todas las cosas quieren perseverar en su ser, ha escrito Spinoza. La piedra quiere ser una piedra, el tigre un tigre, yo quería volver a ser Hermann Soergel.

He olvidado la fecha en que decidí liberarme. Di con el método más fácil. En el teléfono marqué números al azar. Voces de niño o de mujer contestaban. Pensé que

mi deber era respetarlas. Di, al fin, con una voz culta de hombre. Le dije:

—¿Quieres la memoria de Shakespeare? Sé que lo que te ofrezco es muy grave. Piénsalo bien.

Una voz incrédula replicó:

—Afrontaré ese riesgo. Acepto la memoria de Shakespeare. Declaré las condiciones del don. Paradójicamente, sentía a la vez nostalgia del libro que yo hubiera debido escribir y que me fue vedado escribir y el temor de que el huesped, el espectro, no me dejara nunca.

Colgué el tubo y repetí como una esperanza estas resignadas palabras:

Simply the thing I am shall make me live.

Yo había imaginado disciplinas para despertar la antigua memoria; hube de buscar otras para borrarla. Una de tantas fue el estudio de la mitología de William Blake, discípulo rebelde de Swedenborg. Comprobé que era menos compleja que complicada.

Ese y otros caminos fueron inútiles: todos me llevaban a Shakespeare.

Di al fin con la única solución para poblar la espera: la estricta y vasta música. Bach.

P. S. 1924. Ya soy un hombre entre los hombres. En la vigilia soy el profesor emérito Hermann Soergel, que manejo un fichero y que redacta trivialidades eruditas, pero en el alba sé, alguna vez, que el que sueña es el otro. De tarde en tarde me sorprenden pequeñas y fugaces memorias que acaso son auténticas.

Cine



Vicente
Molina Foix



Susan Sontag (izquierda) dirige a los protagonistas de su película *Excursión sin guía*.

Cine y literatura, matrimonio de razón

En los años 60, cuando el mundo nos pareció a todos núbil y moldeable, también los escritores, pese a su natural contrito, se vieron a sí mismos ilimitados. Pasolini y Duras, Jesús Fernández Santos, Robbe-Grillet, Kluge, Sontag, son los nombres más célebres de los que, abandonando a ratos la pluma en el plumier, confiaron en que el cine podía ser una extremidad más del cuerpo de las artes. Muerto el que con más independencia combatió y extendió lo cinematográfico, el resto ha seguido — con nuevos reclutados: Handke, Del Amo, Pinter — explorando desde el fondo nutricio de sus literaturas las leyes y mandatos de la industria del ci-

ne. Susan Sontag, que estuvo el mes pasado en Santander hablando de novelas y mostrando un film suyo, es a mi juicio el retoño más lúcido de esas bodas civiles entre imagen y palabra.

Provocadoramente, Guillermo Cabrera Infante y quien firma estas líneas habían titulado el seminario de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo que se les había encomendado, «Cine y literatura: ¿hijos o amantes?», y algunos cursillistas exigieron respuesta en los actos finales a la interrogación. Que el cine es un *hijo* no reviste la menor duda, pues todas las artes narrativas y temporales poseen un carácter filial, hijas de los romances y las leyendas épicas contadas por las conciencias primitivas de Occidente. Más dudosa resulta su condición de amante de la literatura. El cine, que nació co-

mo un desarrollo espacial de la fotografía, eligió en sus comienzos las formas imitadas de la caja escénica, se fijó en la novela cuando Griffith nos enseñó a movernos con la cámara, y raras pero intensas veces ha pensado en verso. El cine podría ser —y ésa es mi respuesta— mujer fiel, cortesana e incluso alcahuete de la literatura, si la industria le deja.

Hay escritores que han soñado el cine o han trabajado en él para escapar precisamente del marco sedentario de la letra impresa. Los vanguardistas franceses y españoles de los años 20, que sólo querían ver en él una linterna mágica. Cabrera Infante, como ejemplo cercano, que escribe literariamente y piensa cinematográficamente. O Robbe-Grillet, que es de los novelistas modernos el que más rotundamente

traduce en imágenes las elaboradas fantasías eróticas que sus novelas insinúan sólo con adjetivos (por eso, dicho sea de paso, son mejores, más sutiles e imaginativas, las segundas). Juan Gil-Albert, que ha tenido con el cine la relación de amor/odio propia de un buen hijo del siglo, afirma en su contribución santanderina: «la buena literatura es poco fotográfica y, casi diría yo, que absolutamente antifotogénica. Los personajes de Stendhal no suelen tener una forma de nariz determinada, y lo mismo le ocurre a su *acción*, que es siempre para leída, para imaginada, nunca para vista; si se la hace visible se atenta contra su realidad».

Yo creo indiscutible que existe una *realidad* imaginaria, hecha de abstracciones, que es del reino de la literatura (Sontag, por ejemplo, reivindicó la *duración* como elemento que el cine podría asimilar de la novela; hoy día los formatos standard que imponen distribuidores y exhibidores impiden prácticamente el desarrollo de un relato superior a las dos horas). El cine, sin embargo, puede llegar a conquistar ese reino, aunque sea a través de los «grandes relatos» de la televisión, otro medio filial. Pero lo que algunos escritores pretenden, ahora que el cine parece haber andado el camino que un día pareció tan arduo del lenguaje comunicativo y la mimesis, es volver al brillo inefable del poema.

Cuando el *cine de prosa* (que dijo Pasolini) llena nuestras pantallas con nombres y películas a veces de indiscutible calidad, el francotirador y el *literato* (que no tiene por qué ser escritor: Gutiérrez Aragón sería uno de ellos) luchan por preservar el espacio de lo mínimo y lo oblicuo, de una poética cinematográfica expresada en panorámicas y planos generales. Sontag, entre alarmada y optimista, anunció en Santander que el día en que el público pueda elegir entre el *soneto* cinematográfico de sólo 14 líneas o segundos y la saga de 15 horas, literatura y cine podrán ya divorciarse como buenos amigos y separando bienes.

Recomendamos

En este inicio de temporada anodino en el que, por ejemplo, ninguna película española de fuste aparece en cartel, se recuerda que «El espíritu de la colmena», el clásico más claro del cine español vivo, se repone en todo el territorio. A su lado, la deliciosa comedia de costumbres ecológicas «Un tipo genial» («Local Hero»), que introduce en España a un director escocés, Bill Forsyth, para muchos el talento más firme de la despoblada industria cinematográfica británica.

CEDOC



Alberto
Fernández Torres

Dos o tres cosas sobre la revista

Se ha dicho y repetido, con excesivo apresuramiento, que la revista es el único género, dentro del mercado teatral español, que no ha conocido la crisis de espectadores que a éste le afecta — con zigzags más o menos acusados— desde el inicio de la transición política. En realidad, lo cierto es que, al menos en Madrid, la oferta se ha reducido paulatinamente a dos o tres locales, y que el sostenimiento de las recaudaciones diarias de éstos se ha debido esencialmente a un incremento del precio de las localidades. No obstante, lo que no admite duda es que, al revés que en otras salas especializadas en otros géneros dramáticos, ese incremento del precio de la butaca sí ha llevado a un aumento de la recaudación y no a su estricto mantenimiento o —en ocasiones— reducción.

Y esto es así porque el público de las revistas constituye un segmento muy específico y prácticamente autónomo de la demanda teatral. De la misma manera que no se suele tener en cuenta los espectáculos de revista a la hora de valorar el estado de la oferta teatral, tampoco hay apenas comunicación entre el público de las salas de revista y el resto de los espectadores teatrales.

En realidad, no es de extrañar que la revista haya permanecido relativamente al margen —o más a cubierto— de la crisis teatral. Buena parte de ésta es fruto de la incapacidad de la producción teatral española para dar lugar a espectáculos comprometidos con la realidad presente y para renovarse (o incorporar nuevas tendencias) estéticamente. Sin embargo, la revista vive estos problemas de manera muy diferente.

En efecto, en primer lugar la revista es siempre igual a sí misma. Tiene una estructura fija y de escasos cimientos. No necesita un «aggiornamento» especial. Su público es fiel, entre otras cosas porque sabe que la revista nunca le depara sorpresas. Conoce de antemano lo que va a recibir a cambio de

sus mil pesetas. Si esto es así desde el punto de vista temático, también lo es —en segundo lugar— desde el punto de vista estético. La revista —generalmente— se limita a incorporar de cuando en cuando a sus números elementos de lo que se conoce como «cultura de masas». Ese es el único retoque formal que, desde el punto de vista de la escenografía o la coreografía, precisa.

De ahí que la estabilidad económica de la revista se vea en el fondo más amenazada por la restricción de los gastos de ocio que impone la crisis económica a los trabajadores y empleados, que por la supuesta «crisis del teatro». De ahí, igualmente, que cada espectáculo de revista tienda a permanecer mucho tiempo en cartel. En primer lugar, porque son montajes caros, que precisan un periodo de amortización superior, por lo general, al de una comedia convencional. En segundo lugar, porque el espectáculo que los sustituirá es, en última instancia, idéntico a los an-

teriores. Y, en tercer lugar, porque la revista es un espectáculo que se presta a ser consumido varias veces por un mismo espectador.

Así es. La revista es siempre igual a sí misma, pero cada representación de un montaje de revista es diferente. La estructura fija y de escasos cimientos a la que anteriormente nos referimos permite un amplio margen de improvisación, «morilleo» y cambios sobre la marcha a los actores. Por ello, volver a ver una revista siempre tiene un cierto atractivo.

Lo que resulta levemente desconcertante es que se trate de un género tan poco utilizado por los sectores más innovadores del teatro español. Cabe recordar aquí que, tras el 25 de abril portugués, las revistas que se estrenaban en el país vecino incorporaban gustosamente referencias muy concretas a la situación política que vivía el país, con una eficacia mucho mayor que la de muchos montajes pretendidamente más analíticos. Por otro lado, la facilidad



de improvisación que ofrece la revista, el hecho de que los números musicales no guarden en ningún momento sujeción alguna al argumento vodevilésco que desarrolla y la incorporación de formas populistas y de subgénero que lleva a cabo le hace especialmente proclive a albergar proyectos progresistas. En nuestro país, tan solo algunos grupos de teatro independiente, amén de algunos otros proyectos aislados, han intentado incorporar eventualmente a su trabajo rasgos de la revista (por el contrario, si de otros géneros teatrales musicales, lo que no resulta precisamente casual y habla mucho en favor de la aportación que supone en un texto dramático un conjunto de canciones bien pergeñado).

La temporada teatral 83-84 se ha abierto, en relación con estas cuestiones, de la mano de dos noticias sintomáticas. La primera, que el último montaje de Lina Morgan —«¡Vaya par de gemelas!»— va a dejar paso en breve a un «alter ego» tras meses y meses en cartel. La segunda, que un local madrileño que alberga habitualmente espectáculos de revista —el Calderón— ha sido escenario del estreno de un espectáculo musical dirigido por Adolfo Marsillach: «Mata Hari». Ojalá que cunda el ejemplo.

Recomendamos

«Mata Hari» Teatro Calderón. Madrid. Un espectáculo musical de Adolfo Marsillach, interpretado por Concha Velasco, en uno de los locales reservados habitualmente a la revista. La experiencia, por lo insólito, resulta interesante por demás.



Teatro en España: Un análisis autocrítico

Miguel Bilbatúa

Hace más de quince años, en junio de 1966, la revista *Cuadernos para el Diálogo* publicaba un número extraordinario dedicado a la situación del teatro en España. Un artículo con mi firma, *El teatro, artículo de consumo*, abría y nucleaba este número que, por lo leído posteriormente, se ha convertido en cita obligada para los estudiosos del teatro en España en los inicios de la segunda mitad de este siglo. El interés de tal artículo, si alguno tenía, estribaba simplemente en que mostraba, con ayuda de gráficos y datos estadísticos, que la comunicación permanente entre espectáculo y espectador sólo se ofrecía, en el conjunto del estado español, dentro de un área geográfica que no abarcaba los diez kilómetros cuadrados. El resto era un vacío teatral. Un vacío sólo rellanado esporádicamente por las giras comerciales, los beneméritos circuitos independientes, entonces casi inexistentes, y los veraniegos Festivales de España. Sólo a partir de esta distorsionada y famélica oferta teatral podrían comprenderse las restantes distorsiones que configuraban el retrato del hecho teatral en nuestro país.

Quince años después este dato básico se mantiene inalterado. Muchas cosas han cambiado, pero el problema fundamental sigue siendo el mismo, porque idéntico es el dato básico: la inexistencia de una estructura material que permita, siquiera, la adecuación entre una oferta potencial y una demanda potencial. Quince años después la pregunta sigue siendo la misma. Pero las respuestas no

pueden ser las mismas. Muchas cosas han cambiado.

Siempre que aceptemos, claro está, un planteamiento previo. Porque, hace quince años, y ahora, algunos ofrecen una respuesta que elimina el problema: el teatro es un cadáver y sólo queda enterrarlo. Entonces sólo cabe discutir sobre las ventajas de la eutanasia frente a la muerte natural. Sin embargo, en el teatro, como en el caso de los conciertos musicales, la mediación actor y espacio escénico es tan única e insustituible que la desaparición del teatro supondría una grave pérdida cultural.

Lo que no ha cambiado

Muchas cosas han cambiado en estos quince años. Pero otras muchas, no. O, simplemente, han acentuado sus rasgos. Por ejemplo, el creciente incremento de los costos del espectáculo. Y ello no sólo por el aumento del costo de la vida. Fundamentalmente, porque el público exige al espectáculo teatral, hoy, una dignidad que antes no existía. Ni en la más mísera escena comercial se admitirían en la actualidad los decorados y el vestuario de hace treinta años. Los costos se han disparado porque el espectáculo teatral se ha ennoblecido. Pero no sólo por eso. También, porque la ausencia de compañías fijas, de repertorio, de seguridad en el empleo, hace que el cálculo de amortización de una puesta en escena deba fundarse en un tiempo cortísimo. También, y hay cosas que no han cambiado, porque la propiedad privada de los locales teatrales, los tristemente famosos empresarios de local, acrecienta notablemente los costos. Es decir, el incremento de los costos de producción tiene aspectos positivos, el primero, y aspectos que no son sino el resultado de una mala estructura productiva.

Debido a este incremento de los costos se ha acrecentado en estos quince años el riesgo del empresario productor privado. Pocos quedan. La respuesta de las compañías cooperativas no es sino un mal parche, forzado por la supervivencia. La respuesta al problema sólo puede venir por la conjugación de dos factores: compañías estables de repertorio y oferta de locales amplia y sin el costo añadido de los beneficios del empresario de local. Pero ello exige una nueva política teatral que comienza por la consideración del teatro como «servicio público».

Lo que ha cambiado

En estos quince años muchas cosas han cambiado. Hemos asistido, por ejemplo, al derrumbe del mito de los «nuevos autores». No fui su defensor. La línea de

la colección *Libros de Teatro*, de Edicusa, los prólogos a los mismos, sirven de prueba. Sin embargo, gran parte de la crítica de izquierda sí tiene que justificar este fracaso, pues es una muestra de su incongruencia teórica e ideológica. Su miopía les llevó a propiciar, a través de premios inútiles, un teatro simbólico (para salvar la censura) que se creía operativamente político. El leve soplo de la transición lo borró. Y la escena española se quedó sin autores.

Como se quedó sin teatro independiente. Nunca negaremos el sacrificio de sus componentes. Pero jamás podremos aprobar que intentaran convertir en virtud lo que era simple necesidad. El teatro independiente se mantuvo mientras subsistió su necesidad religiosa. Hacer política allí donde la política era ineficaz, porque se trataba simplemente de reunir a la congregación de los impotentes fieles de la democracia. Pero el gran fracaso de las gentes del teatro independiente no procede de su carácter político-religioso, sino de su mediocridad técnica. En el momento en que faltó la coartada religioso-política se vio su incapacidad que les impedía competir con cualquier compañía profesional. De aquellos barrotes proceden los lodos de actuales modas. Por ejemplo, la moda de lo *parateatral*, como nuevo sustituto del teatro que no se sabe hacer. Basta con ver la programación de los Festivales de Teatro que proliferan en los municipios regentados por la izquierda, y cuya asesoría teatral se encuentra en manos de los programadores del antiguo teatro independiente. Nadie reconoce su fracaso.

Reconozcamos, pues, el nuestro. Apostamos, siempre, por un teatro considerado como servicio público, funda-

mentado en una descentralización que incorporaba el teatro y otros elementos artísticos y culturales a una red de servicios promovidos por la administración en sus distintos ámbitos. Nada de ello se ha cumplido. ¿En qué se diferencia el funcionamiento del Teatro Nacional María Guerrero o el Teatro Español —para dejarlo más claro: ahora, y cuando la administración central estaba en manos de UCD y la municipal madrileña en manos de la izquierda— de los tiempos del franquismo? En nada. Pero, ¿dónde están los Centros Dramáticos Regionales, dónde las Casas de Cultura que los acogieran, dónde los circuitos municipales? Brillan todos por su ausencia.

Y sin embargo...

Y, sin embargo, si partimos de que el teatro, como el concierto musical, es un hecho cultural insustituible que debe sobrevivir tenemos que resolver estos problemas desde la nueva situación creada. Resolver los problemas básicos: oferta de locales; potenciación de los existentes; creación de compañías estables subvencionadas a través de conciertos renovables periódicamente tras un control, artístico y económico, de sus resultados; creación de una demanda teatral a través de los centros de educación, de las empresas, de los medios de comunicación, etc.

Pero, también, tener en cuenta la nueva organización del Estado. En un Estado de las Autonomías, las transferencias a las comunidades recaen en gran medida en este campo. Es necesario redefinir la función de la Dirección General de Música y Teatro, pero ¿están las comunidades autónomas en condiciones de realizar una política teatral adecuada? Por ejemplo, la madrileña —donde se encuentra la mayor parte de la actividad profesional —¿tiene definida una política en este campo? No lo parece. Y las demás comunidades, ¿no están buscando, en el mejor de los casos, pomposos organismos abocados al fracaso? ¿Con qué profesionales de la tierra se puede crear un Centro Dramático en Badajoz, Mallorca o Murcia? Se repetirán heroicos fracasos. Dentro de quince años habrá que escribir el mismo artículo.

Pero no sólo es esto: ¿Sirve este modelo en los actuales momentos de crisis económica? En los países teatralmente más avanzados, al menos organizativamente, se lo están replanteando. La crisis de las Casas de Cultura, en Francia, es un ejemplo. Los rasgos iniciales de crisis de espectadores a través de organizaciones colectivas que se observa en la RDA, es otro. Mientras tanto aquí seguimos anclados en el pasado. Sin una discusión colectiva. Ojalá estas líneas sirvan para una réplica.



Angel González García



Pierre Bonnard (1867-1947) *Angulo de mesa*.

¡Sálvese quien pueda!

O la pintura sazona con el calor o eso que se llama la *temporada artística* y se anuncia siempre con insensato alborozo viene a ser, poco más o menos, como la «cocina de mercado»: una redundancia.

Distingamos, eso sí, aunque sin convicción, entre las exposiciones oficiales o institucionales y las *de mercado*.

Hace muy poco, decía Luis Gordillo por televisión (*¿La edad de oro?*) que pecan de optimistas o de ingenuos los que juzgan saludable, próspero incluso, el estado de nuestra pintura, y no le faltan razones para decirlo. ¡Lástima que luego arruinara el efecto de una objeción tan razonable mascullando no sé qué sobre su presunta responsabilidad en el destino de la pintura de los años setenta! Ya va siendo hora de que alguien, compasivo o justo, descargue o consuele a Gordillo de esa responsabilidad abrumadora recordándole aquel aforismo de Karl Kraus: «Hay imitadores antecedentes a los originales. Cuando dos tienen una idea, no pertenece ésta al primero que la tuvo, sino al que la tiene mejor».



Pero *razones* no es, tal vez la palabra que mejor conviene al caso; *ocasiones* me parece mucho más adecuada. Y ocasiones tampoco han faltado.

Todo empezó con algunas exposiciones colectivas y programáticas, que ahora parecen ya institucionalizadas con un oscuro propósito; porque, ciertamente, ¿qué es lo que se pretende con su reiteración: competir con las exposiciones genuinamente institucionales, emular a las fracciones «post-vanguardistas» que hoy dominan el mercado europeo, afrontar en orden de batalla la belicosa autoridad de los «maestros» locales, dignificar la práctica de la pintura, fundar un sindicato de pintores o compadecerse de los más desamparados?

Esto último, según yo entiendo. Porque, si aquellas primeras exposiciones se proponían cortar por lo sano, estas otras son casi una apología de la enfermedad. Pintores hay en ellas que sólo se sostienen gracias a la fortaleza de cuatro o cinco, especie de guardia pretoriana de una descabellada operación de desembarco en el mercado artístico internacional; tanto más descabellada, cuanto que dice a veces querer repetir otra desastrosa; la que se intentó con la pintura de los sesenta.

Si existen ya cuatro o cinco pintores fuertes, ¿por qué encadenarlos a veinte o treinta que por su juventud o su torpeza no pasan de mediocres? Y además, ¿qué habrían de sacar éstos de la tutela de aquéllos? En cuestiones de pintura más vale un *¡sálvese quien pueda!* que cien *¡a mí la legión!*

Claro está que no hay modo de ponerse de acuerdo en la identidad de esos cuatro o cinco, o los que sean, que no serán, sin duda, muchos más; pero la multiplicación de la apuesta en una misma jugada no revela prudencia en el jugador, ni siquiera astucia, sino pura y simple debilidad. Constituye una pervisión crítica; un desvío costoso e inútil; el legítimo pretexto para decepcionarse amargamente del estado de la pintura en España.

El éxito, aparente al menos, de algunas de las formaciones colectivas aparecidas en los últimos cien años, como el cubismo o la escuela de Nueva York, sigue obsesionando a los pintores y a los críticos, a pesar de las connotaciones ingenuamente vanguardistas de esa ideología asociativa y a pesar de la incontestable singularidad que se manifiesta escandalosamente en las obras de los más grandes pintores de este siglo. En las de Pierre Bonnard, por ejemplo, tal y como puede verse en las salas de la Fundación Juan March. Ellas son, en efecto, un testimonio magnífico de las penosas complicaciones que al pintor puede traerle la asociación prematura o sectaria con otros de su cuerda, y al mismo tiempo, testimonio de los beneficios que, por el contrario, le reportará probablemente la afirmación

solitaria de la singularidad de su pintura.

Volver a sostener, obcecada y violentamente, la propia singularidad parece, en definitiva, el único modo de evitar el extravío perverso de todas esas exposiciones colectivas que venimos sufriendo desde hace cuatro años y amenazan con arrasar lo que nos queda de pintura. *¡Sálvese, pues, quien pueda!*

Recomendamos

- Pierre Bonnard, *Fundación Juan March, Madrid.*
- Roberto Matta, *Palacio de Velázquez del Retiro, Madrid.*
- Tendencias en Nueva York, *Palacio de Cristal del Retiro, Madrid.*
- Claudio de Lorena, *Museo del Prado, Madrid.*
- Carlos Alcolea, *Galería Cien-to, Barcelona.*



Alvaro del Amo

Cuarteto de cuerda Tokyo

Joseph Haydn, *Cuartetos prusianos*. Cuarteto de cuerda Tokyo, álbum de tres discos, Deutsche Grammophon.

Béla Bartók, *Los seis cuartetos*. Cuarteto de cuerda Tokyo, álbum de tres discos, Deutsche Grammophon.

El Cuarteto de cuerda Tokyo, que toca de maravilla, ofrece versiones que bien pueden calificarse de magistrales de dos autores, de dos músicas muy diferentes, complementarias, si somos capaces de creer que el anciano prolonga al niño, la nieve es lógica consecuencia del apunte primaveral y el austero, maduro chaleco brinca sobre la fatigada



panza como la etapa equis de una larga metamorfosis que se había iniciado, más de un siglo antes, en espumosa ropita de bebé.

El Cuarteto de cuerda Tokyo se presenta en dos momentos de la historia del cuarteto de cuerda, dando a cada uno lo suyo, sacando a la superficie lo que se esconde en éste y en aquél; quien se anime a oír, a escuchar, a exponerse, simultánea, sucesivamente, a estas maravillas de Joseph Haydn y de Béla Bartók, de la mano, de la cuerda de este Cuarteto llamado Tokyo, recibirá la inagotable enseñanza de una lección de historia; cuando la historia (a quien no dudo en negarle la mayúscula) se convoca así, un poco abruptamente, arrancando dos páginas distantes, dos hojas alejadas del calendario, comprueba uno, gracias en este caso a unos intérpretes admirables, que lo que se entiende por progreso, avance o evolución no puede explicarse desplegando la lámina que ejemplifica las diferentes etapas del crecimiento del árbol, sino que es preciso glosar alguna de las fórmulas que detallan la síntesis de la condensación. Joseph Haydn (que dio forma al cuarteto de cuerda en el último tramo del siglo XVIII) y Béla Bartók (que logró en el primer tercio del XX una breve colección apoteósica), no se distinguen por la *fecha* y el *estilo*; no es que se encuentren separados, alejados, por el desarrollo de la música. Se trata de una reunión cordial que reúne dos invitados, la abundancia y el resumen; o, si se prefiere, la generosa cosecha de una año inverosímilmente pródigo y las recordadas pepitas de una manzana pequeña y en su punto.

Joseph Haydn compuso más de ochenta cuartetos de cuerda. Béla Bartók, seis.

La media docena de cuartetos «prusianos» de Haydn, opus 50, situada antes de las colecciones «de madurez» (recogidos en un grueso y estupendo volumen por Deutsche Grammophon, a

cargo del Cuarteto Amadeus y ya reseñadas en esta página) demuestra ya, desde el inicio mismo, que el cuarteto de cuerda resulta ideal para la concentración y para la variedad. Dos violines, una viola y un violonchelo, tan similares, tan diferentes, permiten, desde una reducción previa, por decirlo así, la construcción de una grieta por donde penetrar hacia la identificación de los colores de la melancolía, la invención de una regla simple que regula combinaciones interminables de un juego pensado para emular en permanencia al cuento de nunca acabar, la disposición de un rectángulo de la alegría, que, como se sabe, limita al norte con el júbilo sin motivo, al este, con la pared durante veinticinco minutos al día soleada donde se ha instalado un grato rincón para persona amadísima que ha debido perder el penúltimo tren pues se retrasa exageradamente, al oeste con la insistencia y al sur con una serenidad construida con el más resistente, el más incorruptible de los materiales, la mirada.

Las seis dramas de Béla Bartók, desarrollados en otros tantos cuartetos de cuerda, se vislumbran, en los discos de Tokyo, desde la atalaya de Haydn. Apetecería contar con una sabia selección de los cuartetos de Beethoven a cargo de estos músicos, para, teniendo ante sí tres de las grandes cumbres del cuarteto de cuerda, contemplar la «Historia de la Música» como la depuración de una insoportable revelación: la conciencia de la intimidad ha de buscarse, a medida que el progreso se afirma, en más hosca y gélida desolación.

Béla Bartók, a través de sus seis in-

tensos, feroces, concentradísimos dramas, prescinde de varios lujos que Haydn aún se permitía: la respiración acompañada, la tarde que dura un mes, el regodeo en un sentimiento que tiembla prendido con alfileres, la contemplación de una minucia.

Bartók ofrece la sonoridad de unos pulmones que se precipitan desde el jaleo a una súbita parálisis, de una tarde que se esfumó en un segundo, de un sentimiento (el pánico) que aunque a duras penas merece tal nombre vive agazapado y presente (como si los alfileres se hubieran desprendido con tan mala fortuna que las puntas apuntaran al corazón), la sucesión de un frenesí de minucias que pasan ante nuestra vista con una velocidad, nunca mejor dicho, de vértigo.

El Cuarteto Tokyo, delicado y terrible, con la exquisitez del acuarelista y el nítido zarpazo que la angustia proporciona cuando se sujetan sus temblores, compone dos entregas culminantes del cuarteto de cuerda regalándonos la difícil certeza de que un día conoceremos el drama de Haydn y el siguiente, o el anterior, las delicias de Bartók. Muchísimas gracias por todo.

Recomendamos

La firma Polydor (Deutsche Grammophon, Decca y Philips) brinda en su oferta de otoño «el mayor catálogo de Ópera jamás presentado» con una serie de novedades absolutas que van desde la *Beggar's Opera*, de John Gay, hasta el *Lear* de Reimann. Una oferta verdaderamente interesante.



Béla Bartók
(1881-1945).



Rafael Gómez

Los olvidados

The Residents: Comercial Album.
Phil Manzanera: 801. Listen Now.

Sólo una pequeña parte del número de discos editados por las casas discográficas constituye negocio. Otra parte se limita a cubrir gastos y la gran mayoría son ruinosos. Curiosamente, entre estos discos ruinosos suelen estar los mejores que han salido al mercado. Hay una explicación a esto de que no se vendan en general los mejores discos, de que no sean negocio. Los que toman las decisiones en las empresas discográficas, ni saben ni les gusta la música, o al menos el rock. El gran público al que van destinados los discos es mayoritariamente joven. Parecería normal que las personas que mejor conocen las demandas del mercado sintonizaran con sus potenciales compradores. Pues no. Basta ver aparecer en la portada de un disco a tíos raros o claveteados para que el director comercial se le haga la boca agua pensando en las succulentas torturas por las que tendrían que pasar esos «músicos» si cayesen en sus manos. Y el disco puede que no se edite. Y si consigue salir al mercado, tiene que pasar por el último tamiz: la promoción. El consumidor tiene que enterarse de que un disco está en la calle. Para eso la compañía debe hacer un esfuerzo en prensa, radio, televisión... Discos que podían haber funcionado son cortados de raíz nada más nacer.

Toda esta discusión viene a cuento de los dos discos que comentamos. De momento no los busques en ninguna tienda, ni siquiera especializada. No existen. El álbum de los Residents porque no se ha editado en España. El de Phil Manzanera porque está descatalogado.

Del disco de los Residents se pueden decir dos cosas. Una, que es muy raro. La segunda, que muy pocas veces sucede que pones un nuevo álbum en tu to-

cadiscos y te quedas alucinado con lo que escuchas, de principio a fin. No tiene desperdicio. Que un L.P. normal aparezca con cuarenta canciones no es usual. Y que la música que encierra sea maravillosa, menos. Pues todo eso es el disco de estos ingleses, que prometo no haber oído nunca antes. No se quiénes son ni qué influencias tienen, ni de dónde han salido. Con que a valiente especialista musical estás leyendo. Pero es igual. Lo importante son los sonidos que estos señoritos consiguen. Y el título del álbum ya es todo un poema: Commercial Album. No entra en los cuarenta principales ni aunque el seleccionador sufra ingestión etílica.

Lo de Manzanera tiene también historia. Lo que son las cosas, se editó en España. Se venderían cincuenta discos con suerte, y pasó rápidamente a dor-

por dónde va el álbum. Eno es un tipo que propone búsquedas constantes, la experimentación como sistema. Trabajando junto a Eno, los resultados son siempre inesperados. Te puedes encontrar con una obra de arte o con una mezcla incongruente. Este disco es de los primeros. Hay una melodía de base y el resto es un experimento de posibilidades. La música parte de unas ideas generales y se va transformando a medida que el músico se enfrenta con las casi ilimitadas posibilidades que ofrece un estudio de grabación.

Y ahora viene el sentido final del artículo. ¿Para qué comentar discos que no encuentras aquí? Bueno, Londres está muy cerca y allí sí ESTÁN. Y más importante: hoy sí existe un público en España que puede hacer rentable estos dos discos. Ahora hace falta que las disco-



Rafa Chirbes

El cachorro del eterno retorno

Cierto amigo mío está convencido de que, en su primera vida, fue sufrido cerdo en el castillo de cierto marqués. Su muerte —cómo puede suponer el lector— resultó atroz. Acuchillado por los siervos de tal marqués, hubo de verse primero asado y más tarde devorado, durante el banquete que siguió a un torneo. En su segunda reencarnación, tuvo más suerte: nació niña, fue mujer, y danzó «El lago de los cisnes» en el Bolshoi de Moscú. Llegó a primera bailarina, aunque el pudor le impide decir el nombre artístico que utilizó por entonces. Hoy es ejecutivo de una multinacional, pero sabe —¡ay!— que, en su próxima estancia sobre la Tierra, volverá a ser cerdo. Irremisiblemente cerdo. De cerdo a cerdo, pasando por un momento de gloria y otro de sombra.

Televisión Española se parece a mi amigo —dos existencias paralelas—, si exceptuamos el minuto de la gloria, e incluso el de sombra. Veamos.

Leí en la prensa que Hermida (Gloria Tibi, Deo!) había decidido abandonar TVE para castigar desde su vientre la radio privada. Confieso que me embargó una discreta emoción. Casi la misma que viví el día en que Iñigo se afeitó el bigote. Uno es inocentemente torpe y está deseando dejarse prender en las redes del cambio. «Se va Hermida», leí. «¡Gaudeamus!», exclamé. Y me puse a encender uno de esos deliciosos Fariás de La Coruña con los que suele obsequiarme el jefe de programación de Prado del Rey, cuando le felicito desde estas corruptas páginas. Había terminado de comer. Hacía calor. Y el aparato prometía «Buenas tardes», puntualizando, en medio de ballet de veleros: «Tarde de verano». De repente, Hermida —más joven y vacilante: un colegial que quiere llegar a ser



mir el sueño de los justos. En promoción no se gastaron ni una paraguaya. Y es otra joyita. Manzanera mantiene aquí la tradición con que naciera Roxy Music, una banda que combinaba el lado experimental con el rock elegante que serviría después a ese Sinatra moderno que es Brian Ferry para hacer de los Roxy su instrumento de expresión. Siempre se ha comentado el curioso paralelismo entre Mick Jagger-Kelvin Richards y Brian Ferry-Phil Manzanera. Jagger y Ferry ponen la cara y son el estandarte de sus grupos, mientras Richards y Manzanera son las verdaderas almas musicales.

El «801» de Manzanera es un disco en solitario, sin sus compañeros de Roxy detrás. Pero el que sí aparece es Brian Eno, que coincide con Manzanera en la primera etapa del grupo. Y eso puede darte antecedentes musicales de

gráficas se animen y los pongan al alcance de los aficionados. ¿Lo harán? ¿Se volverán locos de repente? *Qual-sevol nit post sortir el sol.*

Recomendamos

MICHAEL JACKSON: *Beat it* (maxi-single CBS).

El buen aficionado a la música negra suele renegar del funky. Está cansado de comercialismo y superficialidad, de música sólo válida para discotecas. Michael Jackson hace funky. Y uno tiene que confesar que se le van los pies al sonido de su música. No es Al Green y su música no tiene la calidad del sonido negro de Memphis. Pero es una debilidad, merece la pena escucharle.

Hermida— me saludó, atroz, desde dentro de la caja, vestido con un nuevo seudónimo: uno más, en este baile de disfraces del eterno retorno. Jesús, nuestro Jesusito, ha vuelto a nacer, tal vez en Belén. Se ha hecho adolescente y se llama Pepe Navarro. Hermida no se ha ido. Ha efectuado un misterioso tratamiento en lo de Pitanguy, ha aprobado su bachillerato, y ha cambiado de nombre. Pero es él. A mí no me la da.

Esa carita de niño bueno que finge saber más de lo que dice, lo cual no es mucho, la verdad. Esas cejitas mirando al norte de su cabellera: las mismas que el flaco Stan Laurel ponía, cuando el gordo Oli le reprendía porque había cometido una torpeza. Ese sabor inconfundiblemente americano. Pepe Navarro es Jesús Hermida y Fénix de la Pedantería. La irresistible puerta de Manhattan al alcance de las señoras que comprueban que, con un poquito de Ajax, se queda todo reluciente mientras Felipe cabecea una siesta en el tresillo.

Se ha ido Hermida. Ha llegado Hermida. Y vuelve con una dosis aún mayor de atrevimiento: al busto parlante le han vencido el tórax y las extremidades —sin olvidar lo que se esconde

entre ellas—, porque Pepe, tan español, y sin embargo, tan deliciosamente americano— se pone de pie, pasea, cruza las piernas y se coloca el fondillo del pantalón con el gesto delicado de quien ordena un tesoro escondido entre las rocas de una playa exótica. Malibú, por ejemplo.

Aquí, queridos lectores, es decir, allí, en Prado del Rey, no se larga ni dios. Los eternos fantasmas azules repiten suerte a diario y no hay quien lo impida. Cuando ya las españoladas no se comen un rosco en las pantallas comerciales, y el público pide que, por sesenta duros le den un poquito menos de desvergüenza, TVE nos las vuelve a inyectar, aunque nos cueste una hepatitis. Tuvimos que ver a Rocío Dúrcal — ¡cuánto facherío, Cristo!— con Franco, porque sí, porque queríamos ser su novio y que nuestra novia se pareciera a ella. Tuvimos que ver lo que Pedro Masó desvariaba para bien de su bolsillo, porque no echaban otra en el cine del pueblo. Ahora volvemos a ver «La chica del trébol» y «La miel», bajo el lema de que hay que apoyar el cine nacional. Antes por cocos, y ahora por piedad. Ellos siempre pillan y, a nosotros, siempre nos pillan. Vestidos de smoking y con la Franca presidiendo el estreno, o disfrazados de capullo nacional. He cambiado la justificación teórica. Permanece el eterno desvarío, que no lo es tanto, sino pura victoria de clases. Una vez más, aquí estamos, eternamente cautivos y desarmados, los del eterno ejército rojo.

Ellos han mandado tropecientos años en la tele. En el cine. En la escalera de mi casa. En mi cama. Con socialismo o sin él, por moda o por economía, siguen mandando. ¡Qué guapa Rocío y qué industria cinematográfica, la de nuestro país! Este país de ensueño en el que Julio Iglesias saluda al Rey y, lo que debería ser más grave, el Rey se deja saludar por Julio Iglesias. En el que Julio Iglesias da la mano a Felipe y Felipe se deja dar la mano por Julio Iglesias, mientras en algún lugar de la Península reparan la estatua ecuestre del Caudillo para rendirle honores militares, al margen de toda consideración política. Sólo porque —como todo el orbe reconoce— fue un excelente profesional que ganó una guerra.

Ha vuelto «Cañas y barro». Ha vuelto «Fortunata y Jacinta». Vuelven la Tenaille y la serie «Erase una vez». Además de Hermida, claro está, que, bajo el seudónimo de Pepe Navarro, está dispuesto a permanecer ante nosotros cincuenta años más. Antes de su despedida supuestamente definitiva, espero tener que asistir a la retransmisión en directo de los honores militares al mulo ecuestre, que el Ministro de Defensa, señor don Narciso Serra, debería presidir —y es una modesta opinión particular— por motivos estrictamente profesionales. No me extrañaría que,

muy pronto, la sección cultural de una revista como la nuestra la hiciera Julio Iglesias. Sería lógico, ¿no?, pues algo está cambiando en Prado del Rey y en nuestros corazones.

Recomendamos

Esta es mi tierra. Bellos textos literarios —Carmen Martín Gaité, Barral, Delibes—, para un programa sobre nuestro país sin pasar por los coros y danzas. Como es bueno y riguroso, a muchos no les gusta.



Ana Puértolas

Yo también soy turista

El barco estaba atracando en el muelle de El Pireo. Había agitación en la cubierta: prácticamente todos los pasajeros del crucero (una semana por el mar Egeo, pensión completa, más otra en Estambul con derecho a alojamiento y desayuno, desde 45.000 ptas.) se removían inquietos y consultaban todo tipo de detalles inútiles a los sufridos guías. Despuntaba el alba: Atenas, plana y brillante, se adivinaba más allá del puerto.

Fue entonces cuando escuché con toda claridad la voz del peluquero de Pamplona —uno de los componentes del grupo, alto, de rostro poco afortunado, alborotador, con pretensiones de gracioso de la pandilla, a cuestras siempre con una gruesa cadena de oro en el cuello y una mujer enormemente decorativa y callada en el brazo—. «Creo que aquí hay una cosa muy importan-



te y antigua», señalaba haciendo de improvisado líder, «se llama Corópolis», remató deleitándose en la difícil palabra. La pareja que les acompañaba — una mujer de carnes rotundas, piel exageradamente rosada, mirada decidida, y un cuarentón de eternos ojos húmedos, los dos de Tudela —, se atrevió a insinuar que vale, pero que ellos pensaban hacer unas compras, que las joyas y las pieles, les habían dicho, estaban a muy buen precio. «Nada», replicó el peluquero, seguro en su papel de conductor, «iremos a la Corópolis. No se hable más».

Y fueron.

Todo esto viene a cuento de las fatigas y trabajos del turista, ese personaje vilipendiado, maltratado, que se apunta a un viaje organizado y visita países, ciudades de las que tal vez nunca ha oído hablar, con las que sueña levemente al volver del trabajo, que recrea las largas tardes del domingo, que construye ayudado por los folletos a todo color. Soy turista yo de profesión y vivo rodeada de turistas en potencia o en activo, a los que se les niega el académico título de viajero. Hago en su compañía largas colas ante el mostrador de la compañía aérea, ingiero con la misma dificultad solidaria la terrible comida con que acostumbran a castigarnos en pleno vuelo, como si subir en un avión no fuera de por sí ya una ne-

cesidad heroica, participo apasionada en las discusiones sobre la calidad del hotel que nos ha tocado en suerte o desgracia, sufro todas las penalidades turísticas y me lanzo con el mismo arrojo temerario muy de mañana a la calle desconocida dispuesta a no dejar iglesia sin visitar ni barrio sin recorrer; aborrezco, en fin, a mis obligados compañeros de viaje del mismo modo que ellos llegan a aborrecerme a mí, unidos al fin y al cabo por unos lazos nada sutiles, terriblemente férreos, felizmente pasajeros, como el rito del viaje impone.

Viajo, además sola, como los pretendidos cánones obligan. Me sumerjo en ciudades en un intento inútil de atravesarlas, regateo balbuciente en los mercados tercermundistas, devuelvo la mirada a los oficinistas de la Quinta Avenida, piso una y otra vez, en una caminata cansada y curiosa, las blancas arenas de Copacabana: No dejo nunca de ser turista. Apenas logro avistar la superficie de las cosas, los rostros más indicativos, todo lo más una larga conversación tantas veces encubridora, una relación leve y fugaz. Precisamente porque viajo, porque mi mirada aleja gentes y paisajes, cargada como está de mi propio país, de otros mundos. Imposible pretender arraigar allí donde se está de paso. Habría que renunciar al viaje.

El peluquero de Pamplona, decía, fue una mañana recién nacida a aquel lugar que él llamaba Corópolis. Volvió cargado de joyas recomendadas por los amigos bien informados y una advertible sensación de fatiga. Había visto la Atenas que llevaba dentro, la que reconstruía en las tardes de permanentes algo suaves y cortes al cepillo, agotador peluquero uni-sex. No supo nunca de Pericles y oyó en una ocasión hablar de París. Encontró quizás aún más de lo que buscaba en la antigua ciudad griega cuyo nombre tal vez pueda hoy pronunciar.

Zumbó la sirena del barco anunciando la partida. Pobres, sufridos, felices turistas en viaje permanente a plazo fijo; dos semanas, desde 45.000 ptas., todo incluido. Desde entonces tengo a Atenas en mi corazón.

Recomendamos

Una escapada en octubre a Nueva York, una ciudad más que nunca maravillosa en otoño. Los precios siguen manteniéndose a pesar de la ascensión del dólar. Hay que aprovecharse por si acaso. Por unas 50.000 ptas. ida y vuelta, bien todos los sábados con Spantax y Club de Vacaciones, bien cualquier día de entresemana con la tarifa Mid-week de Iberia.





castalia didáctica

Un nuevo instrumento didáctico
al servicio de los estudiantes
de enseñanza media
para una lectura reflexiva
de las obras literarias

Director: Pedro Alvarez de Miranda

PRIMEROS TITULOS

Pedro Calderón de la Barca:
LA VIDA ES SUEÑO.

Edición a cargo de José M.^a García Martín.

Jorge Manrique:

COPLAS A LA MUERTE DE SU PADRE.

Edición a cargo de Carmen Díaz Castañón.

Federico García Lorca:

LA CASA DE BERNARDA ALBA.

Edición a cargo de Miguel García-Posada.

Miguel de Unamuno:

SAN MANUEL BUENO, MÁRTIR.

Edición a cargo de Joaquín Rubio Tovar.

Antonio Buero Vallejo:

EL TRAGALUZ.

Edición a cargo de José Luis García Barrientos.

LA VIDA DE LAZARILLO DE TORMES.

Edición a cargo de Antonio Rey Hazas.

Luis de Góngora:

ANTOLOGÍA POÉTICA.

Edición a cargo de Antonio Carreira.

Gustavo Adolfo Bécquer:

RIMAS.

Edición a cargo de Mercedes Etreros.



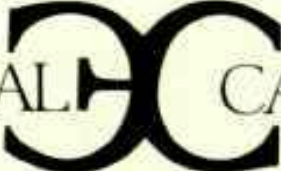
castalia didáctica

JORGE MANRIQUE

Coplas a la muerte de su padre

cuadros
cronológicos,
introducción, texto
íntegro, notas y
llamadas de atención,
documentos,
orientaciones
para el
estudio



EDITORIAL  CASTALIA

Zurbano, 39. MADRID-10. tels. 419 89 40 - 419 58 57

UAB
Biblioteca de Comunicació
i Hemeroteca General
CEDOC

La inocencia aprendida

PABLO SOROZABAL SERRANO

Todo no es un sí. Todo sí es un no. Este sí es no, este no es sí, es una iluminación antigua, prehistórica, en la medida en que la historia —quiero decir: la historia escrita, no la historia como presunto acontecer *real*— suele caer en la contumacia de pretenderse, y presentarse, como unívoca. Es una iluminación que nos legaron los presocráticos, y que conforma la parcela más viva y más fértil de algunos de los libros sagrados de las religiones orientales, del judaísmo y del cristianismo. De labios de Jesucristo oímos una de las paradojas más deslumbradoramente dialécticas que vieron los siglos: «Señor —nótese que interpela a su Padre, que es El mismo— aparta de mí este cáliz». Al lado de esto, la más aguda y sutil paradoja de Oscar Wilde se queda en una cosa tosca y burdamente lineal. Que yo sepa, sólo Marx y Freud han logrado emular, en tiempos modernos, la capacidad y la conciencia dialéctica del Hijo de Dios. Quizá por eso tienen ambos algo de divino, pese a que ninguno de los dos —de los tres— lograron solucionar definitivamente los males de este mundo, todo hay que decirlo.

José Bergamín, al querer irse a la tumba envuelto en una *ikurriña*, nos ha dado una lección de capacidad y conciencia dialécticas demasiado profunda, demasiado luminosa para que los pobladores de España, en buena parte alienados por obra y desgracia de la propaganda —o propagación de la fe— que emana de los pertinentes órganos del Poder, la aprendieran con la inmediatez que fuese deseable.

Bergamín niega a España. Su negación es, empero, una afirmación de la España que niegan aquellos que acuñaron lo de la «anti-España». Hay, pues, un sí en el no, y un no en el sí de Bergamín. No hay, sin embargo, en la negación bergaminiana una pretensión de *Aufhebung*, de superación, probablemente porque la parte más endeble de la dialéctica moderna (hegeliana) radica precisamente en tal pretensión superadora. Bergamín se limita a ne-



UAB
Biblioteca de Comunicació
i Hemeroteca General
CEDOC

Vifeta de Ramón Gaya, *Hora de España*. Agosto, 1937.

gar. La afirmación se halla entañada en la negación, pero no corresponde al que niega explicitar —desentrañar— lo positivo de la negación.

En una época y en una situación política y ética como la nuestra, en la que tantos y tantos intelectuales, confortablemente instalados en lo que el lúcido Alfonso Sastre ha llamado «humanismo navideño», optan no por la utopía sino por lo que bien podríamos denominar una *hietopía* basada en una abstracta, ciega y en modo alguno desinteresada exaltación de la «democracia», José Bergamin, poesía y verdad, ha sabido negar y negarse, como también, a través, siempre, de la negación, ha sabido afirmar y darse.

He dicho en otro lugar que Bergamin, más que un gran poeta —aún siéndolo—, es un gran poético. Hombre poético, metáfora viva, hombre de poesía en acto, en verbo, en espíritu que reniega de la letra, que la niega. No es ningún azar que su ensayo «la decadencia del analfabetismo» constituya una de las mayores iluminaciones dialécticas —paradójicas— de su vida y de su obra. Otra de estas iluminaciones es la de haber querido morir envuelto en la *ikurriña*, y no sólo porque la *ikurriña* ha sido una de las banderas más ultrajadas, perseguidas y humilladas del mundo —y actualmente una de las más amenazadas— sino porque el transfondo revolucionario de la *ikurriña* concreta (ésta y no otra) que ha acompañado a los huesos de Bergamin a su sepultura, entraña, en virtud de ese mismo soplo revolucionario que le da sentido y alma, una negación última de toda bandera, incluida la *ikurriña*. Esto es lo que más me importa y me conmueve, esta implícita negación revolucionaria.

Dice un aforismo de Bergamin: «la ignorancia se aprende, la inocencia se olvida». La vida entera, y la obra, de Bergamin es una parábola de aprendizaje de la inocencia olvidada. No es de extrañar que quienes practican la incivil obediencia al imperialismo se rasguen las vestiduras ante la desobediencia civil practicada por José Bergamin. Y es que el imperialismo es un verdadero transformista, capaz de presentarse bajo los más increíbles disfraces, incluido, y muy especialmente, el de la democracia. Pero hay espíritus puros, espíritus sin letra, como el de Bergamin, capaces de desenmascararlo implacablemente. Por eso desde el Poder se intenta desprestigiar a Bergamin tildándolo de loco senil, de «secuestrado», de atrabiliario dandy y de cobarde (epíteto este último que le dedicara desde la pantalla de TVE, no hace mucho, un escritor fascista).

Pero no importa. Bergamin se ríe, serio como Buster Keaton. Se ríe con la risa en los huesos. Señor del no y el sí, sabio que aprendió la inocencia del espíritu, la sabiduría iletrada, analfabeta, popular e inocente, muy bien podría haber firmado este *dictum* de Alfonso Sastre: «Dejemos las cosas en su sitio, no donde estaban».



Constantino Bértolo Cadenas

José Luis Pardo

José Luis Rodríguez

Esperanza Yllán Calderón

Fanny Rubio

La escritura ética

El riesgo de Clarín, en cuanto escritor, es pasar a la historia de la literatura como autor de un sólo libro: *La Regenta*. Su obra crítica ha merecido en los últimos años una atención «teórica» destacada aunque en la práctica la «higiene» que Alas preconizaba no parece haber sido compartida por el mundillo crítico que continúa, como en el tiempo de D. Leopoldo, caracterizándose por el mutuobombo y el compadreo.

Los cuentos del autor de la mayor

novela de todo el siglo XIX, están recibiendo por parte de público y crítica renovado interés. No deja de ser curioso este renacimiento del Clarín «menor» y sin duda habría que buscar explicación (no determinista por supuesto) en la necesidad palpable, hoy, de buscar orientaciones y escala de valores en algunas figuras de nuestro pasado que, como Leopoldo Alas, pueden servir de referente para los tiempos actuales. Ahora que la regeneración se está estableciendo como meta colectiva para el Estado y la sociedad, el espíritu de la Institución Libre de Enseñanza, —y Clarín por tanto— se constituye en una mina en donde éticos y sermones entran a saco. De ahí la oportunidad de las recientes ediciones de sus cuentos llevadas a cabo por Ediciones Generales Anaya (dirigida, en principio, al público juvenil), y esta de Espasa-Calpe que por su vigor y especial presentación no debe pasar desapercibida.

Los *Treinta relatos* cuya selección, edición, estudio y notas es responsabilidad de la profesora Carolyn Richmond, pretenden no sólo que los lectores se ponga en contacto con Alas narrador sino que, además, la lectura sirva para conocer las principales líneas de pensamiento de quien, en su tiempo, se constituyó en uno de los intelectuales más respetados, tanto por amigos o afines como por enemigos y adversarios.

Los cuentos se han repartido a partir de este criterio y así, cinco de ellos se reúnen bajo el tema de *el escritor*; catorce bajo el de *las relaciones interpersonales*; seis comparten la materia de *la religiosidad* y los cinco últimos la



de la muerte. En verdad algunos de ellos, al menos para nosotros, están ubicados un poco por los pelos. Valga como ejemplo el que *Doña Berta*, su excelente novela corta recogida en el apartado de la muerte, que si bien, entendemos, contiene «muerte» en ningún caso puede afirmarse que sea su materia clave.

La relectura de este volumen, indispensable para un acercamiento provechoso a la personalidad de D. Leopoldo, permite constatar la enorme carga ética de su narrativa así como el relieve de su pulso estético.

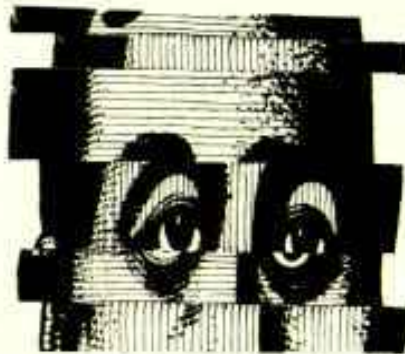
Hace años y por motivos que ahora no vienen al cuento, fue lugar común el rechazo de la llamada literatura de ideas y en concreto de la novela de tesis. Quizás estos *Treinta relatos* de Clarín, plagados y contruidos de ideas, portadores de contenidos éticos e ideologías claras, sirvan al igual que otras muchas obras magistrales, para hacer ver que ambos aspectos —ideas y literatura— no están reñidos ni, mucho menos, son incompatibles. A condición, claro, de que sean de verdad ideas y de verdad literatura. Ese es el caso de estos relatos.

Constantino Bertolo Cadenas

Treinta relatos. Leopoldo Alas «Clarín». Seleccionados Austral. Espasa Calpe S. A. Madrid, 1983.

Secreto de transformista

Las novelas de Patricia Highsmith protagonizadas por Tom Ripley presentan un tipo de personaje que la autora no ha desarrollado apenas en el resto de su producción. Highsmith suele poner en escena individuos fuertemente arraigados en su territorio psicosocial, cuyas pasiones son fatalmente guiadas por las circunstancias hasta asfixiarles en un círculo infernal de angustia. Ripley es todo lo contrario. Hay en él una debilidad esencial que le impide comprometerse demasiado con la verdad. Sus crímenes son un gesto más de transformista: tiene que ensayar tanto la forma de dar muerte a una víctima como el acento que debe utilizar para pedir *Bier vom Fass* en una cervecería alemana. Sus estados de ánimo son *cocktails* de ritmos y colores. «El valor era algo imaginario, cuestión de estado mental» —afirma en el libro objeto de este comentario (1). La fluctuación afectiva correspondiente al valor es una mezcla de música y *atrezzo* (Así la Obertura de *El Sueño de una noche de verano*, de Mendelssohn, en *La máscara de Ripley*, o la música de Lou Reed en este libro). Esa extrañeza merced a la cual puede convertirse en cualquiera (el americano Dickie Greenleaf, el pintor



Derwatt o la trevesti *Mabel*) es lo que hace que el lector simpatice inmediatamente con él. Pero ¿con quién simpatiza Ripley? El no solamente tiene secretos (sus crímenes, sus negocios sucios), él es un secreto (cada movimiento es una máscara que oculta otra máscara, hasta el infinito). Su simpatía por el adolescente americano Frank Pierson nada tiene que ver con sentimientos paternales ni con las crisis de identidad de los millonarios *made in USA*. ¿Se trata de amistad? ¿De homosexualidad? «Usted es realmente mi único amigo» —le dice Frank—. «No soy tu único amigo, sólo la única persona a la que se lo has dicho». Lo que une a los dos protagonistas no es un contrato sexual velado, ni una relación filial imaginaria, sino —como también sucedía en *El Amigo Americano*— una alianza secreta, un pacto. Cada uno sabe que el otro es un asesino. «Por esto simpatizaba con él», confiesa Tom. «Somos iguales en una cosa, ¿no te parece?».

En efecto, el joven Frank se parece a Ripley en que ha matado («Nunca vi un asesino tan dulce»), en que falsifica su nombre y su apariencia, en que se interesa por los fraudes (así comienza su relación).

Pero algo les separa: toda la superficialidad de Ripley es su pintura de guerra contra el resentimiento y la mala conciencia, su conjuro contra los afectos enfermizos de la culpa y la angustia. Por eso le infunden valor los travestis. «¡Me encanta esta fantasía loca de aquí!». Y ese disco de Lou Reed llamado *Transformer* (transformista), en especial la canción *Make-up* (maquillaje), que es una metáfora de su propio disfraz. Aún más: el mismo Berlín en que se desarrolla el nudo principal de la novela es el Berlín que da título a otro álbum de Lou Reed. Cada canción (*Lady day* y las tabernuchas, *Men of good fortune*, el suicidio de la amante y sus travesuras —«Otro en mi lugar te hubiera roto un brazo»—, *Sad Song*, etc.) parece ilustrada por las escenas del libro. Y esa misma música despierta en Frank las emociones más tristes: la escucha antes de abandonar definitivamente a Ripley. Porque es incapaz de traicionar su pacto y confesar o delatar a su amigo, pero también de vol-

verse como él. Imperceptible bajo el maquillaje; no le queda más que desaparecer físicamente, dejando una vez más a Ripley con la soledad de su secreto. Patricia Highsmith vuelve a acertar, y Tom Ripley, con veinte mil dólares más, vuelve a confundirse con esa *Bella Sombra* que designa su mansión francesa. «Había siempre un secreto curioso, además de horror, en el acto de quitarle la vida a otro ser».

José Luis Pardo

(1) Tras los pasos de Ripley. Patricia Highsmith. Anagrama. Barcelona, 1983.

Rigor y matiz

Merece la pena, antes de cualquier otra cosa, evocar brevisamente el sentido que tuvieron históricamente algunas intervenciones de M. Sacristán; y no sólo por su valor pedagógico e investigador en la aventura de los años sesenta sino, acaso mucho más fundamentalmente, por su carácter de francotirador a la hora de orientar la lectura de autores como Luckács, Lenin, Labriola o el propio Gramsci. Era el valor confesional de un marxismo que jamás pretendió ofrecerse como utillaje estricto para una metodología rigurosa, sino que bandeaba con mayor o menor fortuna la urgencia de las vicisitudes políticas, lo que hizo del discurso de M. Sacristán un necesario polo de referencia en el árido madurar de nuestro propio marxismo, el de una generación de intelectuales y filósofos que creyó conveniente hacer suya la tesis explícita con que se cierra uno de los textos más interesantes de esta colección: «filosofar es intervenir con una peculiar intención en la lucha de clases... El filosofar marxista se consuma conscientemente en la lucha de clases» (pág. 190). Palabras escritas en 1970.

Tal conclusiva tesis es central en el discurrir de M. Sacristán. Pero, como puede advertirse obviamente, sobreentiende una determinada concepción del marxismo. Agradecemos la aparición del conjunto de textos que conforman «Sobre Marx y marxismo», y que abarcan un dilatado período (1959-1978), caracterizado por la profundización, por un trabajo orientado verticalmente hacia la delimitación del ser del marxismo, la investigación genética sobre las causas de su nacimiento histórico y la reflexión sobre sus peculiaridades metodológicas —tema obsesivo por su fundamentalidad en la labor docente y política del autor—.

No es necesario rondar inútilmente: frente a otras concepciones del mundo, globalmente caracterizadas por su falsa conciencia —determinación que, tan ciudadana como oportunamente, limita M. Sacristán en los dos artículos

contemporáneos dedicados a Lenin casi con idénticas palabras (págs. 157 y 184)—, la concepción del mundo a que puede reducirse el marxismo se caracteriza por su carácter explícito y por su peculiar caracterización (pág. 34), asentada sobre el materialismo y la dialéctica lo que posibilita su comprensión de las totalizaciones históricas y, consecuentemente, su posibilidad de intervenir en la lucha de clases con una finalidad transformadora. Debe tenerse en cuenta que tal concepción del marxismo, tal y como recuerda M. Sacristán a propósito de Lenin, no puede ser considerada como edificio completo si carece de una posición materialista en filosofía, si no desarrolla las virtualidades de la dialéctica, si no culmina la concepción materialista de la historia y si olvida su po-

—afortunadamente— polémicas, sobre tales puntos... Y no es hora propicia ni es éste el momento adecuado para poner en cuestión tal caracterización. Sería, por otro lado, interminable; pues con escaso ocio y con encomiable afán siguen los hijos de Marx alineándose en familias mal avenidas que se desautorizan mutuamente pretendiendo reivindicar para sí la bandera de la auténtica paternidad. Dejemos, pues, a Marte animando a exquisitos comensales y ortodoxos lectores.

Más interesante resulta para calibrar el alcance teórico de la obra de M. Sacristán compulsar su análisis del ser del marxismo con las notas y artículos donde, indirectamente, se abordan idénticos temas pero desde la perspectiva de esa lucha de clases en

ficar la razón de la relativa oposición de M. Sacristán a los históricos discursos marxistas: el artículo dedicado a Lukács en 1968, o los dos referidos a Lenin, pueden darnos una idea cabal. En aquél, y luego de afirmar la consciente imprecisión del autor de «El asalto a la razón», M. Sacristán explicará la ambigüedad buscada en virtud de la pérdida del matiz (pág. 104 ó 108); recupera dicho tono crítico a propósito de Lenin llegando a escribir que «matiz es concepto» (pág. 134), refiriéndose al desprecio leninista de las mínimas alteraciones sistemáticas de las filosofías históricas.

¿En virtud de qué criterio es aconsejable tal pérdida de matiz? ¿Desde la perspectiva de la lucha de clases? Pero, ¿quién legitima «a priori» el carácter de su discurrir? Y, de cualquier forma, ¿legitima la «lucha de clases» algunos de los desequilibrios lukácsianos o, incluso, de Lenin? Este es el problema.

Así, parece chocar la concepción del marxismo como concepción del mundo rigurosa que expone M. Sacristán con sus referencias laudatorias: allí, la verdad emerge de una rigurosa posición materialista de la conciencia; aquí, la verdad puede ser enmascarada (relativamente) en honor a la intervención en la lucha de clases, recibiendo su confirmación desde un criterio —o lugar— externo al propio orden teórico. Cuestión esta última que, por supuesto, M. Sacristán no afirma jamás a lo largo de las páginas de «Sobre Marx y marxismo».

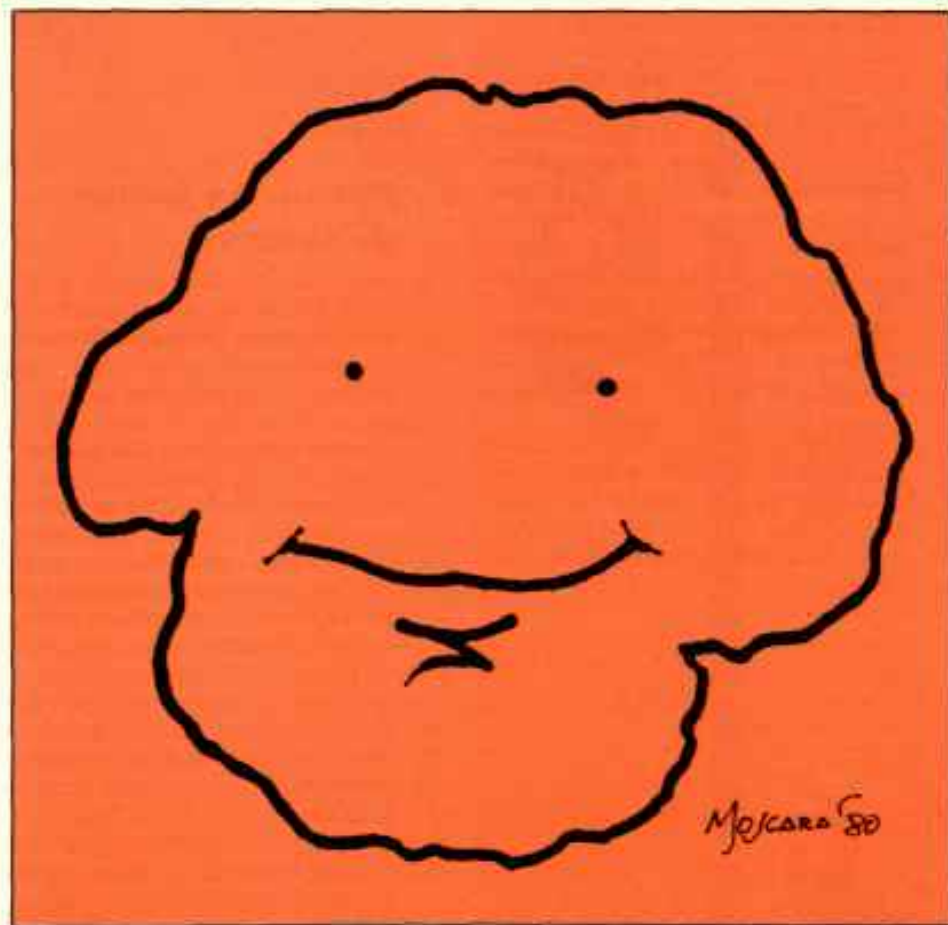
José Luis Rodríguez

Sobre Marx y marxismo. Panfletos y materiales 1. Samuel Sacristán. Icaria. Barcelona, 1983.

Resplandor y decadencia

Si las diversas dinastías reinantes han servido, a veces, para establecer diferentes periodos históricos, la España de los Austrias ha encontrado su mejor definición en los términos de Imperio y Decadencia, cuyo binomio sintetiza lo que fue la historia de España durante los siglos XVI y XVII.

Este contraste de prepotencia y debilidad, de esplendor y miseria, de dogma y herejía, fue generando una España barroca y disparatada, capaz de sorprender a propios y extraños por la peculiaridad de sus realizaciones y cuya visión panorámica dejaba traslucir lo que se ha venido en llamar el «Siglo de Oro». Pero esta expresión, de uso corriente en Europa y en todo el continente americano, no encuentra una definición precisa en nuestros dic-



tencialidad para intervenir en la lucha de clases.

En este momento, recordar meramente los problemas que plantean los tres iniciales elementos significaría recoger, en líneas generales, la propia historia del marxismo. Tales, efectivamente, son los espacios privilegiados por la polémica intelectual —y obviamente política— no sólo interna sino externa al corpus inaugurado por Marx a partir de una original y peculiar lectura de Hegel —especialmente de la Lógica (págs. 241, 345-6, 361 ó 363)—.

El lector interesado encontrará precisiones suficientes en la obra de M. Sacristán, tan terminantes como

que tan insólita como voluntariamente se vieron inmersas las tres generaciones con las que dialoga. Es en el análisis de la positiva comprensión que motivó tales glorias y desmanes donde surge el problema que no es abordado en la colección de panfletos y materiales y que viene a ser la llave maestra de toda concepción marxista del filosofar y, abundando, de todo el marxismo como concepción encaminada vocacionalmente no sólo al conocimiento del mundo. Me explicaré.

Paralelamente a las alabanzas, M. Sacristán no puede abandonarse en la desmesura de sus loas. Es fundamental recoger el sentido de las críticas. Y creo que no es difícil identi-

cionarios y enciclopedias. De ahí que Bennassar comience su estudio reivindicando para España el concepto de «Siglo de Oro» aplicado a una parte de los siglos XVI y XVII, pero dándole una acepción mucho más amplia que la que se ha limitado a los modelos literarios y artísticos: «Propongo llamar Siglo de Oro español a la memoria selectiva que conservamos de una época en la que España ha mantenido un papel dominante en el mundo, ya se trate de la política, de las armas, de la diplomacia, de la moneda, de la religión, de las artes o de las letras».

En cuanto a la cronología de este período áureo, el autor lo sitúa a partir de 1525, en que acabará triunfando el absolutismo carolino, tras la derrota de las Comunidades y las Germanías, para terminar en el año crucial de 1648, en que se inicia el ocaso de la hegemonía austriaca y la pérdida definitiva de los Países Bajos del Norte, ratificada por los tratados de Wesfalia.

Desde este doble planteamiento, conceptual y cronológico, *La España del Siglo de Oro* del hispanista francés, no responde a las características metodológicas y formales de un manual tradicional ni tampoco a las de un estudio monográfico, como su ya clásica obra sobre el Valladolid del Siglo XVI o su posterior estudio sobre la Inquisición Española. Se trata, más bien, de un trabajo de síntesis, realizado por un gran conocedor de la España Moderna, donde se recogen ideas y planteamientos ya trabajados anteriormente, pero que tienen aquí un enfoque más sociológico y un tratamien-

to mucho más cercano para el lector.

A través de sus páginas van pasando los más diversos escenarios, personajes, acontecimientos y dramas, cuya lectura nos irá recreando en la contemplación de un gigantesco retablo barroco de lo que pudo ser el contexto social, las estructuras ideológicas y la vida cotidiana de una España que seguirá su curso en medio de un «florilegio de desigualdades». Como observa el autor, «en la historia del mundo pocas sociedades han acumulado tantas desigualdades en unos espacios tan restringidos como la España del siglo de oro».

La desigualdad, en efecto, está en todas partes: en la extensión y alejamiento de los territorios que formaban el patrimonio imperial, en la pluralidad institucional de los diferentes reinos peninsulares, en la diversidad de sus pueblos y sus lenguas y en las diferentes creencias religiosas de cristianos, judíos y moriscos. Sin embargo, la mayor desigualdad se encuentra en las fortunas. Nobles inmensamente ricos y campesinos inmensamente pobres coexisten en esta España áurea, donde el desprecio por la actividad manual y el trabajo productivo ha sido confiado a la llegada providencial del oro americano que, junto al coste extraordinario de la política imperial y al «mal gobierno» de los Austrias, servirán de rúbrica para el epitafio de un Imperio.

Este último libro de Bennassar, además de contar al final con un *Resumen Cronológico*, nos ofrece dos Anexos de gran utilidad para el lector: el que hace referencia a los *Principales*

Títulos de Castilla y rentas correspondientes hacia 1600, cuya observación atenta debe hacerse teniendo en cuenta que, frente a los miles de ducados de renta anual que aparecen en esta larga lista de nobles, «en la misma época, un peón de la misma ciudad, trabajando 300 días al año ganaba poco más o menos 60 ducados, salario total». En el otro Anexo se nos ofrece un *Índice de los principales artistas españoles del Siglo de Oro*, donde se especifican no sólo sus obras más destacadas, sino también el lugar donde se encuentran y pueden actualmente contemplarse.

Esperanza Yllán Calderón

La España del Siglo de Oro. Bartolomé Bennassar. Editorial Crítica, Barcelona, 1983.

Poesía en forma de lienzo

La poesía no es sólo un medio de comunicación. Desde Jakobson lo sabemos. Leemos poesía y, sin darnos casi cuenta, entramos en la técnica del decir y el descifrado pende en general de cosas que no tienen que ver con una finalidad comunicativa utilitaria y momentánea. Cuando el poeta escribe, lo que transmite antes (contrariamente a lo que pudiera parecer) no es su exposición argumentada sino su disposición verbal, su búsqueda de sentido, su modo de conducir la música. Por eso yo pienso que el poema, género radical, tiene muchas veces más que ver con la armónica sucesión de unos sonidos o la disposición de los colores en un lienzo que con los otros géneros de la Literatura.

Vuelvo a pensarlo ante el último libro de Juan Manuel Bonet, *La patria oscura*, (publicado por Trieste), donde encuentro una sucesión de fragmentos donde el poeta devuelve estéticamente el sentido de su experiencia vivida. ¿Poesía de la experiencia, entonces? Por supuesto, si entendemos por experiencia lo vivido a través de los planos real o imaginario. Pero fundamentalmente, y de ahí su relación con los problemas que planteo al principio, poesía de la mirada. *La patria oscura* es una sucesión de escenas que nos dibuja un pasado latente.

El núcleo de la contemplación es la memoria: «Alguien va por las desiertas galerías/ del Palais Royal, va en su ronda nocturna/ **trastocando** las sombras/ amigas de esta plaza y sus oros antiguos». He aquí el resumen del pasado revivido; el recuerdo ase-

Spagnoli,





cosas fueron, vuelven a ser y existirán de nuevo en otros ojos. «Todo está escrito», relata el escritor, «viendo/ cómo otro poeta dijo lo mismo/ que lo escrito esta tarde/».

El espacio de la contemplación es el lienzo. En él aparecen dibujadas, insinuadas, las señales que en la palabra se concretan: señales del pasado, señales de la historia, señales de los hombres, del autor. Pero además en ese lienzo se visualizan los sonidos, los perfumes, el aire de una ciudad imaginaria, el vuelo de los pájaros, el vespertino sol. Es posible que por deformación profesional Juan Manuel Bonet sustituya la gramática del texto por la técnica del claroscuro, de ahí su atrevimiento, su particular modo de descubrir las huellas y las figuras. A mí me parece muy correcto, pues a través del muro, del cristal empañado, el autor reconoce minuciosamente: «Mira esa pared: por ella las sombras/ van y vienen fugaces, dibujando/ pasajeros perfiles/». Criatura neoplatónica, pues, *La patria oscura* remite al primer animal visible de lo invisible que contaba Lezama, a la luz, ese primer y cósmico impacto, a ese primer latido del poema. Hacia ella camina Juan Manuel Bonet en una especie de trayecto imposible.

Controlado en lo sentimental, estricto en la gramática, desnudo y brumoso al mismo tiempo, el libro es un lugar de permanencia donde el poeta actúa de puntillas, como temiendo que un golpe de claridad descubra su figura. Pero no es, debido a este control, un libro ajeno a lo afectivo, representado en la primera y segunda personas que *enganchan* fácilmente.

Ni es un texto fuera de la historia. En una época en que se huye de la soledad masivamente en este gran mercado del mundo, el libro de poemas proporciona al lector una butaca para interrogarse. En una sociedad en la que todo gesto, acto, verbo, se *usan* como inversión para obtener a cambio, la palabra poética asoma como puro gesto gratuito, como placer. En un tiempo de destrucción en que, ya lo sabemos, el hombre ha decidido que el lenguaje de las bombas es el modelo más perfecto de comunicación entre los pueblos, ofrecer una patria (oscura, por supuesto)

desde donde aplazar la muerte ya es un acto, ya es una muestra de lucidez.

«Escribir —como si nada fuera importante—/ el sencillo irse de las horas», nos dice Juan Manuel Bonet. La fórmula contiene también el simulacro, la mágica ficción de la escritura. Pero su lienzo sabe que este es el objetivo más difícil, hecho real desde *La patria oscura*.

Fanny Rubio

La patria oscura. Juan Manuel Bonet. Trieste. Madrid, 1983.

BOLETIN DE SUSCRIPCION

MAYO

Deseo subscribirme a la revista MAYO, de periodicidad mensual, al precio de 2.600 ptas., por el período de un año (12 números) y renovaciones hasta nuevo aviso, cuyo pago efectuaré mediante:

- ☐ Giro Postal. Número Fecha
☐ Domiciliación bancaria
☐ Envío talón a nombre de EDICIONES PARA EL PROGRESO, S. A.

Nombre
 Apellidos
 Domicilio
 Población Dist. Postal
 Provincia Tel.
 País Fecha
 Firma,

Para el extranjero, enviar adjunto un cheque en dólares:

	Ordinario	Avión
Europa	50 \$	60 \$
América	60 \$	70 \$

DOMICILIACION BANCARIA

Lugar y fecha
 (Banco o Caja de Ahorros)
 D.P.
 (Domicilio completo de la entidad bancaria)
 (N.º de la agencia) (N.º c/c o libreta de ahorro)

Muy Sres. míos:
 Ruego a Vds. que, hasta nuevo aviso, abonen a EDICIONES PARA EL PROGRESO, S.A., Libertad, 37-3.º izda. Madrid-4 (España) con cargo a mi c/c o libreta de ahorros mencionada, los recibos correspondientes a la suscripción o renovación de la revista MAYO.

Atentamente le saluda:

Fecha Firma,
 Titular
 Domicilio
 Población

UAB
 Biblioteca de Comunicación
 Hemeroteca General
 CEDOC

Copie o recorte este cupón y envíelo a:
 EDICIONES PARA EL PROGRESO, S.A.
 Libertad, 37-3.º
 Madrid-4 (España)





LA FAMILIA POR DENTRO

CARMELA SANZ RUEDA

Mujer y familia son conceptos paralelos debido al papel que tradicionalmente se le ha asignado al llamado «segundo sexo» en la estructura social. En este trabajo se analizan las relaciones de dominación que se producen en el seno del núcleo familiar, y las respuestas aportadas desde diversas perspectivas históricas, ideológicas y científicas.

Aproximarse al estudio de la compleja institución social que es la familia, desde la observación de las relaciones personales entre sus componentes, es una de las formas de que disponemos para conocer su dinámica interna. Así las relaciones que se dan en el grupo familiar son de diferente naturaleza según consideremos la relación diádica de la pareja, las relaciones entre padres e hijos, especialmente las de madre e hijos en las que resultan implicados una serie de factores biológicos, afectivos, de dependencia que aunque más intensos en determinada etapa del ciclo vital de la familia son en alguna medida permanentes. También son dignas de tener en cuenta las relaciones que surgen entre los hermanos, o entre todo el grupo familiar y otros parientes más alejados.

Un análisis de este tipo que intenta estudiar un grupo en funcionamiento y seguir su dinámica interna, analiza la realidad desde el cambio social, y su enfoque teórico más amplio pertenece al análisis de la sociedad desde las teorías conflictivistas, contrapuesto al estructural-funcional basado en las teorías del consenso y

que se apoya en la creencia de que la estratificación social surge básicamente de las necesidades de las sociedades y no de las necesidades o deseos de los individuos que las integran (1).

El enfoque interaccional de la familia es para Andrée Michel, el más nuevo tanto en América como en Europa (2) a nivel de la problemática estudiada (personas en interacción ocupando una posición cada una en el interior de la familia, definida por un cierto número de roles. El individuo percibe las normas y las expectativas de roles de los miembros del grupo familiar concernientes a la conducta a seguir en una situación dada. El individuo define sus roles tanto por referencia a las expectativas de un grupo de referencia, como a sus propias ideas), como de los análisis empíricos a los que ha dado lugar.

De otra parte, el cuadro conceptual interaccional reúne la ventaja de ser un amplio enfoque psico-sociológico que es la óptica más adecuada para estudiar los fenómenos sociales de grupo, en los que se transforman mutuamente los individuos y el grupo. Georges H. Mead, del grupo de la universidad de Chicago (3) así como Ernest Burgess son los iniciadores de este tipo de estudios. Otros enfoques



más generales de la familia se han realizado desde la antropología (4) en la que se destaca de manera amplia la relación entre sociedad y cultura, así como la organización del poder, cuyo estatus se realiza por la capacidad del hombre de estructurar y de regular sus actos sin necesidad de someterse a pretendidas tendencias innatas. Las reglas que rigen el intercambio social, la línea de filiación, los tabúes, la estructura del parentesco son aspectos de la familia estudiados desde esta perspectiva.

Los estudios clásicos realizados a comienzos de este siglo o finales del siglo XIX, siguen un cuadro conceptual llamado institucional. Los estudios históricos de Marx, Engels, Morgan, Durkheim y Mauss (5) responden a esta visión.

Historia de una opresión

El análisis marxista de la dependencia de las relaciones sociales respecto a la estructura y organización del sistema económico hace poner en boca de August Bebel (6): «toda opresión tiene como punto de partida la dependencia económica del oprimido respecto del opresor». Hasta ahora la mujer se encuentra en este caso. Alejandra Kollontai también aportará varios escritos en los que siguiendo el esquema de Marx, afirmará que la posición de la mujer en la sociedad determina su si-

tuación en la familia (7), de ahí la necesidad de su incorporación al trabajo productivo, al trabajo en colectividad, que las haga sentirse responsables ante la sociedad. Por medio de la producción a gran escala se reduce la economía familiar y deja de hacerse una función tras otra. La familia, una necesidad en el período de la economía natural, se convierte en un freno que liga a la mujer a una actividad inútil e improductiva para la economía nacional. Estos planteamientos teóricos fueron imposibles de llevar al terreno de la praxis y así hoy ciertas escritoras feministas, desde la izquierda marxista, critican la incapacidad del marxismo ortodoxo para explicar las razones de opresión de las mujeres, al relegar la problemática femenina a un fenómeno secundario, ubicado en el terreno de la superestructura ideológica. El estudio del «modo de producción doméstico», que implica para la autora Christine Delphy (8) aplicar los conceptos marxistas no sólo para el caso del capitalismo, sino para la división sexual del trabajo que en las sociedades contemporáneas coexiste con el modo de producción capitalista. Para esta y otras autoras marxistas críticas (9), el marxis-

mo no ha aplicado sus principios de análisis materialista a la opresión de las mujeres.

Finalmente, análisis históricos más generales, hacen un recorrido por la evolución del sistema familiar y los distintos tipos de familia surgidos en cada momento concreto. A través de ellos podemos seguir también la historia de la condición de la mujer, pues mujer y familia han tenido un discurrir paralelo debido precisamente a que se ha venido considerando como específico de la mujer el mundo doméstico y de las relaciones personales (10). A través de estos estudios, se puede constatar que la familia en cuanto grupo social primario, al que todos los individuos pertenecen por nacimiento (11), es una realidad tan antigua como la humanidad (12), que ha tenido unas atribuciones y funciones cambiantes en relación con el desarrollo histórico de cada sociedad concreta, pero que se ha ido materializando en unas formas determinadas que nos permiten poder diferenciar la familia griega de la hebrea, o ésta de la del Medioevo.

De la familia al Estado: Aprendizaje del individuo

La familia nuclear característica de nuestro tiempo (13), formada exclusivamente por padres e hijos en intrincada relación de factores biológicos y culturales, es para la mayoría de los sociólogos el residuo de la restricción del grupo primario y el desenlace final de un proceso de separación entre las esferas pública y privada. Así, a medida que se desarrolla la humanidad y surgen relaciones más complejas entre los individuos y grupos de individuos, la familia va despojándose o perdiendo las funciones públicas en favor de un Estado cada vez más fuerte. Autores clásicos en la historia de las ideas como Locke, Rousseau, S. Mill, se han ocupado de estos temas que tan directamente están relacionados con conceptos de libertad, igualdad, razón. Por otra parte, al perder las esferas individuales concretas el carácter público, se producen una atomización de los individuos (14), que aparecen en la sociedad burguesa desligados entre ellos y «conectados por tanto en el movimiento de las cosas» (15).

Identificar, por tanto, el concepto de «familia» con el de «familia burguesa» es un grave error y una interpretación muy parcial de lo que esta institución social ha significado. Si la familia es un fenómeno histórico con diferentes cristalizaciones en el tiempo y en el espacio, deberá hacerse referencia, cuando hablemos de ella, al conjunto social total, a la sociedad global (16).

En el otro extremo del estudio de la Familia, la psicología se interesa especialmente en el desarrollo de la personalidad



de los niños, dentro de la realidad familiar que es el primer contacto que tiene el individuo con su sociedad, así como de los procesos de aprendizaje y socialización de los nuevos miembros que se incorporan a través de ella al grupo más amplio de la sociedad. Autores como Freud, Piaget, Fromm, Horney, Deutsch, Mitchell, han aportado (17) al estudio de la familia una visión desde la realidad individual de sus integrantes que ha enriquecido e iluminado la relación constitutiva del ser humano, esa resultante de biología y de cultura de tal manera que no pueda hablarse del «hombre como ser aislado que luego se junta o se reúne en grupo... Este ser aislado no existe nunca ni puede existir. Desde su nacimiento, tanto el animal como el hombre, pero éste en medida mucho más superlativa que el primero, son terminados, es decir, acabados de constituir en sus más profundas estructuras por la acción tutelar de alguien del grupo, e incorporados a este grupo como parte de su trama». Con estas palabras, queda resumido para el doctor español Rof Carballo (18) la necesaria vinculación vital entre individuo y grupo familiar que constituye lo que se llama la «trama o urdimbre primaria».

El que en la actualidad los investigadores hayan dirigido su atención hacia las relaciones en el interior de la familia, ha hecho que hayan disminuido los estudios en torno a las transacciones de la familia con la comunidad más amplia.

Fregona, irresponsable y sumisa

Pero, sin embargo, los conceptos y problemas del análisis interaccional —como la toma de decisiones en la familia, autoridad en la pareja, e iniciativas, cambios y diferenciación de roles, así como el análisis de los procesos de comunicación, conflicto, consenso y decisión—, nos remiten constantemente a los intereses, metas y aspiraciones que se proponen desde la sociedad y de la cual la familia es un reflejo. Aunque las relaciones entre personas crean una nueva realidad diferente a la de los individuos que la componen, la interacción se basa en lo que los individuos son capaces de aportarse y de responder a lo que «el otro» le ofrece contando también con el contexto o la situación en que ésta se da. De ahí que aunque la mujer «en su larga lucha» (19) haya conseguido el reconocimiento de sus derechos políticos y de su igualdad legal con el varón (20), en la práctica de la vida social su papel en el grupo familiar no ha cambiado mucho y, por tanto, la responsabilidad de la «esfera doméstica» o íntima sigue siendo asignada fundamentalmente a la mujer. No importa qué más haga la mujer en la sociedad, se la define por su función de «ama de casa» (21) y por las relaciones sociales que se generan en el interior de la familia. Cambiar la sociedad y su posición, implica cambios en estas rela-

ciones familiares, pero no a costa de la desvalorización de su rol social (22).

Existe una importante bibliografía de distintas disciplinas científicas, en las que se intenta abordar el problema de la desigualdad social de la mujer, y su condición de «segundo sexo» con respecto al varón (23), así como el aprendizaje del género (social) frente al sexo (biológico) y cómo la subordinación social de la mujer es algo que ella misma asume desde pequeña, porque es educada y socializada no partiendo de su propia identidad como individuo, sino en la sumisión y la ausencia de responsabilidad (24). La autora inglesa Mary Wollstonecraft escribió a finales del siglo XVIII una obra apasionada (25), en la que se esfuerza en atacar los prejuicios sociales de la época y demostrar que las mujeres son seres humanos igual que los hombres y por tanto con derecho a la misma educación y las mismas posibilidades en su desarrollo personal; pero el reconocimiento de sus derechos políticos no se consiguió en Inglaterra hasta bastantes años después, posteriormente a la primera guerra mundial (1918) y debido a la acción y a la lucha de las «sufragistas» que contaron con apoyos importantes por parte de algún intelectual, como por ejemplo J. S. Mill, para el que «uno de los principales obstáculos para el progreso de la humanidad» era la subordinación legal de un sexo al otro (26). En Estados Unidos de América, país que fue el primero en conceder el voto a la mujer (Wyoming 1868), ha habido con posterioridad a la segunda guerra mundial una ideología muy generalizada para convencer a las mujeres de que habían logrado unos avances sociales considerables, entre ellos el acceso a una educación generalizada, de que su puesto estaba en el hogar y que el papel que tenían reservado por la naturaleza era el de ser guardianas del hogar. «La mística de la feminidad» sería ese nuevo estilo de vida que querían imponer a la mujer en nombre de su naturaleza (27).

Nos interesa especialmente el sujeto femenino de la relación de pareja porque desde el enfoque interaccional nos vamos a fijar en el desarrollo personal e individual de los componentes del grupo, y como venimos viendo, el matrimonio y la familia han sido una referencia demasiado utilizada al hablar de la mujer (28).

Algo más que sexo

Si consideramos a la familia como un sistema interaccional, se puede explicar el cambio dentro del sistema sin que ello quiera decir que se destruye el mismo, pero sin perder de vista que todos los componentes están relacionados con todos los demás, y que cualquier problema que se manifiesta a través de algún miembro del sistema es un problema que afecta a todos y el sistema completo como una unidad viva ha de enfrentarse con él. Los procesos de pareja como campo de confluencia

de la psicología individual y de los estudios de dinámica grupal son uno de los temas más tratados por este enfoque. Los modelos teóricos que sirven para describir a los individuos aisladamente, no resultan aplicables para la descripción del todo en que el conjunto es cualitativamente diferente de las partes que lo componen (29). La llamada Escuela de Palo Alto, en California, con el M.R.I. como centro de experimentación y desarrollo de investigaciones, ha destacado la importancia de los procesos comunicativos para el funcionamiento de los grupos, y la importancia del lenguaje para poder compartir y entender una determinada realidad. Don D. Jackson, fundador del M.R.I., realizó con otros prestigiosos expertos en relaciones personales y comunicación humana una serie de investigaciones empíricas sobre la base del cuadro interaccional. La obra «Comunicación, familia y matrimonio» que Jackson compiló pero en la que intervinieron Bateson, W. F. Fry, Jay Haley, V. Satir, Watzlawick, Riskin, Kantor y Weakland (30). La mayoría de los enfoques interaccionales, nos sirven además de como puntos de vista para acercarnos a una realidad concreta, es decir, además de enfoques teóricos, nos ofrecen la posibilidad de intervenir en la realidad y poder cambiar ciertas situaciones que son dolorosas para los implicados en ellas. En este sentido, existe toda una línea de Terapia Familiar que se aplica a la familia completa, partiendo de la base de su consideración como sistema, y que utiliza la teoría interaccional para implicar a los componentes del sistema en su propia transformación. Partiendo de este enfoque, no se podrá hablar de enfermedad individual como consecuencia de la patología del medio circundante, diríamos más bien que lo es de la patología de un sistema de la que el paciente forma parte en igualdad de condiciones que el resto de los miembros del grupo familiar. En el esquema interaccional, la causalidad lineal ha cedido lugar, a la causalidad recíproca, la que se convierte en la piedra angular para explicar las conductas de los componentes de un sistema (31).

Una relación voluntaria y permanente

El análisis que sobre el matrimonio realiza Jackson desde el enfoque interaccional (32) se inicia destacando que la mayoría de los estudios que se realizan sobre esta institución tienden a describir en términos de diferencias sexuales los diferentes tipos de conducta de los individuos que los componen, cuando, en realidad, la extrema variedad de formas que adquiere la «masculinidad» y la «feminidad» en el matrimonio en diversas partes del mundo, tendría que servir para cuestionar la suposición de que las diferencias sexuales absolutas y específicas en el matrimonio tienen un valor de demostra-

Bibliografía

- (1) Parsons, Talcott y otros: La familia. Península, Barcelona, 1972.
- (2) Michel, André: Sociología del matrimonio y de la familia. Península, Barcelona, 1974.
- (3) Mead, G. H.: Espiritus, personas y sociedad. Paidós, Buenos Aires, 1972, 3.ª edición.
- (4) Leask, G.: Poder y privilegio. Paidós, Buenos Aires, 1969; Linton, R.: Cultura y personalidad. Fondo de cultura económica, México, 1969; Tilly, G.: La condición de la mujer en el área mediterránea. Península, Barcelona, 1971.
- (5) Engel, F.: El origen de la familia, de la propiedad privada y el Estado. Fundamentos, Madrid, 1970.
- (6) Bebel, A.: La mujer. Fontamara, Barcelona, 1973.
- (7) Kollontai, A.: La mujer en el desarrollo social. Guadarrama, Madrid, 1976.
- (8) Delphy, Ch.: Por un feminismo materialista. Cuadernos inacabados n.º 2/3. La Sal. Edicions de les dones, Barcelona, 1982.
- (9) Waters, Mary-Alice: Marxismo y Feminismo. Fontamara, Barcelona, 1979, 2.ª ed.
- (10) Havel, J. E.: La condición de la mujer. Eudeba, Buenos Aires, 1963; Shorer: El nacimiento de la familia moderna. Anasa, Buenos Aires, 1977.
- (11) Homans, G.: El grupo humano. Eudeba, Buenos Aires, 1963; Mead, M.: E hombre y la mujer. Campesía General Fabril, Buenos Aires, 1961.
- (12) Reid, E.: La evolución de la mujer. Fontamara, Barcelona, 1966; Capetz, L. y Capetz, G.: Historia de la emancipación femenina. Castelforte, Madrid, 1973.
- (13) Kösting: La familia en nuestro tiempo. Siglo XXI, Madrid, 1981; Haring, B.: El matrimonio en nuestro tiempo. Herder, Barcelona, 1964.
- (14) González Seara, L.: «Sociedad de familias o sociedad de individuos» en La familia diálogo recuperable. Varos autores. Karpis, Madrid, 1976.
- (15) Cerroni, U.: La relación hombre-mujer en la sociedad burguesa. Akal, Madrid, 1973.
- (16) Flaxman, J. L.: Orígenes de la familia moderna. Grigalbo, Barcelona, 1979; C. A. M. E.: La mujer en la sociedad socialista. Akal, Madrid, 1976; Conde, Rosa (Comp.): Familia y cambio social en España. E.I.S. Madrid, 1982.
- (17) Freud, S.: Psicopatología de la vida cotidiana. Alianza ed. Madrid, 1966; Horney, K.: Psicología femenina. Alianza ed. Madrid, 1977; Deutsch, H.: La Psicología de la mujer. Losada, Buenos Aires, 1952; Mitchell, J.: Psicoanálisis y Feminismo. Anagrama, Barcelona, 1976.
- (18) Raf Carballo, J.: Violencia y ternura. Prensa española, Madrid, 1966.
- (19) Mitchell, J.: La liberación de la mujer, la larga lucha. Anagrama, Barcelona, 1973.
- (20) Durán, M. A.: Dominación, sexo, y cambio social. Edicusa, Madrid, 1977.
- (21) Myrdal, A. y Kinn, E.: La mujer y la sociedad contemporánea. Península, Barcelona, 1967. Varos autores: Bruma de casa bajo el capitalismo. Anagrama, Barcelona, 1975; Outey, A.: La mujer

- Discriminación, biología y sociedad. Debate. Madrid, 1979.
- (22) Juguero, M.^a Arda. Las, Las, Las (L.L., L.L.). El sistema Sexo/Género y la mujer como sujeto de transformación social. Cuadernos de la Universidad. 4. La sexualidad de los demás. Barcelona, 1983. Sanja Rueda, Carmen y De la Peña, Pilar. «El nuevo papel de la mujer en la familia» en La familia del siglo: susceptible. Varón-Autores. Kerpis. Madrid, 1978.
- (23) Bouveret, Simone de. El segundo sexo. Librería Espo. S.A. Buenos Aires, 1965.
- (24) Gianni Belloni, E. A favor de las niñas. Monte Vista. Caracas, 1978.
- (25) Wollstonecraft, M. Vindicación de los derechos de la mujer. Debate. Madrid, 1977.
- (26) Stuart Mill, J. Ensayos sobre la igualdad sexual. Península. Barcelona, 1973.
- (27) Friedan, B. La mística de la feminidad. Júcar. Madrid, 1976.
- (28) Seo, V. Mujer. Marxismo y sexualidad. Júcar. Madrid, 1976.
- (29) Buckley, C. La sociología y la moderna teoría de las ciencias. Amorrortu. Buenos Aires, 1970.
- (30) Jackson, D. (comp.) Comunicación, familia y matrimonio. Nueva Visión. Buenos Aires, 1977.
- (31) Watzlawick, P. Teoría de la comunicación humana. Herder. Barcelona, 1983.
- (32) Maccoby, C. (comp.) Psicología y etnología de la pareja. Nueva Visión. Buenos Aires, 1979.
- (33) Fure, Eva. Actitudes patriarcales: las mujeres en la sociedad. Alianza ed. Madrid, 1972. Doreen, B. Familia y vida personal en la sociedad capitalista. Anagrama. Barcelona, 1978.
- (34) Alberdi, Juan. Historia y sociología del divorcio en España. C.I.S. Madrid, 1979.
- (35) Mills, J. La pareja humana, relaciones y conflictos. Mosca. Madrid, 1978.
- (36) Rogers, P. El matrimonio y sus alternativas. Kairós. Barcelona, 1977.
- (37) Ross y Speck. Las nuevas familias. Gramercy. Buenos Aires, 1978.
- (38) Laing, R. D. El consentimiento de la familia. Paidós. Buenos Aires, 1971; Cooper, D.L. La muerte de la familia. Ariel. Barcelona, 1975; Caparrós, N. Crisis de la familia. Kerpis. Buenos Aires, 1973.
- (39) Heller, Agnes. Sociología de la vida cotidiana. Península. Barcelona, 1978; Lefebvre, H. La vida cotidiana en el mundo moderno. Alianza ed. Madrid, 1972.
- (40) Saratúa, Bernabé. «Familia se aprende a amar» en Revista de Occidente. Extraordinario III. Sobre el Amor, agosto-septiembre, 1982.
- (41) Ortega y Gasset, J. Estudios sobre el amor. Espasa Calpe. Madrid, 1973; Caparrós, M.^a Aurelio. El comportamiento amoroso de la mujer. Dipsol. Barcelona, 1974.
- (42) Faur, J. El lenguaje del cuerpo. Kairós. Barcelona, 1973.
- (43) Ferrandis, A. y Ferdi, V. Noviazgo y matrimonio en la burguesía española. Ediciones. Madrid, 1973.

ción. La heterosexualidad no es el único rasgo característico del matrimonio, hay otros rasgos que pasan inadvertidos, entre ellos el aspecto quizás más importante del matrimonio: es la única relación colaboradora que se conoce bien. Así, hay varios aspectos nosexuales que deben considerarse en todo análisis del matrimonio y en todo problema matrimonial.

1) Es una relación voluntaria, aunque se desarrolla en una cultura que considera al matrimonio como algo casi obligatorio (33).

2) Es una relación permanente: es decir, se la supone un contrato vitalicio («hasta que la muerte nos separe»). Esto no quiere decir que necesariamente tenga que ser siempre así, pues puede producirse la ruptura y el divorcio (34).

3) El matrimonio en el mundo occidental es una relación exclusiva, donde las partes se consideran virtualmente suficientes el uno para el otro, con una exclusión neta de terceros y de relaciones externas.

4) Es en general una relación orientada hacia el logro de metas, con muchas tareas vitales mutuas que deben cumplirse a largo plazo y con etapas marcadas por límites de tiempo, cada una de las cuales tiene sus problemas particulares (35).

En que se describan estas premisas no implica para Jackson, que se realizan necesariamente, ni que las partes entran en el matrimonio pensado en ellas. Son creencias compartidas sobre la naturaleza del matrimonio como relación institucionalizada, y sus ventajas y desventajas como arreglo legal derivan en gran parte de la factibilidad de esas normas.

Sin embargo, las alternativas que se proponen por ciertos autores a este sistema de organizar las relaciones de familia, se basan en el cambio de alguna de estas normas relacionales. Bien los matrimonios abiertos (36), o los grupos de pares (37) o más amplios.

De la misma manera que se ha empleado el enfoque interaccional basado en la familia como método terapéutico, desde autores considerados radicales se ha propuesto la extinción de la familia, debido a las patologías que origina entre sus componentes, especialmente entre los miembros más débiles y sometidos del grupo familiar. Los antipsiquiatras Cooper Laing y Caparrós entre otros (38), proponen el fin del autoritarismo familiar acabando con el modelo de familia vigente.

Amor y muerte del noviazgo

Otro de los grandes temas que pueden ser analizados, al estudiar el funcionamiento hacia dentro del grupo social familiar, son los aspectos de la «Vida Cotidiana», o conjunto de actividades que caracterizan la reproducción de los hombres particulares, los cuales a su vez crean la posibilidad de la reproducción social. Los aspectos del tiempo libre, el amor, la rea-

lización de tareas domésticas han pasado a formar parte de la vida cotidiana, y han sido analizados principalmente por autores marxistas pero heterodoxos (39).

En toda sociedad hay una vida cotidiana, (como contrapuesta a la vida de trabajo), y todo hombre sea cual fuere su lugar ocupado en la división social del trabajo tiene una vida cotidiana. El grupo, factor primario en la aproximación de la vida cotidiana no tiene ningún primado en la elaboración de los usos y las normas, interviene únicamente aquí como mediador. Entre estos grupos concretos están la familia, la aldea, el círculo de amigos, etc.

Finalmente, una alusión rápida a la atracción interpersonal o sentimiento amoroso que se considera hoy en día en la base de la relación de pareja o al menos en el inicio de unas relaciones íntimas profundas en las que hay implicados factores complejos de «orden cognitivo, impulsos tendentes a la acción y reacciones somáticas» (40). Para muchos, el amor nace de la diferencia, para otros de la semejanza, pero, como punto de arranque para posterior vida en común (41), lo que puede resultar más enriquecedor para el nuevo sistema es que los integrantes de él estén dispuestos a elaborar su propio modo de comunicarse, estén decididos a desarrollar su ser personal y exclusivo para poder aportar a la relación lo mejor de ellos que por supuesto, como hemos visto, no seguirá un desarrollo lineal sino que volverá a él mismo amplificado. El intento de estar abierto al mundo del otro y a sus múltiples formas de ponerse en relación con los demás, la búsqueda de comunicación en todas las facetas de la expresión de la persona, posibilitarán la realidad de una relación que puede ser gratificadora, cambiante con posibilidades de crecimiento y que no se agota en las otras personas (42).

Para algunas parejas, la fase previa a la formación de una unidad familiar independiente a la de origen, tiene unas características y comportamientos característicos a través del noviazgo (43), pero con la modernización de la que se ha llevado a cabo en nuestra sociedad parece que al menos en la sociedad urbana haya caído en desuso el hablar del «Noviazgo». A la par que la casi desaparición del noviazgo parece ser que las relaciones sexuales al margen de la institución matrimonial se han liberalizado bastante e incluso existen en nuestro país un número cada vez más creciente de parejas que voluntariamente se van a vivir juntos sin que por ello hayan institucionalizado formalmente sus relaciones. En una sociedad cada vez más libre, que aspira a albergar en su seno individuos que tienen las mismas posibilidades sociales de alcanzar su desarrollo personal y humano porque no existen barreras a la educación o al trabajo en función de sexo, cada vez será más difícil que la mujer sea el «segundo sexo», y podría compartir el «primer sexo» de igualdad con su compañero de especie.

UNA GRAN AYUDA

Un banco oficial para la
financiación de inversiones a largo plazo
y bajo tipo de interés.

Préstamos hasta treinta millones de pesetas
para la PYME, limitados al 75% del coste
de las inversiones de inmovilizado.

Al 12.5% y a seis años de plazo con dos
de carencia de principal.

Posibilidad de complementar este préstamo

con uno de circulante, vinculado al anterior,
hasta quince millones de pesetas, al 13.5%
y dos años
de plazo.



**BANCO DE CREDITO
INDUSTRIAL**

Lo nuestro es ayudar.

UAB

Biblioteca de Comunicació
i Hemeroteca General
CEGOC



ENTEL

HOMBRES QUE REVOLUCIONAN LOS SERVICIOS TELEMATICOS.

Los revolucionarios del año dos mil son ingenieros y llevan bata blanca. O técnicos en informática, o economistas, o licenciados en ciencias exactas...

Porque en nuestra sociedad en cambio, el futuro se asoma tras la informática y la telemática.

ENTEL, primera empresa española de servicios

telemáticos, está preparando el futuro de las comunicaciones desde hace diez años. Por eso, muchas de las cosas que ENTEL proyectó, adelantándose a su tiempo, son hoy realidad en sus clientes.

Pregúntenos. El futuro puede empezar en su empresa de la mano de ENTEL.

ENTEL

1ª Empresa Española en Telemática

UAB
Biblioteca de Comunicació
i Hemeroteca General
CEDOC